

LO QUE MÁS
ANHELO

BILOGÍA JIMENA 2

SARAH RUSSELL

LO QUE MÁS **ANHELO**

BILOGÍA JIMENA 2

SARAH RUSSELL

LO QUE MÁS **ANHELO**

BILOGÍA JIMENA 2

SARAH RUSELL

Primera edición.

Lo que más anhelo. Bilogía Jimena nº2

©Sarah Rusell

©septiembre, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Lo que más anhelo. Biología Jimena nº2

©Sarah Rusell

©septiembre, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Interminables, así se me hacían los segundos que pasaban estando allí, observando cómo las llamas consumían el edificio a una velocidad difícil de explicar.

Los bomberos no paraban, trataban de extinguirlo a toda costa e incluso llegaron dos camiones más para dar apoyo con las mangueras. Podía ver cómo el agua de una de ellas se centraba en la ventana del despacho de mi padre, donde les había dicho Alex que era probable que estuvieran él y el comisario Narváez.

En la calle se había formado un gran revuelo y además de algunos viandantes que pasaban por allí o que vivían cerca, vi varios coches de prensa y periodistas grabando.

No podía dejar de llorar, sentía mi cuerpo temblando, escuchaba a Minerva a mi lado y también a Alex, notaba que ella me acariciaba el brazo a modo de consuelo y apoyo, pero mi mente no estaba allí, veía todo, pero no pensaba en nada más que no fuera mi padre.

Si le perdía aquello sería devastador para mí, me quedaría sola sin el apoyo que siempre me dio, sin sus consejos, su cariño, como me quedé sin los de mi madre años atrás.

Volví a rezar, a pedirle a Dios que me escuchara y no dejara que mi padre muriera en esa bola de fuego en la que se había convertido el bufete. Lo peor de todo era que las llamas amenazaban con alcanzar otros edificios colindantes, pero los bomberos consiguieron evitarlo.

El calor que se sentía allí era insoportable, como si te consumiera, por eso no quería ni imaginar cómo estaría mi padre.

Al menos me quedaba un hilito de esperanza, pequeño y fino, muy fino, porque, aunque el móvil de mi padre diera todo el tiempo apagado, el del comisario sí dio señal, lo que quería decir que, tal vez, el fuego no les hubiera alcanzado.

Esperaba que así fuera, aunque no las tenía todas conmigo al ver el modo en el que ardía el edificio. Era como estar ante un volcán en erupción que no se detenía ante nada y destruía todo a su paso.

Y seguía pidiéndole a Dios y a todos los Santos Apóstoles que tuvieran a bien escucharme, que cuidaran de él y lo sacaran de allí con vida. Si veía salir a mi padre de ese infierno, sería capaz de ir a Roma, visitar El Vaticano y encender varias velas en alguna de las iglesias. Porque lo de ir a darle gracias al Papa como que no iba a ser posible.

Me pareció escuchar algo de alboroto, miré hacia donde estaban los policías y bomberos y posé mis ojos en los que aguardaban en la puerta, o, mejor dicho, lo que antes era la puerta del edificio, que también tenían una manguera algo más pequeña y no dejaban de echar agua al interior.

Unas voces se mezclaban con otras, parecía que uno de ellos llamaba a alguien con sus gestos, pero tal vez no era más que una visión mía bajo las lágrimas que cubrían mis ojos.

—Jimena —entre mis pensamientos y mi llanto escuché la voz de Alex, miré y sentí su mano acariciándome la mejilla, no tardó en darme un beso en la frente—. Pequeña, si está dentro lo van a sacar de ahí, ya lo verás.

Ni siquiera pude hablar, no me salía la voz y notaba la garganta como si alguien estuviera privándome del simple hecho de respirar, como si una mano se hubiera anclado a mi cuello y apretara con fuerza.

Ojalá Alex tuviera razón y si mi padre seguía en el bufete, lo encontraran y sacaran de allí con vida.

De nuevo movimiento, voces, policías y bomberos corriendo de un lado a otro, y vi a varios acercándose a la puerta.

Y entonces sentí como si me quitaran un peso de encima cuando vi a un bombero salir de allí cargando un cuerpo en su espalda, un cuerpo inmóvil y grande que desde donde yo estaba no podía saber quién era.

Más gritos sin que entendiera una sola palabra de lo que decían, y otro bombero salió cargando con un cuerpo. Fue poner un pie en la calle y caer de rodillas, sin duda agotado por el trabajo y el esfuerzo.

Aquellos dos hombres, aunque entrenados para eso, habían tenido que cargar con dos cuerpos inmóviles y pesado en la espalda escaleras abajo, algo digno de admirar.

—¡Papá!! —grité y salí corriendo, dejando a Alex y Minerva allí, traspasando aquella sencilla barrera de plástico con la que el agente de policía pretendía mantenerme apartada, pero no me detuve.

Corrí hacia la acera mientras escuchaba a Alex llamándome a gritos, mientras un policía preguntaba quién coño me había dejado pasar, y podía intuir que los que corrían hacia mí lo hacían para tratar de detenerme.

No, no iban a poder, porque aún con los jodidos tacones estaba corriendo como si persiguiera una manada de lobos y otra de leones hambrientos.

—¡Papá! —volví a gritar acercándome y noté que unos brazos fuertes me atrapaban desde atrás, levantándome de suelo como si no fuera más que una pluma en sus manos— ¡Suéltame, joder! ¡Suéltame!

—Señorita, por favor, esto es peligroso —contestó una voz masculina a mi espalda, y noté cómo giraba cargando aún conmigo para dejarme en el suelo.

Pero fui rápida y en cuanto me soltó, empecé a correr de nuevo hacia la puerta.

—¡Mierda! —gritó el hombre y sé que venía detrás, pero no paré.

—¡Papá! —no podía decir otra cosa, solo eso.

Vi cómo subían a los dos hombres que habían sacado del edificio a una camilla a cada uno, estaban con la ropa manchada por la negrura del humo, así como sus rostros, pero reconocería la esclava de oro que mi madre le regaló a mi padre en su último cumpleaños juntos en cualquier parte.

Corrí hacia la camilla y nadie me detuvo, entrelacé mi mano con la suya mientras un enfermero le ponía oxígeno y sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas.

—Papá, no me dejes, por favor —lloré.

—¡Que alguien saque a esa mujer de aquí, maldita sea! —gritó alguien desde algún lugar— ¡Se va a caer! ¡Todos fuera! —siguió gritando— ¡Fuera! ¡YA!

De nuevo esos brazos atrapándome, yo gritando y llamando a mi padre, a quien se llevaban corriendo los médicos con la camilla, policías y bomberos corriendo de un lado a otro, apartándose del edificio.

No sabía dónde estaba Alex, ni Minerva, solo me importaba mi padre, y acabé en brazos de aquel hombre detrás del camión de bomberos observando cómo sus compañeros seguían lanzando agua con toda la fuerza que tenían las mangueras tratando de apagar las llamas, y cómo una parte de la fachada comenzó a desplomarse hasta acabar en el suelo con un fuerte estruendo.

Cayó justo delante de la puerta del que hasta unas horas antes había sido el bufete de mi padre, y el mío propio, donde solo unos segundos antes habíamos estado él y yo cogidos de la mano.

Podríamos haber muerto de no ser por ese hombre que gritó para que todos, sin excepción, saliéramos de allí.

—Ha faltado poco —dijo la voz masculina a mi espalda de ese hombre que no me soltaba. Normal, puesto que ya se la había jugado una vez y me escapé corriendo—. Señorita, no debería haberse acercado.

—¡Es mi padre, maldita sea! —grité con dolor y desesperación en la voz mientras seguía llorando sin poder parar.

1

—¿Jimena? —preguntó y vi que fruncía el ceño— ¿Eres tú?

—Quién... ¿Quién eres? —Me sequé las mejillas.

—Iker, soy Iker. El hijo de Humberto, amigo de tu padre.

Iker, lo recordaba, habíamos pasado algunas tardes y noches de verano en mi casa cuando yo tenía catorce y quince años, él era cuatro años mayor que yo y después de aquel último verano, en el que trasladaron a su padre a Sevilla para trabajar como bombero allí, no había vuelto a verlo.

Humberto y mi padre fueron juntos al colegio y al instituto, se conocían de toda la vida y siempre mantuvieron esa amistad, hasta que se fueron al menos.

Iker se quitó el casco y sonrió, era bombero como lo había sido su padre, algo que siempre supe que pasaría, pues era a lo que solía decir que quería dedicarse.

y

Era el mismo chico que conocía, pero más maduro, con las facciones más masculinas y un cuerpo más robusto, algo normal, ya que por su trabajo debía poder cargar con el peso de un cuerpo inconsciente.

Su cabello negro azabache estaba ligeramente alborotado, sus ojos miel seguían siendo tan dulces y expresivos como entonces, y tenía algunas gotas de sudor cayendo por su rostro, normal por el calor que estábamos soportando todos con ese intenso fuego.

Durante un segundo vinieron a mi memoria tantos y tantos recuerdos, el modo en el que Iker solía cogerme en brazos y tirarse a la piscina sin soltarme, de modo que acabábamos los dos hundiéndonos en ella y saliendo a flote mientras yo tosía evitando ahogarme.

—Iker —murmuré.

—Hola, florecilla —sonrió, y me llamó de ese modo que solía llamarme desde que era pequeña.

—¿Qué ha pasado? El incendio...

—No lo sé —negó—. Vinimos al aviso, pero no sabía que era el bufete de tu padre.

—Jimena —me giré al escuchar a Alex, y dejé que me abrazara—. Se llevan a tu padre al hospital, Minerva está en la ambulancia con él. Vamos.

Asentí, eché un vistazo a Iker y no dudé en coger una de mis tarjetas del bolso para dársela.

—Lámame si averiguáis algo, por favor —le pedí.

—Descuida, florecilla —sonrió de nuevo.

Caminé con Alex hasta el coche, mirando hacia el edificio que seguía en llamas, nos sentamos y tras ponerlo en marcha comenzó a conducir hacia el hospital.

—Minerva me ha pedido que avisemos a tus hermanas —dijo, y volví a asentir.

De manera automática y sin dejar de pensar en mi padre, saqué el móvil del bolso y llamé a Sofía, que no tardó en responder.

a

—Hermanita, hola —sonrió.

—Sofía, tenéis que venir al hospital —sollocé.

—¿Al hospital? ¿Qué ha pasado?

—Es... Se han llevado allí a papá, lo han sacado del bufete que estaba en llamas.

—¿Qué? Ahora mismo vamos.

—Os veo allí.

Colgué, ida por completo, mirando por la ventana, retirando con mis temblorosos dedos las lágrimas que seguían cayendo por mis mejillas, pensando en mi padre, rezando para que no muriera.

No sabía si tenía alguna quemadura, si el fuego los había alcanzado a él, o al comisario, solo vi que tenía puesta la máscara de oxígeno y seguía con los ojos cerrados.

—Va a estar bien, pequeña —escuché a Alex y noté su mano cogiendo la mía para darme un apretón.

No respondí, tan solo pensé que necesitaba a mi padre con vida, a mi lado, que no podía perderlo porque sería como perderme a mí misma.

Y no dejaba de preguntarme qué habría pasado para que el edificio ardiera de ese modo desde, a saber, cuándo.

Llegamos al hospital minutos después, minutos que se me hicieron terriblemente eternos, y entramos en la zona de urgencias donde estaba Minerva dando los datos de mi padre.

—Lo han llevado dentro —me dijo secándose las lágrimas—. No abría los ojos, Jimena, no los abría. Solo... solo

respiraba con el oxígeno.

—¿Tenía alguna quemadura? —pregunté.

—Que yo viera, no, pero eso no lo sabremos hasta que los médicos nos digan algo. ¿Has avisado a las chicas?

—Sí, no creo que tarden en llegar.

Asintió y nos quedamos allí en la sala de espera, pues era lo que tocaba hacer, esperar a que los médicos nos dijeran algo, a que nos dieran alguna información. Debíamos mantener la esperanza en que todo iría bien y que esto no sería más que un susto, aunque debía admitir que estaba muerta de miedo.

Sofía y Lorena llegaron poco después, nos abrazamos a ellas y al igual que Minerva y yo, se sentaron a esperar.

Y recé de nuevo, recé mucho.

respiraba con el oxígeno.

—¿Tenía alguna quemadura? —pregunté.

—Que yo viera, no, pero eso no lo sabremos hasta que los médicos nos digan algo. ¿Has avisado a las chicas?

—Sí, no creo que tarden en llegar.

Asintió y nos quedamos allí en la sala de espera, pues era lo que tocaba hacer, esperar a que los médicos nos dijeran algo, a que nos dieran alguna información. Debíamos mantener la esperanza en que todo iría bien y que esto no sería más que un susto, aunque debía admitir que estaba muerta de miedo.

Sofía y Lorena llegaron poco después, nos abrazamos a ellas y al igual que Minerva y yo, se sentaron a esperar.

Y recé de nuevo, recé mucho.

Capítulo 2



El tiempo en la sala de espera del hospital se hizo verdaderamente insoportable. No sabía cuántos cafés me había tomado, ni las veces que había mirado el teléfono para comprobar la hora.

Hasta que finalmente salieron los médicos para hablar con nosotras.

—Lo hemos estabilizado. Había inhalado mucho humo, tenía los pulmones un poco colapsados y aunque no parecía presentar quemaduras, encontramos varias en el brazo izquierdo y en la mano. No son graves, quedarán cicatrices, pero no habrá que realizar operaciones en la zona —dijo, y me escuché soltar el aire que tenía retenido en mis pulmones.

—¿Podemos verlo, doctor? —preguntó Minerva, a quien Sofía mantenía abrazada igual que Alex me abrazaba a mí.

—Solo unos minutos para que comprueben que está bien, lo hemos sedado para que duerma y descanse, es probable que cuando despierte le cueste hablar, inhalar humo afecta a la garganta y la deja irritada y molesta.

—Mamá, ve tú con Jimena —le dijo Sofía—, nosotras lo veremos cuando despierte.

Minerva asintió, nos agarramos del brazo la una a la otra y caminamos siguiendo al médico por el pasillo que llevaba a la UCI, nos entregó una bata, gorro y fundas de plástico para los pies a cada una, y entramos a ver a mi padre.

Estaba conectado al oxígeno para respirar, tenía un gotero con lo que debían ser calmantes, además de suero, y el brazo izquierdo, desde la mano, completamente vendado.

—Aitor —murmuró Minerva cuando nos acercamos a la cama, le cogió la mano derecha temblando y se la acercó a los labios para darle un beso—. Estamos aquí mi amor, tus chicas y yo estamos contigo —se le cayeron un par de lágrimas y la abrazó—. Jimena está aquí conmigo, Sofía y Lorena te verán cuando despiertes, porque tienes que despertar, ¿me oyes? No puedes dejarnos solas.

Nos quedamos mirándolo y se notaba que le habían limpiado el hollín que yo había visto en su cara, pero le

quedaba algún resto en el cabello que Minerva se apresuró a retirar con una toallita húmeda que llevaba en el bolso.

—Si me viera tu padre estaría protestando —sonrió—. Dice que llevo una cantidad de cosas en el bolso que es increíble.

—Pero útiles, que lo estás dejando más guapo —sonreí.

—Tu padre es muy guapo, cariño —le acaricié la mejilla—. Pero lo que me enamoró de él fue el modo en el que hablaba de ti, con tanto cariño, con orgullo —suspiró—. Tuve que criar sola a mis hijas cuando su padre y yo nos divorciamos, nunca quiso saber más de ellas ni de mí, y cuando Aitor me hablaba de su niña, que yo pensaba que tenías ocho o diez años, lo hacía con un brillo en la mirada que me cautivó —sonrió con los ojos vidriosos—. Cuando supo que yo tenía dos hijas solo unos años menores que tú, lo primero que me dijo era que quería conocerlas y asegurarles que iba en serio con su madre. ¿Te puedes creer que me eché a llorar como si yo fuera una niña?

—Te quiere mucho, lo conozco —sonreí—. Solo lo vi enamorado una vez, de mi madre, y siempre pensé que se quedaría solo y viudo, hasta que me dijo que se había enamorado de nuevo y le daba miedo.

—Ay, mi Aitor —se inclinó para besarle en la frente—. Yo también tenía miedo, pero él se encargó de quitármelo día a día. Doy gracias a Dios por habernos encontrado en esta vida. Porque los dos estéis a mi lado, hija —me abrazó—. Va a salir de esta, ya lo verás.

Nos quedamos allí abrazadas, cogiéndole la mano en silencio y observándolo dormir tranquilo, ajeno a todo. Pero no podía dejar de pensar en lo que habría tenido que soportar, preguntándome cómo se había hecho esas quemaduras.

El médico nos pidió que saliéramos y regresamos a la sala de espera, donde Sofía y Lorena permanecían sentadas, abrazadas dándose consuelo una a otra.

Alex estaba en la máquina de café, otro que llevaba varias dosis de cafeína esa noche. Se acercó para preguntar cómo lo habíamos visto y tras hablar con ellos, una enfermera nos dijo que seguramente lo subirían a la habitación al día siguiente, por lo que podíamos marcharnos a casa.

—Debería quedarme, ¿y si pasa algo? —dijo Minerva.

—Mamá, vamos a casa, ¿sí? Sofía y yo nos quedamos contigo y mañana venimos —contestó Lorena.

—Pero, hija...

—Minerva, es mejor que vayas a casa y descanses un poco, mañana venimos a primera hora y seguro que le

encontramos despierto —sonreí.

—Es imposible, siempre seréis tres contra una —suspiró negando.

—Jimena —me giré al escuchar a alguien llamándome, y vi a Iker con el uniforme de bombero aún.

—Iker, ¿qué haces aquí? —pregunté acercándome a él.

—Quería saber cómo estaba tu padre —respondió rascándose un poco la nuca—. Y mi padre también, es el jefe del parque de bomberos y me ha pedido que venga, él está con algunos compañeros aún en el lugar.

—¿Sigue activo el incendio? —curioseó Alex.

—Está prácticamente controlado, quedan unos pequeños focos —respondió—. ¿Os han dicho algo ya? —Volvió a mirarme.

Suspiré, le dije lo que nos había explicado el médico, que lo habíamos visto y que tal vez lo subieran a la habitación al día siguiente.

’ —Es mejor que os marchéis a casa, sí —comentó—. Por experiencia sé que aquí poco podréis hacer.

—Iker, ¿sabes si se hará una investigación? —pregunté.

—Claro, tanto la policía como los bomberos están en ello. No podremos decir nada hasta dentro de unos días, seguramente, pero investigarán para dar con las causas del incendio.

—Por favor, llámame en cuanto sepas algo —le pedí, posando una mano en su antebrazo, y él sonrió.

—Tranquila, florecilla, lo haré.

1 —Gracias.

—Jimena, nos llevamos a mamá a casa —me dijo Sofía.

—Vale, mañana nos vemos aquí. Bueno, ya mejor decir que nos vemos hoy dentro de unas horas —suspiré—. Procura descansar un poco, mamá —abracé a Minerva y ella me dijo lo mismo.

Fuimos hacia la calle y una vez fuera, cuando ellas se alejaron para ir al coche, Iker me preguntó por qué la había llamado mamá.

—Recuerdo a tu madre, y no era ella.

—Es la nueva esposa de mi padre. Sé que tu padre y el mío han hablado algunas veces en estos años, le debió contar que mi madre murió en el atraco al banco donde trabajaba.

—Sí, por eso me extrañaba. O sea, que volvió a casarse.

—Hace apenas unas semanas —suspiré.

—Vaya, no sé si mi padre lo sabía. La verdad es que hemos estado en Sevilla todos estos años, hasta hace cuatro meses que nos informaron que nos trasladarían justo después de nuestras vacaciones de verano. Apenas llevamos un mes de vuelta.

—Pues menuda manera para reencontrarnos —sonreí con tristeza.

a

—Sí, la verdad.

—Pequeña, deberíamos ir a casa —dijo Alex en ese momento.

—Sí, quiero descansar, y darme una ducha para quitarme este olor a humo —suspiré.

—Te llamaré cuando hayan averiguado algo, florecilla. Descansa —me dijo Iker dándome un abrazo, ese que recibí con gratitud.

Alex entrelazó nuestras manos y me llevó hasta el coche, donde nos acomodamos para poner rumbo a su casa.

—¿De qué conoces a ese chico? —preguntó.

—Es hijo de un amigo de mi padre de hace años, y hacía mucho tiempo que no nos veíamos —respondí mirando por la ventana.

—Oye, tranquila —me dio un apretón en la mano—. Ya has visto que tu padre está bien.

—No dejo de darle vueltas a cómo ha podido incendiarse el bufete.

—Tal vez ha habido un cortocircuito en el cuadro de luces, un simple chispazo y se puede liar bastante gorda.

—Puede ser, pero... —suspiré, exhausta— No sé.

El resto del camino hasta su casa lo hicimos en silencio, sin que Alex me soltara la mano en ningún momento.

Entramos y me llevó en brazos hasta la habitación, donde me desnudó y se deshizo de su ropa también antes de ir

al cuarto de baño y abrir el agua de la ducha.

Nos metimos bajo ella y noté que mi cuerpo se destensaba poco a poco, apoyé ambas manos en la pared y suspiré. Alex se encargó de mí en ese momento, me enjabonó el cuerpo y me lavó el pelo con mimo, me ayudó a secarme y tras ponerme una de sus camisetas, pues no habíamos cogido mi bolsa de ropa del coche, me metió en la cama.

Cerré los ojos cuando noté sus labios en la frente y dejé el cansancio y el agotamiento por el llanto me invadieran, dejándome arrastrar por el sueño.

—Descansa, pequeña, mañana será otro día —susurró Alex y suspiré.

Su tono de voz era como un bálsamo para mí, eso que me daba paz y me hacía sentir en calma.

Empezaba a notar un ligero pinchazo en la cabeza, señal de que por la mañana me despertaría con un dolor insoportable por tanto llanto. Pero estaba tan cansada que no tuve fuerzas para levantarme e ir en busca de una pastilla.

al cuarto de baño y abrir el agua de la ducha.

Nos metimos bajo ella y noté que mi cuerpo se destensaba poco a poco, apoyé ambas manos en la pared y suspiré. Alex se encargó de mí en ese momento, me enjabonó el cuerpo y me lavó el pelo con mimo, me ayudó a secarme y tras ponerme una de sus camisetas, pues no habíamos cogido mi bolsa de ropa del coche, me metió en la cama.

Cerré los ojos cuando noté sus labios en la frente y dejé el cansancio y el agotamiento por el llanto me invadieran, dejándome arrastrar por el sueño.

—Descansa, pequeña, mañana será otro día —susurró Alex y suspiré.

Su tono de voz era como un bálsamo para mí, eso que me daba paz y me hacía sentir en calma.

Empezaba a notar un ligero pinchazo en la cabeza, señal de que por la mañana me despertaría con un dolor insoportable por tanto llanto. Pero estaba tan cansada que no tuve fuerzas para levantarme e ir en busca de una pastilla.

Capítulo 3



Tal como sospeché, en ese momento tenía un dolor de cabeza terrible.

Era como si toda una banda de tambores estuviera tocando en ese momento. Necesitaba una pastilla urgentemente para que ese dolor se fuera y me dejara pasar el día de la mejor manera.

Noté el brazo de Alex rodeándome por la cintura, así que me moví despacio para no despertarlo, y lo conseguí. Me levanté y salí de su habitación sin hacer ruido, no encontré la ropa que habíamos llevado la noche anterior, pero sí vi mi bolsa en el suelo, junto al sofá que tenía al lado de la puerta del balcón.

Bajé a la cocina y busqué en los cajones a ver si encontraba los medicamentos, necesitaba deshacerme de esos terribles pinchazos cuanto antes. Encontré una caja de Paracetamol, cogí una y tras servirme un vaso de zumo, me la tomé.

Suspiré con alivio y rezando para que el dolor se disipara rápido, fui al salón y vi en el reloj de pared que eran las ocho, acababa de amanecer como quien dice y aquel era un sábado tan diferente, que daba miedo.

Salí al jardín, continuaba descalza y la sensación del césped húmedo en mis pies fue gratificante.

Caminé abrazándome a mí misma y cuando llegué a la piscina, me quedé mirando el agua unos instantes antes de cerrar los ojos.

Ni me lo pensé, giré quedándome de espaldas a ella y me dejé caer.

El agua fría abrazándome en ese momento, fue suficiente para que mi cuerpo se reactivara.

Salí a la superficie y nadé durante unos minutos, de un lado a otro de la piscina, sin detenerme, sin pensar, solo dejando la mente en blanco.

Me apoyé en el borde poco después para descansar, y vi a Alex allí en cuclillas sonriendo.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días.

—¿Qué haces con la camiseta en la piscina?

—Mierda, es verdad —suspiré—. Y encima es tuya.

—No pasa nada.

Lo vi zambullirse con el pantalón de chándal que llevaba y me eché a reír al verlo salir a mi lado y cogermelo en brazos.

—Eso va a pesar una tonelada cuando salgas —reí.

—Pues me los quito.

Dicho y hecho, Alex se apartó para quitarse los pantalones y los lanzó al césped, volviendo a abrazarme de modo que noté que estaba desnudo.

—Creo que cierta parte se alegra de verte —sonrió mientras se acercaba a mis labios, y me besó.

Nos quedamos abrazados dentro de la piscina, cerca del borde donde yo estaba apoyada con mi espalda, besándonos con esa mezcla de ternura y pasión que tanto me gustaba.

—Alex —jadeé moviendo las caderas de modo que sentí el roce de su miembro erecto en mi sexo.

—Dime, pequeña.

—Hazme el amor.

—Ahora mismo, cariño.

Me mordisqueó el labio, levantó la camiseta completamente empapada de agua para liberar mis pechos, lamió y mordió ambos pezones de manera alterna mientras su mano jugaba con mi zona íntima, y cuando gemí al sentir que me penetraba con dos dedos dejé caer la cabeza hacia atrás.

No tardó mucho más en hundirse en mi interior con fuertes y rápidas embestidas, golpeando mientras me hacía aquello que le había pedido.

Quería olvidar, quería no pensar por un momento en lo que había pasado la noche anterior, necesitaba dejar de ver las imágenes del edificio convertido en una enorme y aterradora bola de fuego, a mi padre cubierto de hollín en la camilla, y el miedo que sentí pensando que moriría allí dentro.

Los dos nos besábamos con necesidad y urgencia, me agarraba a sus hombros con fuerza y juraría que estaba clavando las uñas en su piel. Los dedos de Alex se mantenían aferrados a mis nalgas con fuerza mientras me penetraba una, y otra, y otra vez, ambos gimiendo y gritando sin que nos importara nada más en ese instante que el placer que estábamos obteniendo.

Y nos corrimos al unísono instantes después, liberando ese clímax que habíamos alcanzado de manera intensa y brutal.

Nos quedamos abrazados recobrando el aliento, cerré los ojos y me apoyé con la barbilla en su hombro mientras disfrutaba de la paz y la calma que me daba estar así con él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó colocándome el cabello detrás de las orejas después de besarme dulcemente en los labios.

—Me he levantado con dolor de cabeza, por el llanto de ayer, te he cogido un Paracetamol de la cocina.

—Entonces tienes que comer algo, para que te haga más efecto. Vamos.

Me sacó del agua dejándome de pie en el borde, salió de la piscina completamente desnudo y cogió los pantalones para llevarlos dentro de la casa.

Una vez allí me quitó la camiseta y metió ambas prendas en la lavadora, me cogió de la mano y acabamos en el cuarto de baño dándonos una ducha rápida antes de vestirnos.

—¿Dónde está la ropa de anoche? —pregunté mientras cogía la bolsa, pero estaba vacía.

—La lavé, había que quitar el olor a humo. Tienes lo demás en el vestidor —dijo, abrazándome por la espalda.

—¿No te acostaste conmigo? —Fruncí el ceño.

—Lo hice un poco más tarde —me dio un beso en la mejilla y fuimos al vestidor por la ropa para vestirnos.

Cuando estuvimos listos bajamos a la cocina y preparamos el desayuno entre los dos, en cuanto acabamos de tomarlo cogimos el coche y fuimos al hospital, donde encontramos a Minerva y mis hermanas.

—Apenas ha dormido —me dijo Sofía cuando la abracé, y sabía que se refería a Minerva—. Y tú tienes ojeras de cansancio.

r

—Me he levantado con dolor de cabeza.

—Jimena, cariño.

—Buenos días, mamá —sabía que a ella le gustaba que la llamara así, y quería acostumbrarme a hacerlo, a fin de cuentas, ella me trataba como a una hija más.

—Me han dicho que lo subirán en un ratito a la habitación y podremos verlo. Le he traído algunas cosas —dijo levantando la bolsa.

—¿Os ha dicho algo el médico? —curioseó Alex.

—Sí, dicen que ha pasado la noche tranquilo, que se ha despertado un poco aturdido, pero que, al preguntarle, ha dicho que lo recuerda todo —contestó Lorena.

—¿Sabéis cómo está el comisario Narváez? Lo sacaron del edificio antes que a papá —pregunté.

—Hemos visto por aquí algunos agentes hace un rato, pero se han ido. Imagino que vendrán más.

—Voy a preguntar en recepción —dije y fui hacia allí.

³ Por suerte la mujer que estaba a esa hora era la misma que nos había visto la noche anterior, me resultó de lo más simpática y se apiadó de mí para darme información del comisario.

Al igual que mi padre había sufrido inhalación de humo y quemaduras en el brazo izquierdo, habría que preguntarles a ellos qué había pasado para que se quemaran.

Me dijo que iban a subirlo a planta y que seguramente les pusieran a los dos en la misma habitación, cosa que le agradecí que hiciera porque así podríamos hablar con los dos.

Regresé donde me esperaban todos para contárselo, y vi que entraban un par de policías uniformados preguntando por el comisario. Después de que hablaran con la mujer de la recepción, me acerqué a ellos para decirles quién era y que mi padre era amigo de su jefe y también lo habían sacado del incendio.

—Sabemos que habrá una investigación sobre el incendio, pero, ¿han averiguado algo? —pregunté.

—Lamento decirle que aún no sabemos nada, señorita. Lo más probable es que los bomberos vayan esta tarde al edificio para echar un vistazo —contestó uno de ellos.

—¿Usted podría decirnos qué hacía el comisario en el bufete con su padre? —quiso saber el otro.

—Solo sé que habían quedado en verse allí. Son amigos desde hace años, y el comisario estaba haciendo algunas averiguaciones que mi padre le pidió.

—¿Sobre unas grabaciones?

—Así es.

—El Comisario Narváez nos puso a nosotros con ese caso. Su padre fue a comisaría hace unos días para poner un denuncia, aconsejado por el comisario. El hombre de esas grabaciones es bastante conocido en comisaría, tiene antecedentes de todo tipo. Pero mejor será que el propio comisario la ponga al día.

—Claro, seguro que fue a ver a mi padre para hablar de ese asunto.

—Es lo más probable, sí —respondió el otro.

Unos minutos después nos avisaron de que habían subido a los dos a la habitación, esa que por suerte era la misma, y fuimos a verlos.

Estaban los dos despiertos y cada uno tenía una pizarra magnética y un rotulador, con lo que se estaban comunicando.

—¿Habéis vuelto a las notitas del colegio, papá? —pregunté sonriendo, y vi que él sonreía cerrando los ojos, sin duda aliviado de vernos.

—Comisario, nos alegra verlo de vuelta. Creímos que no lo contaba —dijo uno de los agentes.

El comisario escribió en la pizarra y nos la enseñó, nos reímos al leer solo una palabra, “idiotas”.

Dejamos que los agentes hablaran con el comisario unos minutos antes de irse a seguir con su trabajo, quedando en que nos mantendrían al corriente de lo que averiguaran.

)

1 Cuando nos quedamos solos, mi padre carraspeó y empezó a hablar en susurros.

—Alguien lo provocó —dijo con la voz rasgada.

—Aitor, por favor, no hables. Escribe, ¿sí? —le pidió Minerva.

—Jimena —me cogió de la mano—. Tenéis que ir con cuidado.

—Papá, no te esfuerces —le pedí, y resopló.

—Escuchadme —nos giramos al oír la voz del comisario.

—Usted tampoco debería hablar, comisario —dijo Alex.

—El incendio, no fue casualidad. Como tampoco lo fue su accidente —señaló a Lorena, y todos fruncimos el ceño.

a—¿Qué dice? No me respondía, iba rápido y...

—Cortaron los frenos, hija —murmuró mi padre—. El incendio, alguien quería acabar con los dos.

—Esos policías de las noticias —miramos de nuevo al comisario—. Son de mi comisaría, y estuvieron en algunos casos trabajando conmigo hace años. Tengo la lista de personas que han sido puestas en libertad, tenemos que cotejarlas con los casos de vuestro padre, y así sabremos quién anda detrás de todo.

—Aitor, ¿está queriendo decir que han intentado asesinaros? —preguntó Minerva, con el terror en el rostro, y mi padre asintió.

—Creemos que sí —dijo en un susurro.

—Dios mío —se echó a llorar y las tres la abrazamos.

Sofía y Lorena no sabían nada sobre la nota que encontré, así que las pusimos al día allí mismo.

El comisario dijo que debíamos ir con cuidado porque esa gente no se andaba con chiquitas y podrían querer ir a por ellos de nuevo y por cualquiera que tuviera relación con ellos, en el caso de mi padre, su mujer y sus tres hijas

Me dijo que había pedido a sus hombres que pusieran vigilancia de incógnito en el hospital y eso nos dejó un poco más tranquilas, no mucho, pero sí un poco.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Elena, salí al pasillo y respondí.

—Dime.

—Nena, ¿qué ha pasado? Acabo de ver en las noticias que se ha incendiado el bufete.

—Sí, Elena, es una tragedia —suspiré.

—Dicen que sacaron a dos personas de las llamas. ¿Quién estaba ahí a esa hora de la noche?

—Mi padre y el comisario.

—No me jodas. ¿Está bien?

—Sí, en el hospital, estoy aquí con él.

—Joder, voy para allá, nos vemos en media hora, ¿ok? Me lleva Víctor.

—Vale.

Colgué, entré en la habitación y dije que venía Elena, era como una más de la familia, así que mi padre sonrió al tiempo que asentía.

,

Alex se ofreció a ir por café para nosotras cuatro y para él, y nos quedamos allí con mi padre, disfrutando del silencio y de su compañía. Porque estaba vivo, seguía con nosotras después de haber salido de aquel infierno.

Miré al cielo en silencio y suspiré, mis oraciones habían sido escuchadas y ahora tenía un viaje que hacer a Roma para encender algunas velas. Había hecho esa promesa y tenía que cumplirla.

¡.

o

—Sí, en el hospital, estoy aquí con él.

—Joder, voy para allá, nos vemos en media hora, ¿ok? Me lleva Víctor.

—Vale.

Colgué, entré en la habitación y dije que venía Elena, era como una más de la familia, así que mi padre sonrió al tiempo que asentía.

Alex se ofreció a ir por café para nosotras cuatro y para él, y nos quedamos allí con mi padre, disfrutando del silencio y de su compañía. Porque estaba vivo, seguía con nosotras después de haber salido de aquel infierno.

Miré al cielo en silencio y suspiré, mis oraciones habían sido escuchadas y ahora tenía un viaje que hacer a Roma para encender algunas velas. Había hecho esa promesa y tenía que cumplirla.

Capítulo 4



Había pasado esa media hora esperando a Elena hablando por teléfono con Gloria, nuestra secretaria del bufete, tranquilizándola y diciéndole que mi padre estaba bien.

Ella tenía el teléfono de todos los abogados, secretarias y becarios, y le pedí que, por favor, se pusiera en contacto con ellos para comunicarles que trabajaran desde casa hasta que pudiéramos instalarnos en algún otro lugar.

Mi padre ya estaba diciendo que iba a buscar algún edificio de oficinas donde poder volver a abrir el bufete, y cuando algo se le metía en la cabeza no había quién lo parase.

—Jimena —miré hacia la zona de los ascensores que era de donde provenía la voz de Elena, y la vi acercarse con Víctor caminando detrás—. Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, yo estoy bien, Elena.

—¿No saben qué ha pasado? ¿Y por qué seguía tu padre en el bufete?

—Había quedado con el comisario para hablar sobre la carta que recibí.

—Hola, Jimena —Víctor me saludó con un par de besos.

—Hola. Alex está hablando con su padre por teléfono, en el otro pasillo —le indiqué.

—Voy a buscarlo —le dio un beso a Elena y ella sonrió.

—Te veo enamorada —dije en un susurro.

—Pues sí, no te voy a mentir —suspiró—. Y pensar que no quise aceptar antes tomar un café con él. En fin. Vamos a ver a tu padre.

Entramos en la habitación, mi mejor amiga se acercó a darle un beso y un breve abrazo y le preguntó cómo se encontraba, mi padre susurró con ese tono enronquecido por el humo que estaba mejor, y ella le acarició la

mejilla.

—Quejarte no te puedes quejar, porque tienes a cuatro mujeres pendientes de ti —le dijo con una sonrisa—. Aprovecha y que te mimen todo lo que quieras —susurró, y mi padre rio brevemente y con dificultad—. Vale, nada de esfuerzos jefe, que solo faltaba que tuvieras que hablarnos con la pizarrita de ahora en adelante.

—Eres única, Elena —murmuró mi padre.

—Único tú, con ese afán de trabajar hasta tarde. A ver, ¿qué hacías un viernes en el bufete a esa hora de la noche? —preguntó con los brazos en jarras.

—Yo le pedí que nos viéramos, y se suponía que saldríamos pronto, pero nos atrapó el incendio —fue el comisario el que contestó.

—Ahora mismo creo que vais a usar esa pizarrita, que parecéis los dos Don Vito Corleone con esa voz, y dais un pelín de miedo —les dijo Elena, justo cuando Alex y Víctor entraban en la habitación.

Mi padre y el comisario sonrieron, y fue este último quien nos escribió que, tal como habíamos sabido por los agentes, el hombre de las grabaciones era un conocido de su comisaría desde hacía tiempo. Alguien que se vendía al que mejor le pagara para un trabajito en un momento dado, y que estaban detrás de él para averiguar quién le había pagado para entregar esa nota.

Según escribió después, empezaron a oler a humo y cuando quisieron darse cuenta, la planta de abajo estaba ardiendo, las llamas habían llegado hasta donde estaban nuestros despachos por las escaleras, el ascensor no se podía usar y fue cuando se dieron cuenta de que estaban atrapados. El móvil de mi padre se había quedado sin batería, el suyo no sabía en qué momento se le cayó ni donde, y decidieron regresar al despacho, pero la puerta de pasillo se había cerrado y decidieron empujarla con el hombro hasta abrirla.

Las llamas estaban también del otro lado por lo que el pomo era como un hierro candente, por eso mi padre se quemó la mano, y al abrirla notaron una leve llamarada de modo que se cubrieron con el brazo al pasar.

Llegaron al despacho, cerraron la puerta y pusieron toallas húmedas del cuarto de baño que tenía allí mi padre, donde finalmente decidieron quedarse a esperar.

Pero el humo entraba por todos lados, sabían que las llamas habían llegado al despacho de mi padre, y solo les quedó esperar. Los minutos pasaban, el humo hacía mella en ellos y ambos acabaron perdiendo el conocimiento antes de que los encontraran.

—Por suerte las llamas no entraron en el cuarto de baño —dijo mi padre.

—Mi amor, de haberlo hecho... —sollozó Minerva.

—No estaríamos vivos —el comisario terminó la frase que ella no se atrevía a pronunciar.

—¿Estáis seguros que fue un incendio provocado? —pregunté.

—Si no al cien por cien —me respondió mi padre—, al menos en un noventa por ciento.

—¿Provocado? —Elena frunció el ceño.

—Quien enviara esa carta a Aitor, debe estar detrás del incendio —contestó el comisario.

—Y de mi accidente, entonces también —dijo Lorena.

Tanto mi padre, como el comisario asintieron, y mi hermana pequeña inclinó la cabeza.

—No os va a pasar nada, a ninguna —mi padre se esforzó porque su voz sonara como siempre, fuerte y segura, pero la irritación se lo impedía.

—¿Y si intentan algo contra vosotros de nuevo? —pregunté.

—¿Se ha dicho algo en las noticias sobre nosotros?

—Han hablado del incendio y que sacaron a dos personas, pero que se desconoce su estado —contestó Elena.

—Entonces eso juega a nuestro favor —dijo el comisario—. Si no saben que seguimos vivos, no sabrán dónde buscar. Aunque como he dicho, he tomado precauciones por si acaso. Y aprovecharemos que estamos aquí para repasar la lista que tengo con los criminales que han sido liberados.

—Alguno de ellos tiene que haber sido el de la nota, el accidente de Lorena y el incendio del bufete —comentó Alex—. Si los policías también han sido objetivos de ellos, sin duda debe tratarse de algún caso de mucha importancia. Si necesitáis ayuda, Aitor, cuenta conmigo.

—Gracias, muchacho.

—Mi padre me ha dicho que vendrá mañana a veros. En el bufete hay varios despachos vacíos, Elena y tú, podéis usar uno de ellos —me dijo a mí.

—Menos mal que guardamos copias de seguridad de todos los casos, abiertos y cerrados, en los portátiles. Tengo tres juicios la semana que viene —Elena suspiró y mi padre asintió.

Lo veía cansado, me acerqué para darle un beso en la frente y sonreí.

—Gracias por no rendirte, papá. No sé qué habría hecho sin te hubiera perdido —susurré, y él me secó una lágrima con el pulgar.

—No van a poder conmigo, hija.

—Nosotras nos vamos —dijo Sofía—. Lorena necesita estar un rato con el pie en alto.

—Nosotros vamos a comer, ¿venís? —preguntó Elena, mirándonos a Alex y a mí.

—Sí, vale.

—Yo me quedo, por si necesitas algo —Minerva sonrió a mi padre, dándole un apretón en el pie—. Bueno, y tú también —miró al comisario—. Porque no sé si tienes familia.

—Estoy divorciado, mi familia es la policía de comisaría.

—Su mujer lo dejó porque decía que quería más a su trabajo, que a ella —dijo mi padre.

—Eso fue hace quince años, y se volvió a casar, ¿sabes? Con un policía —el comisario volteó los ojos y nos echamos a reír.

Acabamos despidiéndonos de ellos, quedé en ir a ver a mi padre al día siguiente, pero que antes pasaría por el bufete para ver cómo había quedado, y salimos los seis de la habitación para ir al aparcamiento por los coches.

—No me puedo creer que mi accidente fuera algo provocado —comentó Lorena con un suspiro.

—Tendréis que tener cuidado a partir de ahora, está claro que sabe quiénes sois y lo mucho que le importáis a Aitor —dijo Alex.

—No deberíais quedaros solas en casa, ¿por qué no os instaláis con mamá? —les propuse.

—No es mala idea. ¿Qué hay de ti? —preguntó Sofía.

—Se quedará conmigo —contestó Alex.

Ambas asintieron, nos despedimos quedando en hablar todos los días y vernos una de esas tardes, y Alex y yo subimos al coche para seguir a Víctor y Elena en el suyo hasta un restaurante que había cerca de la casa de Víctor.

Una vez aparcamos, entramos y nos llevaron a una mesa al fondo, pedimos unos entrantes y un par de platos de carne a la piedra para compartir, y cuando nos trajeron el vino Víctor sacó el tema del incendio.

—¿Os han dicho algo la policía o los bomberos? —preguntó.

—Todavía nada.

—Nena, si impresionaba ver las imágenes en televisión, con esas llamas... No quiero ni imaginar lo que tuvo que ser que lo vieras.

—Estaba más centrada en que sacaran a mi padre de allí, no sé las veces que dije una oración pidiendo a quien me escuchara, que no lo dejara morir. Con decirte que cuando todo esto pase me voy a Roma.

—¿A Roma? —preguntó extrañada, y vi que incluso Alex fruncía el ceño.

—En mi petición dije que, si salía de esa con vida, me iba a Roma a visitar El Vaticano y encendía unas velas en alguna iglesia.

—Madre mía, me llevas contigo, ¿eh? —rio.

—Mañana iré a ver cómo ha quedado el edificio.

—¿Para qué? No vas a poder entrar, pequeña —dijo Alex.

—Solo quiero ver cómo ha quedado.

—Ya te lo digo yo, hecho un amasijo de hierros, negro y chamuscado, con una parte de la fachada caída. Puedes mirar en Internet, Jimena, y te ahorras el mal trago de ir allí —comentó Elena—. Pero si quieres ir, yo te acompaño —me cogió la mano por encima de la mesa para darme un apretón.

—Estáis locas, las dos. Qué pensáis, ¿ir allí con vuestra ropa de excursionistas y daros un paseo por los escombros? —las dos nos miramos ante las palabras que había dicho Víctor, lo miramos a él y nos encogimos de hombros— Ah, que, es eso lo que pensáis hacer. Socio, menudas mujeres nos hemos buscado —resopló volteando los ojos.

—Puedo pedirles a los bomberos que nos acompañe alguien —comenté.

—Claro, te vas al parque de bomberos y dices, hola buenas tardes, soy la dueña loca del bufete que se ha incendiado, mire usted, que mi amiga y yo queremos dar una vueltecita por allí, si no les importa, y nos pudiera acompañar alguien. Y los bomberos te van a decir que sí, Jimena. En fin...

—Conozco al jefe del parque de bomberos y a su hijo.

—¿De qué los conoces, nena?

—Humberto e Iker, ¿los recuerdas?

—Iker, ¿Iker? —preguntó abriendo los ojos y soltó un silbido— Pero si hace como mil años que no lo vemos. ¿Ha vuelto?

—Sí, de hecho, estuvo anoche en el incendio. Quiso impedir que fuera hasta mi padre cuando los sacaron, pero no lo logró.

—Pues menuda eres tú corriendo —rio.

—Socio, creo que nos hemos perdido algo sobre el tal Iker —comentó Víctor, y vi que Alex me miraba con curiosidad.

—Solo es el hijo de un amigo de mi padre, nada más. Y nosotras éramos unas crías a su lado.

—Sí, unas crías —constató Elena, pero las dos sabíamos que aquel muchacho mayor que nosotras, nos llamaba mucho la atención.

—Volviendo a lo de ir al bufete, lo veo una locura —dijo Víctor, cogiendo su copa de vino para dar un sorbo—. Pero si vais yo os acompaño, solo faltaba que os pasara algo y me quede ese cargo de conciencia.

—Mira nena, vamos a llevar escolta a la excursión por las ruinas del bufete —rio, y yo no pude evitar hacerlo.

—Lo que te digo, locas como cabras —Víctor suspiró.

—Luego te acerco al parque de bomberos para que quedes con... tu amigo —me dijo Alex, y asentí.

Comimos dejando a un lado el tema del incendio, aunque a mí no se me iba de la cabeza, y tras tomarnos el café nos despedimos de nuestros amigos quedando en vernos en el bufete, o lo que quedara de él, a las diez de la mañana siguiente.

Alex me acercó al parque de bomberos, pero Iker y su padre no estaban, le dije a la chica que me atendió quién era y le pedí por favor si podía darme el número de Iker, a lo que accedió y pude hablar con él.

Le dije mis intenciones y a pesar de decirme que me había vuelto loca y que no debería ir, acabó aceptando acompañarnos y quedó en que estaría allí a las diez, tal como le pedí.

Nos marchamos a casa de Alex y una vez allí, me quedé descalza y nos sentamos en el sofá abrazados para ver la serie, dijo que era mejor que me relajara y procurara olvidarme de lo ocurrido.

—Debería aprovechar a coger mañana algo más de ropa en mi casa, ya sabes, para instalarme aquí —comenté.

—Y de paso traes también el coche —me dio un beso en la coronilla—. Sobre lo del despacho en mi bufete, iba en serio. Elena y tú podéis instalaros en uno.

—Prefiero trabajar desde casa, además entre los juzgados y la oficina de Servicios Sociales, tal vez no esté demasiado tiempo aquí sola.

—En ese caso me parece bien, porque los días que te quedes en casa, tendré una buena excusa para venir a comer con mi chica y no salir en toda la tarde.

—Ya veo que para ti todo son ventajas —sonreí—. Lo que quieres es que te distraiga del trabajo con fotos mías en el jacuzzi.

—Ah, me has pillado —chascó la lengua.

Me gustaba estar con él, ese hombre se había convertido en muy poco tiempo en mi bálsamo de paz y tranquilidad, en mi refugio.

—Debería aprovechar a coger mañana algo más de ropa en mi casa, ya sabes, para instalarme aquí —comenté.

—Y de paso traes también el coche —me dio un beso en la coronilla—. Sobre lo del despacho en mi bufete, iba en serio. Elena y tú podéis instalaros en uno.

—Prefiero trabajar desde casa, además entre los juzgados y la oficina de Servicios Sociales, tal vez no esté demasiado tiempo aquí sola.

—En ese caso me parece bien, porque los días que te quedes en casa, tendré una buena excusa para venir a comer con mi chica y no salir en toda la tarde.

—Ya veo que para ti todo son ventajas —sonreí—. Lo que quieres es que te distraiga del trabajo con fotos mías en el jacuzzi.

—Ah, me has pillado —chascó la lengua.

Me gustaba estar con él, ese hombre se había convertido en muy poco tiempo en mi bálsamo de paz y tranquilidad, en mi refugio.

Capítulo 5



A las diez estábamos Alex y yo frente a lo que quedaba del edificio donde una vez estuvo el bufete de mi padre.

Las llamas lo habían arrasado todo, aquello no era más que un amasijo de hierros, cristales rotos y escombros en el interior. La parte de la fachada que cayó poco después de que sacaran a mi padre y al comisario, ya no estaba en la calle, debían haberlo recogido.

—Jimena —la voz de Elena hizo que apartara la vista de esa grotesca escena, ella me sonrió con tristeza y nos acabamos fundiendo en un abrazo.

—Pude perderlo aquí, Elena —murmuré, y ella siguió acariciándome la espalda a modo de consuelo.

—Pero no lo has perdido, eso es lo importante.

—Buenos días —nos separamos un poco y vimos llegar a Iker.

—Buenos días, Iker —sonreí con la tristeza que estar ahí me generaba.

—¿Iker? Venga ya, pero si estás... ¡Mírate! —gritó Elena— ¿Qué te han dado de comer en Sevilla, chiquillo?

—Yo también me alegro de verte, Elena —sonrió de medio lado.

—Ya te recordaba con brazos fuertes, pero vamos, que en estos años te has ejercitado más para el trabajo.

—Era lo que tocaba —se encogió de hombros—. Bueno, al lío. Entrar, no vais a entrar —me miró con la ceja arqueada.

—Menos mal, alguien sensato —dijo Víctor—. Soy Víctor, por cierto —le tendió la mano e Iker la aceptó.

—Encantado.

—¿Por qué no vamos a entrar? —quise saber, aunque la verdad era que tal como estaba aquello, no sabía para qué

preguntaba.

—Florezilla, está todo lleno de escombros y aún hay zonas húmedas por el agua. La escalera para subir y bajar es un caos, te lo aseguro. Estuve ayer por la mañana con mi padre y otros compañeros, y si nosotros que vamos equipados debemos ir con cuidado, tú que vas en deportivas, no digamos.

—¿De verdad está tan mal? Porque ver la fachada y ese espacio que se ve de la zona que cayó, me resulta desolador.

—Tengo fotos para que las veas —dijo sacando el móvil, y me fui a su lado, me lo entregó y empecé a pasar las imágenes que tenía ante mí.

Las paredes estaban ennegrecidas por el humo de las llamas, se veía que el agua también había hecho de las suyas y había surcos algo más claros que arrastraban lo negro. Los escombros que se veían eran por la caída de parte de los techos y suelos, los muebles que aún quedaban en pie estaban a medio destruir y apenas se apreciaba el color de paredes ni suelos, todo era hollín.

—Madre mía, cómo ha quedado todo —murmuró Elena a mi lado.

—¿Se sabe algo al respecto? —preguntó Alex.

—Fue provocado —la respuesta de Iker hizo que lo mirara con los ojos abiertos, no me podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Lo provocaron?

—Sí, alguno de los bomberos que entraron dijeron que pudieron distinguir un leve rastro de gasolina en el ambiente. La policía ya está al tanto y van a pedir las imágenes de las cámaras que hay en toda esta calle.

—Tengo que hablar con mi padre y con el comisario, ellos tenían la sospecha de que podían haberlo provocado y...

—¿Lo sospechaban? —Iker frunció el ceño.

—Sí —suspiré—. Es una larga historia.

—Entiendo —en sus ojos vi que quería saber más, a fin de cuentas, su padre y el mío se conocían desde siempre y aunque hubieran pasado trece años, en los que solo hablaran algunas veces por teléfono, Humberto querría saber más sobre lo que había pasado.

—Gracias por venir, Iker.

—No hay problema, florecilla —me hizo un guiño y sentí que me sonrojaba levemente igual que años atrás cuando me llamaba así—. Me voy, que entro ahora de turno en el curro. Nos vemos.

Iker se despidió de nosotros con un gesto de la mano y Elena se agarró a mi brazo.

—Vámonos de aquí, Jimena —me dijo al ver que me quedaba mirando lo que quedaba del bufete.

Asentí y caminamos hacia la cafetería de enfrente para tomar un café, Alex me pasó el brazo por los hombros y me besó la sien, quería que me tranquilizara, pero mi mente iba a toda velocidad pensando en mi padre.

—No quiero ser yo quien diga esto, pero seguro que lo estamos pensando todos —comentó Víctor, cuando nos dejaron los cafés—. Os tienen vigilados.

—Eso parece —murmuré.

—Lo de Lorena fue para que tu padre se tomara en serio la carta, pero ninguno sospechamos en ese momento —dijo Elena.

—Cuando me dijo que iba de prisa cuando le pasó, pues la verdad las dos pensamos que perdió el control del coche por eso, no porque alguien pudiera haberlo provocado.

a

—Sea como sea, tienes que tener cuidado Jimena —me pidió mi amiga.

No dije nada, de hecho, ninguno más habló al respecto. Nos tomamos el café, me despedí de ella quedando en vernos en esos días para desayunar, y Alex me llevó al hospital.

Cuando entré vi que Sofía y Lorena estaban allí, me dijeron que Minerva había ido a casa a darse una ducha y cambiarse de ropa.

Me acerqué a mi padre y le di un beso en la mejilla, sonrió y cogió la pizarra para preguntar cómo estaba.

—He ido a ver el bufete —contesté, y frunció el ceño—. Tranquilo, Iker no me ha dejado entrar.

—¿Iker? —preguntó con la voz aún enronquecida por el humo inhalado.

—El hijo de Humberto, tu amigo. Han vuelto a Málaga. Me ha confirmado que el incendio fue provocado —miré al comisario.

—Pues tenemos una lista más reducida de posibles sospechosos.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Ocho —dijo mi padre.

—Reducida, pero ocho son muchos —suspiré.

—Tengo a los agentes investigando a cada uno de ellos, y si el que llevó la carta sabe lo que le conviene, nos dirá quién le pagó para entregarla.

—Iker me ha dicho que la policía iba a revisar las cámaras de nuestra calle, con suerte igual ven a quien provocó el incendio.

—Pues esperemos que así sea —dijo Sofía.

Nos quedamos allí hasta que llegó Minerva, justo a tiempo para la hora de comer de los dos convalecientes. Le dije que no tenía por qué quedarse en el hospital todas las noches hasta que le dieran el alta a mi padre, y acabé convenciéndola de que el lunes, yo me quedaría con él.

Nos despedimos de ellos y Alex y yo fuimos a comer a un bar cercano con Sofía y Lorena.

—Tenemos un evento en Madrid la próxima semana —dijo Sofía.

—¿Cuándo? —pregunté.

—El jueves, pero nos iremos el martes para preparar todo. Tienen que tunearme las muletas, al final sí que fue un acierto que lo hicieran el otro día —contestó Lorena con una sonrisa.

—Quedaos allí hasta el lunes —les propuse—. Si ya han hecho su advertencia a papá, y al comisario, no deberían ir a por nadie más de su entorno. Pero prefiero que estéis lejos.

—Vale, así lo haremos —me aseguró Sofía, y asentí.

Después de comer Alex y yo fuimos a mi casa, no es que fuera a mudarme ya inmediatamente, pero cogí una maleta con algo más de ropa, así como el portátil y algunas cosas del trabajo.

A excepción de los días que tuviera que ir al juzgado, o a ver a Camila, me quedaría trabajando desde casa como había pedido que hicieran todos los abogados.

Confiaba en Gloria y sabía que también estaría trabajando desde su casa, revisando el correo del bufete constantemente para ver si alguien contactaba con nosotros por ese medio para concertar una cita, dado que el teléfono fijo no estaba disponible.

Le pedí a Alex que me llevara al centro comercial antes de regresar a casa, contraté una nueva línea de teléfono móvil con un terminal para el bufete, entré en la página web y añadí ese número para concertar cita, indicando que podían enviar un mensaje a ese número en caso de que no pudieran hablar con nosotros, y nos pondríamos en contacto con ellos para concertar la cita.

Llamé a Gloria para decirle lo que había pensado y se echó a reír.

—Justo pensaba llamarte para decirte que iba a hacer eso, te has adelantado. Tráeme el teléfono que yo me encargo de eso, tú bastante tienes con todo lo demás —dijo, y Alex me llevó a su casa para entregárselo.

Me dio un abrazo de esos reconfortantes que ella daba como nadie, quedamos en vernos puesto que mi padre seguía con la idea de buscar un nuevo edificio y dijo que echaría un vistazo en las inmobiliarias que eran nuestros clientes para ver si daba con algo adecuado.

Alex y yo regresamos a casa, nos acomodamos en el sofá para ver la serie y, entre el agotamiento físico y mental que arrastraba, y las caricias de sus dedos en mi brazo, notaba que se iban cerrando mis párpados, hasta que acabé quedándome dormida.

Le pedí a Alex que me llevara al centro comercial antes de regresar a casa, contraté una nueva línea de teléfono móvil con un terminal para el bufete, entré en la página web y añadí ese número para concertar cita, indicando que podían enviar un mensaje a ese número en caso de que no pudieran hablar con nosotros, y nos pondríamos en contacto con ellos para concertar la cita.

Llamé a Gloria para decirle lo que había pensado y se echó a reír.

—Justo pensaba llamarte para decirte que iba a hacer eso, te has adelantado. Tráeme el teléfono que yo me encargo de eso, tú bastante tienes con todo lo demás —dijo, y Alex me llevó a su casa para entregárselo.

Me dio un abrazo de esos reconfortantes que ella daba como nadie, quedamos en vernos puesto que mi padre seguía con la idea de buscar un nuevo edificio y dijo que echaría un vistazo en las inmobiliarias que eran nuestros clientes para ver si daba con algo adecuado.

Alex y yo regresamos a casa, nos acomodamos en el sofá para ver la serie y, entre el agotamiento físico y mental que arrastraba, y las caricias de sus dedos en mi brazo, notaba que se iban cerrando mis párpados, hasta que acabé quedándome dormida.

Capítulo 6



Ese lunes después del desayuno con Alex en su casa, cogí mi coche para ir a ver a Camila y ponerla al día de lo que había pasado.

Le dije que trabajaría desde casa y que, al igual que hasta ahora, las reuniones con los clientes serían allí en su despacho o en casa de ellos.

Nos despedimos quedando en vernos el miércoles en los juzgados pues se celebraba el juicio de una de las clientas, y fui a ver a Elena, que acababa de escribirme para ver si tomábamos café en la cafetería de los juzgados.

—Buenos días —la saludé dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo estás? Aparte de cansada, que es obvio, a juzgar por las ojeras que tienes.

—No es que haya dormido muy bien, la verdad —suspiré.

El camarero se acercó en ese momento para tomarnos nota, pedí un café con una tostada al igual que ella.

—Nena, es que esto desde que leíste esa carta, te está pasando factura. No dejas de pensar en ello y mírate.

—No es para menos, Elena. Un delincuente al que mi padre, el comisario y otros policías metieron en la cárcel, y a por ellos y por la gente de su entorno para cobrarse una venganza que se me escapa de las manos.

—Es muy fuerte, la verdad.

Nos trajeron el desayuno y di un sorbo al café que me supo a gloria, suspiré dejando la taza de nuevo en la mesa y hablamos de ella y Víctor, y fue mencionar el nombre de su abogado, y dibujársele una sonrisa en los labios.

Tras el desayuno me despedí de ella, que volvía a entrar en los juzgados, y cogí el coche para ir a casa de Alex, a trabajar en los expedientes que tenía y descansar un poco por la tarde, puesto que pasaría la noche en el hospital.

Fue entrar en la casa y llegarme un mensaje suyo.

Alex: *Hola, pequeña, ¿cómo ha ido la mañana? Yo de un juicio a otro. No me esperes para comer, tengo una reunión con un cliente, así que comeré algo rápido antes de ir a verle. Intentaré llegar antes de que te vayas al hospital. Un beso, te echo de menos.*

Jimena: *Ha ido bien, bastante tranquila. Voy a trabajar un poco, comeré algo rápido también y descansaré un rato antes de irme. Que te sea leve. Yo también te echo de menos.*

Dejé el móvil en el sofá, a mi lado, me quité los zapatos y tras sentarme con las piernas estiradas en uno de los pufs, abrí el portátil y comencé a trabajar en la redacción de algunos documentos que necesitaba para los juicios.

Se me pasó el tiempo volando y cuando quise darme cuenta eran las tres de la tarde, por lo que me preparé un sándwich con un refresco para comer. Había vuelto a sentarme en el sofá cuando me llegó un mensaje.

Iker: *¿Cómo estás, florecilla? Quería saber cómo se encuentra tu padre, el mío y yo queremos ir a verlo, pero se nos está complicando el día, a ver si podemos ir mañana por la mañana. ¿Sabéis algo por parte de la policía? Que fuera provocado nos tiene a los dos intranquilos, si te soy sincero. Bueno, no te molesto más que seguro te pillo comiendo. Cuídate, florecilla.*

Se me dibujaba una sonrisa cada vez que me llamaba así, ya se me había olvidado el modo en el que lo hacía, pero sí que era costumbre en él llamármelo desde que tenía doce años. Nunca le pregunté por qué lo hacía, y cuando se marchó unos años después, me quedé con esa curiosidad.

Jimena: *Hola, Iker. Pues me pillas con un sándwich porque me he puesto a trabajar al llegar a casa y se me ha ido el santo al cielo. No sé nada aún, seguimos esperando. Gracias por preguntar, y ni te preocupes si no podéis ir hoy, ya habrá tiempo de que lo veáis. Esta noche me quedaré con él en el hospital, no quiero que mi madre cargue con eso cada noche, también tiene que descansar. Cuando sepa algo por parte de la policía, te lo haré saber. Que tengas una buena tarde.*

Tras enviarlo terminé de comer, puse la televisión y acabé quedándome dormida en el sofá, que era cómodo, sí, pero no como la cama.

Desperté casi cuatro horas después, así de agotada estaba y ni siquiera quería creerlo. Alex no había vuelto y tampoco tenía llamadas o mensajes suyos, no le di importancia porque sabía que era como mi padre y cuando estaba con un cliente, seguro que perdía la noción del tiempo.

Me di una ducha rápida, me puse unos leggins y una camiseta con las deportivas y, tras recogerme el pelo en una coleta alta, salí de casa de Alex y cogí el coche para ir al hospital.

No iba a negar que estaba muy preocupada con todo ese asunto, pero no quería que mi padre se preocupara más de lo que ya debía estar haciéndolo, así que cuando entré en la habitación lo hice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya ha llegado la enfermera de relevo —dije.

—No tendríais que quedaros ninguna, aquí hay personal de sobra para cuidarme —mi padre volteó los ojos.

—¿Tú te quedarías en casa, o aquí con nosotras? —Arqueé la ceja.

—Aitor, no discutas con ellas que sabes que te ganan —rio el comisario.

—Haz caso a tu amigo, cariño —le dijo Minerva, inclinándose para darle un beso—. Mañana nos vemos, procura descansar, ¿de acuerdo?

—Y tú, mi amor.

—Adiós, hija —me dio un abrazo y un beso y tras despedirse del comisario salió de la habitación.

—¿Cómo os encontráis? —les pregunté mientras me sentaba en la silla, entre ambas camas, a ver la televisión con ellos.

—Deseando salir del hospital y comernos un buen chuletón a la brasa —contestó el comisario—. La comida del hospital no sabe a nada. Lo único bueno, la gelatina y el yogur, y como mucho, la fruta.

—Comisario, es comida de hospital, no pueden ponerle sal —sonreí.

—Niña, si quieres que tú y yo nos llevemos bien, cuando vengas otro día me traes una hamburguesa. Con bacon, con mucha grasa, y con patatas fritas.

—No voy a hacer eso.

—Aitor, tu hija me caía bien, ya no —resopló, y tanto mi padre, como yo, nos echamos a reír.

—¿Sabéis algo del que ha provocado todo esto? —pregunté.

—Hemos vuelto a reducir nuestra lista, ya solo quedan seis —contestó mi padre.

—Esto va a ser como la casa de Gran Hermano, cuando queden dos tendré preparada una celda especial para él y que se pudra allí de por vida —dijo el comisario.

—Sabes que siempre hemos lidiado con gente no muy buena —comentó mi padre—, pero desde luego jamás pensé que alguien pudiera querer ir a por nosotros.

—Yo tampoco, pero desde luego ahora me queda claro que todas esas veces que he escuchado decir eso de: “conmigo no se juega”, era verdad.

—Mi padre me mantuvo al margen de su trabajo hasta que empecé la carrera de Derecho y lo acompañaba a alguno de esos juicios, recuerdo muchas miradas de rabia y odio de esa gente, pero, ¿tanto como para querer mataros? —Fruncí el ceño.

—Jimena —el comisario carraspeó mirándome—. Entre la gente que he detenido y que tu padre ha conseguido que un juez los encarcelase, hay toda clase de criminales que puedas imaginar, las drogas y las armas son lo que más se ve en sus vidas. Uno de ellos anda detrás de todo esto, ha querido acabar con nosotros a la vez y sé que sigue ahí, en algún lado, vigilando a través de los ojos de alguno de sus secuaces, pero te aseguro que no se va a salir con la suya. Esto ya no se trata de una redada por drogas como tantas hemos hecho desde que entré en la policía, esto es un intento de homicidio de cuatro personas, tres de ellas agentes de policía. El responsable y todos los que hayan ayudado, así como los que estén en nómina para él, darán con sus huesos en la cárcel el resto de sus vidas. Y es una promesa que te hago.

Lo vi en sus ojos, no solo era una promesa que me hacía a mí, sino también a mi padre.

La rabia que desprendía su mirada era un hecho, y aunque apenas conocía al comisario Narváez, si era como mi padre estaba convencida de que impartiría justicia.

Volvimos a centrarnos los tres en la televisión y en el programa que Minerva les había puesto, era un documental sobre animales marinos, y en ese momento el canto de los delfines fue como un remanso de paz para los tres.

Acabaron por quedarse dormidos por la medicación que tomaron con la cena poco después, así que cogí el mando de la televisión y busqué algo que ver, hasta dar con una comedia romántica que me gustaba.

Alex seguía sin dar señales de vida, ya eran casi las once de la noche y no iba a decir que no estuviera preocupada teniendo en cuenta que había un criminal detrás de mi padre y de quienes estuvieran cerca de él.

Pero tal vez había llegado a casa agotado, se habría dado una ducha y estaría ya en la cama.

En algún momento me quedé dormida sin darme cuenta, hasta que me despertó un ruido como de puerta cerrándose con fuerza.

Me sobresalté, vi que los dos estaban dormidos, apagué la televisión y me levanté para ir hacia la puerta.

Abrí, miré a un lado y a otro y no vi a nadie, salvo las enfermeras que estaban en el mostrador en el rellano que comunicaba los pasillos de esa planta.

Cerré la puerta y fui hacia el pasillo de fuera de la zona de habitaciones, donde se encontraban las máquinas. Me había dado un poco de sed y el cuerpo me pedía algo de azúcar, así que compraría un zumo.

Había allí sentados dos hombres que, por el modo en el que me miraron y asintieron, deduje que eran policías. Sonreí levemente, saqué mi bebida y antes de regresar me acerqué a ellos.

—Señorita —dijo uno de cabello oscuro y ojos azules.

—Hola —sonreí sentándome entre ellos—. Tal vez no sea nada, pero... creo que he escuchado un ruido cerca de la habitación de mi padre y el comisario.

—Voy a echar un vistazo —el moreno se puso en pie, y el otro, de cabello castaño, asintió—. Regrese allí, señorita, y no se preocupe, hay más agentes, no solo en esta planta.

—Es un alivio saberlo, gracias.

Regresé a la habitación tal como me había dicho el agente, comprobé que las enfermeras seguían en el mostrador, y cuando entré me acerqué para asegurarme de que mi padre y el comisario aún dormían y estaban respirando.

Me quedé mirando por la ventana, abrazándome a mí misma unos minutos, me había desvelado y sabía que iba a costarme volver a coger el sueño.

Dieron unos leves golpes en la puerta, esta se abrió y vi al agente asomarse.

—No era nada, las enfermeras me han confirmado que el familiar de un paciente ha salido y cerró con un portazo. Al parecer es un paciente un poquito peculiar, ni su familia le tiene paciencia —sonrió levemente y yo también.

—Gracias, y lamento haberlos molestado por esa tontería.

—No ha sido molestia, estamos para eso. Su madre guardó una tarjeta en el cajón con el número que tenemos nosotros, somos los del turno de noche, si necesita algo, envíe un mensaje y vendremos uno de los dos.

—Vale, muchas gracias.

—Procure descansar, señorita. Buenas noches —asintió antes de abrir la puerta y se marchó.

Al menos me quedaba tranquila sabiendo que Minerva no estaba completamente sola por la noche, y yo tampoco lo estaría cuando me quedara con mi padre y el comisario, pues tenía pensado hacerle el relevo a ella en más de una ocasión.

Apagué la televisión, que seguía encendida, y me recosté en el sofá que había junto a la ventana, frente a la cama de mi padre.

Me quedé observando unos minutos su silueta, y al ver que seguía dormido tranquilamente, cerré los ojos esperando que el sueño volviera a abrazarme de nuevo.

Me quedé observando unos minutos su silueta, y al ver que seguía dormido tranquilamente, cerré los ojos esperando que el sueño volviera a abrazarme de nuevo.

Capítulo 7



Desperté al escuchar a la enfermera dar los buenos días a mi padre y al comisario, me froté los ojos y me incorporé.

—¿Cómo están los hombres más sexis de la planta? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Deseando salir de aquí —contestó el comisario.

—Ya os queda poco, tranquilos.

—Él quiere irse para poder comerse un chuletón —comenté acercándome a mi padre—. Buenos días, papá.

—Buenos días, mi niña. ¿Has descansado algo?

—Sí, no te preocupes.

—Así que un chuletón, ¿eh? Pues mi cuñado tiene un asador en la playa con una carne buenísima. Ya te daré la dirección. Y si le dices que vas de parte de Nieves, la enferma y su cuñada favorita, te tratará como a un rey. En realidad, soy la única cuñada que tiene —se encogió de hombros.

Los tres sonreímos, y es que aquella mujer tenía una vitalidad y una sonrisa contagiosas. Dejó los desayunos sobre las bandejas, junto una pastilla para cada uno, y se marchó mirando al comisario con cierto disimulo.

—Creo que has ligado, comisario —dije, cuando nos quedamos solos.

—¿Yo? ¿Ligar? Qué va, será que ha visto mal.

—No, no, que yo creo que a Nieves le has gustado.

—Eso creo yo también, viejo amigo —rio mi padre, cogiendo la manzana—. Te ha hecho ojitos, y yo diría que hasta te llevaría ella al asador de su cuñado si te dejas llevar.

—Tú es que desde que encontraste el amor por segunda vez, y te casaste, ves flechas de Cupido por todos lados — volteó los ojos, y me eché a reír.

—Comisario, que yo también las veo y no me he casado.

—No, pero el abogado te hace tilín.

—Y tolón —dijo mi padre.

Sonreí, y los dejé desayunar con las noticias de primera hora puestas mientras entraba en el baño para refrescarme un poco la cara.

Tanto estuve con las manos bajo el agua fría y empapando mi rostro y cuello, que ni me enteré de que había entrado alguien en la habitación hasta que salí y vi a Iker y su padre.

—Jimena, pero mírate —dijo Humberto, acercándose para darme un abrazo, ese hombre seguía siendo igual de alto y fuerte que lo recordaba—. Por Dios, si ya eres toda una mujer.

—Humberto, me alegro de verte de nuevo —me dio un beso en la frente.

—Ay, que ya no te voy a poder llamar chiquitina —rió—. Estás guapísima, y te pareces a tu madre.

—Gracias.

—Buenos días, florecilla —Iker me dio otro abrazo y me sorprendí cerrando los ojos mientras me invadía el aroma de su perfume.

Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero era el mismo que usaba antes de que se fuera a Sevilla.

Me aparté con rapidez y nos quedamos allí hablando, Humberto dijo que acababan de salir de su turno de trabajo : e que antes de irse a casa decidieron pasar a verlo.

Resultó que él y el comisario también se conocían, y es que, al haber sido bombero durante años en nuestra querida Málaga, coincidió con él en algunos avisos de incendio cuando aún era policía.

Se pusieron al día mientras yo revisaba el correo, respondía a algunos e-mails de clientes y concertaba un par de citas con Camila.

De Alex, ni una sola noticia todavía.

—Florecilla —me sobresalté al escuchar a Iker a mi espalda.

—Dios, qué susto —me llevé la mano al pecho.

—Lo siento —sonrió—. ¿Tienes mucho trabajo ahora? Lo digo por invitarte a desayunar.

—No, la verdad es que me iba a quedar trabajando desde casa. En cuanto llegue mi madre me voy.

—¿Desayunamos juntos, entonces? —sonrió.

—Sí, que el hambre ya empieza a notarse —bloqueé el móvil y lo guardé en el bolso.

Minerva llegó unos minutos después, mi padre hizo las presentaciones con Humberto e Iker, a quien ya había visto la noche del incendio, pero yo no podía recordar si se lo llegué a presentar o no, y sabiendo que ya se quedaba ella, me despedí de mi padre, quedando el volver a la noche siguiente, pues el miércoles tenía las reuniones con Camila y quería ir descansada.

Salí del hospital acompañada de Iker y su padre y fue este último quien me agarró por el hombro para que me detuviera.

—Jimena, me gustaría saber quién pudo provocar el incendio en el que casi muere mi amigo —dijo.

—Eso estamos tratando de averiguar —suspiré—. Lo único que sé hasta el momento es que mi padre recibió una carta, a todas luces una amenaza, mientras estaba de luna de miel, yo la leí. Me dijo que podía ser una broma, pero acabó contándome que, de broma, nada. Hubo dos tiroteos, un coche disparó contra dos agentes de policía y el comisario nos dijo que esos dos hombres y él habían trabajado juntos en algunas operaciones. Según dijo, quien sea el criminal al que detuvieron y mi padre llevó ante el juez y este, a la cárcel, va a por ellos en busca de venganza. Lo peor de todo es que a mi hermana pequeña le manipularon el coche y tuvo un accidente. Están acortando la lista de quien o quienes han podido ser, pero van lentos —suspiré.

y —Chiquitina, tienes que ir con cuidado —me pidió con ambas manos en mis mejillas y mirándome fijamente.

—Lo sé, tranquilo Humberto.

—Bueno, cualquier cosa, llamas a Iker y ahí nos tienes a los dos, ¿ok?

—Gracias —lo abracé y me dio un beso en la frente de esos que tantas veces me dio en el pasado, al igual que solía darme mi padre.

—Voy a desayunar con ella, tenemos que ponernos al día de estos últimos trece años —le dijo Iker.

—Entonces me da a mí en la nariz, que del desayuno pasáis a la comida —rio—. Nos vemos, chiquitina. Y cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Humberto asintió, se despidió de su hijo con una leve palmada en el hombro y tras una última mirada hacia mí, se alejó caminando hacia su coche.

—Tengo el coche a unos metros, ¿nos vemos en la rotonda y te sigo? —comentó.

—Vale.

Iker asintió, fue hacia su coche y yo al mío, subí y antes de ponerlo en marcha cogí el móvil del bolso comprobando que Alex no me había escrito ni llamado.

Cuando puse el coche marcha y se conectó en manos libres, marqué su número, y tardó un poco en responder.

—¿Sí? —tenía la voz de acabar de despertarse.

—Buenos días, señor abogado. ¿Se te han pegado las sábanas?

—Joder —se sobresaltó y me reí, lo escuché levantarse y comenzar a andar de un lado a otro—. Voy a llegar tarde, y tengo una reunión dentro de nada.

—¿Te quedaste trabajando hasta tarde?

—¿Eh? Sí, sí, ni siquiera sé a qué hora me quedé dormido en el sofá. Oye, voy a darme una ducha, vestirme y salir pitando para el bufete. Hablamos después, ¿vale?

—Claro. Solo quería saber que estabas bien, pensaba...

—Estoy bien, no te preocupes. Hablamos.

—Sí, adiós.

No me dio casi ni tiempo a despedirme, pues colgó. Al final iba a resultar que este asunto nos estaba pasando factura a todos, ojalá acabara pronto.

Llegué donde me esperaba Iker con el coche, sonreímos y avancé delante de él para que me siguiera. En ese momento se me pasó una idea por la cabeza, una que estaba segura le iba a hacer soltar una carcajada cuando viera dónde lo llevaba.

Habían pasado los años desde que se marchó, pero ese lugar seguía abierto desde que lo inaugurara el bisabuelo

del dueño hacía algo más de cien años, y sí, aquel era nuestro lugar favorito.

r

del dueño hacía algo más de cien años, y sí, aquel era nuestro lugar favorito.

Capítulo 8



Aparqué en uno de los sitios libres que encontré y vi que Iker dejaba su coche justo al lado. Sonrió negando desde dentro y así salió de él.

—No me puedo creer que me hayas traído aquí. Creí que habría cerrado —dijo al ver la churrería donde nuestros padres solían comprar esas grandes jarras de chocolate y papelones de churros grandes para los desayunos de los domingos cuando él y Humberto se quedaban a dormir en mi casa después de una barbacoa.

La madre de Iker y su padre se divorciaron años atrás, ella rehízo su vida y se olvidó de que tenía un hijo, así que desde que tenía uso de razón, solo los había visto a ellos por casa.

—¿Cerrar? Este lugar pasará de generación en generación y seguirá siendo famoso por sus adictivos chocolates con churros —sonreí—. Vamos, seguro que has echado de menos esto en Sevilla.

—Bueno, digamos que eché muchas cosas de menos —comentó abriendo la puerta.

—¿Qué cosas? —curioseé mientras íbamos a la barra a pedir— Buenos días, dos chocolates y una docena de churros.

—Ahora mismo os lo llevo a la mesa —contestó la camarera, y asentí.

—Pues muchas cosas, florecilla —dijo cuando nos sentamos—. Los amigos, salir con ellos, aunque hice nuevos amigos allí. Mantuve el contacto con los del instituto y eso durante un tiempo, hasta que cada uno acabó en un punto de España, y no supimos más los unos de los otros —se encogió de hombros.

—Vaya, lo siento. Yo sigo teniendo a la loca de Elena en mi vida —sonreí.

—Ya lo vi.

—Y ahora también a dos hermanas. Son influencers, y un poco alocadas, pero nos dan la vida a todos.

—¿Cómo te ha ido estos años? Me sorprendió que seas abogada, nunca dijiste que quisieras seguir los pasos de tu

padre.

—Aquí tenéis, chicos —la camarera nos puso la bandeja de churros y las dos tazas de chocolate en la mesa.

—Gracias —contestamos al unísono.

Ambos cogimos un churro, lo mojamos en el chocolate y dimos ese primer bocado.

—Sigue siendo el mejor chocolate con churros que he comido en mi vida —dijo.

—Sabía que lo habías echado de menos —sonreí—. Decidí estudiar Derecho cuando murió mi madre, uno de los abogados del bufete consiguió que declararan culpables a los atracadores del banco, y lo tuve claro. Fue estando en la universidad cuando decidí que quería centrarme en llevar a víctimas de malos tratos. Una amiga de Elena y mía tuvo una relación así, se negó a verlo durante un tiempo hasta que ya fue demasiado tarde.

—Lo siento.

—Veo lo mismo casi a diario, y hago lo que está en mis manos para ayudarles.

—¿Te has casado? Ese tal Alex, ¿es tu marido?

—No, no es mi marido —sonreí—. No me he casado. ¿Y tú?

—Tampoco —negó, volviendo a dar un bocado al churro con chocolate.

Le hablé de Oscar y el modo tan rastroso en el que me utilizó, también hablamos sobre ese novio del instituto que tuve a los diecisiete y del chico con el que salí un par de meses en la universidad, ninguno de los tres resultó ser algo memorable.

—Bueno, y a ti qué, ¿te fue bien con las chicas sevillanas? —curioseé.

—Estuve unos meses con una chica, poco más de un año con otra, y la única relación seria acabó hace tres años.

—¿Quién decidió romper?

—Ella, y no la culpo —sonrió.

—No me digas que la engañaste con otra, porque me defraudarías.

—No, no la engañé. Solo que los dos nos dimos cuenta de que no éramos la persona con la que queríamos estar.

—¿Quedasteis como amigos, al menos? —curioseé dando un sorbo a mi chocolate.

—Sí, de hecho, ella conoció a alguien poco después y empezaron a salir, fui a su boda el verano pasado.

—Eso está bien, yo a la cucaracha de Oscar no quiero volver a verlo.

—Yo sí, solo por curiosidad y darle un puñetazo en la cara, por capullo.

—No merece la pena, te lo aseguro —negué.

—Con Alex, ¿qué? —dio un sorbo a su taza.

—¿Qué, de qué?

—¿Va en serio?

—Nos estamos conociendo, pasamos algunas noches en su casa y me he mudado con él hace poco, bueno, me lo pidió la noche del incendio.

—Vaya, así que vas a tener tu propio cepillo de dientes en su casa, eso es un gran paso —sonrió.

—Calla, bobo —le di un leve golpecito en el hombro.

—Parece un buen tío.

—Sí que lo es.

Nos quedamos en silencio mientras terminábamos de tomarnos el chocolate y, una vez acabamos, se empeñó en pagar él, por lo que no me quedó más remedio que resignarme.

—Puedes invitar tú la próxima vez —dijo cuando salimos y me pasó el brazo por los hombros—. ¿Damos un paseo? Echaba de menos esta zona.

—Vale.

Caminamos por la calle viendo el ir y venir de gente que corría para no perder el autobús, otros que esperaban para coger un taxi y los que simplemente disfrutaban de un paseo con su perro a esa hora de la mañana, seguramente aprovechando que estaban de vacaciones.

Seguimos hablando de lo que habían sido estos últimos trece años para ambos, nos contamos algunas de las locuras que habíamos hecho, él con sus amigos o compañeros de trabajo, y yo principalmente con Elena, aunque

habíamos añadido a Sofía y Lorena a la ecuación.

Cuando quisimos darnos cuenta habíamos llegado a una zona de la playa donde había varios chiringuitos preparando ya las mesas para comer.

—Madre mía, ¿qué hora es? —pregunté sacando el móvil del bolso— ¿Las dos y media? Chiquillo, sí que hemos andado para bajar los churros.

—Esos ya se nos han ido por los dedos de los pies, florecilla —rio—. ¿Comemos? A mí el olorcito a paella que sale de ese chiringuito, me está llamando.

—Con una condición —le advertí, señalándole con el dedo—. La comida, la pago yo.

—Lo vamos viendo.

—No, Iker, tú has pagado el desayuno.

—Y yo te he dicho que otro día lo pagas tú —me dijo mientras me llevaba hacia una de las mesas—. Esa es la clave, florecilla, otro día, no hoy, otro.

Mi móvil empezó a sonar y al sacarlo del bolso vi que era Sofía.

—Hola, hermanita. ¿Ya habéis llegado a Madrid? —pregunté.

—Sí, acabamos de subir a la habitación del hotel.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, tranquilo. ¿Cómo está papá? Te has quedado esta noche tú con él, ¿no?

—Está mejor, ha pasado la noche tranquilo y dormido. Eso sí, están los dos deseando salir y comerse un chuletón —reí.

—No es para menos, la comida de hospital es insípida, hermanita. Sabes que regresamos el lunes, pero cualquier cosa nos llamas, ¿ok?

—Lo mismo te digo, si veis algo raro, no dudéis en ir a la policía, ¿me oyes?

—Tranquila, no va a pasarnos nada.

—Bueno, vosotras id con cuidado.

—Vale, mamá —rio—. Adiós, hablamos.

—Adiós, cariño. Perdona —le dije a Iker al colgar.

—No te preocupes, es normal teniendo hermanos —sonrió—. ¿Qué te apetece beber?

—Un refresco, que luego tengo que coger el coche.

—Una chica responsable, me gusta.

—No tanto, que a veces me tomo una copa de vino.

—Ah, bueno, yo un whisky, o un gin tonic, pero solo cuando salgo de noche.

—Yo también, y en esos casos dejo el coche en casa.

—Buenas, ¿qué os pongo? —preguntó un camarero.

Pedimos un par de Coca Colas y una paella para dos que estaba buenísima. Mientras comíamos, Iker me habló de que había hecho buenas migas con uno de los compañeros de aquí y que salían alguna noche cuando no les tocaba trabajar, iban a cenar y después a tomar una copa a uno de los locales de la zona de marcha.

Acabamos hablando de su madre, esa mujer que había estado ausente toda su vida y a la que se encontró, por casualidad, en unas vacaciones en Londres.

—No, ¿en serio?

—Y tan en serio. Fui con unos compañeros del curro a un concierto de un grupo que nos gustaba, y ya pues aprovechamos a quedarnos allí un par de días más. Bueno, pues íbamos caminando por la zona del puente, haciendo fotos y turismo, y de repente la veo. Hacía mucho que no la veía, no, pero su manera de andar, sus ojos, no sé, no me había olvidado de eso. Ella me reconoció, o sea, es evidente que me parezco a su exmarido, así que me reconoció. Nos quedamos mirando unos instantes y vi que iba con un hombre y un par de chicos de unos, no sé, quince, y dieciocho años.

—Así que tienes dos hermanos.

—Según el ADN, sí, según los papeles y el trato, no.

—¿Y te dijo algo?

—Nada, y yo a ella tampoco, no creas que me apetecía. A ver, yo tenía veintiocho años, ella se fue cuando tenía seis, no había nada que decir. No tengo madre, solo a mi padre, y es suficiente para mí.

—Yo echo de menos a mi madre —dije con tristeza.

—Joder, florecilla, eso es normal porque estabas muy unida a ella.

—¿Por qué me llamas así? —fruncí el ceño y me atreví a preguntar al fin.

—¿Florecilla?

—Sí, me lo llamas desde que era una cría.

—Puede que algún día te lo cuente —se encogió de hombros y cogió un poco del flan que se había pedido de postre.

—¿Algún día? ¿En serio? Llevo años queriendo saberlo.

—Bueno, pues por unos días más no pasa nada.

—Madre mía, me da a mí que voy a tener que armarme de paciencia contigo, ¿eh?

Iker sonrió de medio lado y no dijo más. Pedimos café y después de tomarlo, regresamos caminando hasta la churrería donde habíamos dejado los coches.

El tiempo se me pasó sin apenas darme cuenta mientras recordábamos algunas cosas que habíamos vivido antes de que se fuera, y contándonos esas experiencias de los últimos trece años de nuestras vidas.

—Gracias, Iker —dije abrazándolo.

—¿Por qué, florecilla?

—Por hacer que durante unas horas me olvidara de lo que había pasado, o de lo que puede pasar.

—Ha sido un placer —sonrió—. Admito que echaba de menos a esa chiquilla pizpireta que conocía.

—Dónde estará esa Jimena ya —reí.

—Aquí, delante de mí, solo que más madura, más mujer —me hizo un guiño y se acercó para besarme en la frente—. Estoy a una llamada, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, gracias.

—Ve con cuidado, florecilla.

—Me tienes que decir por qué me llamas así —le advertí, señalándole con el dedo.

—Ya te lo he dicho, algún día te lo contaré —contestó metiéndose en el coche.

Yo hice lo mismo, lo puse en marcha y nos dijimos adiós antes de que él saliera primero.

Puse rumbo a casa de Alex y entonces caí en la cuenta de que, ni me había llamado ni escrito ningún mensaje para decirme que no iba a casa a comer, o para preguntar dónde estaba yo, si había ido a su casa y no me encontró allí.

Sonreí al pensar en que ese hombre era como mi padre, vivía por y para el trabajo.

Cuando aparqué vi que no estaba el coche de Alex, y tampoco lo encontré en casa. Lo llamé y dijo que venía de camino, que se alargaron más de la cuenta las reuniones que había tenido.

Aproveché mientras lo esperaba para preparar unos canelones de carne para la cena que me salían buenísimos y quería sorprenderlo.

Los dejé en el horno y fui a darme una ducha, lugar en el que me encontró mi abogado favorito cuando entró para cambiarse de ropa.

Lo miré mordisqueándome el labio, sonrió y se fue desnudando hasta entrar conmigo en la ducha, donde nos dejamos llevar por el deseo y nos entregamos al placer antes de cenar.

—Lo sé, gracias.

—Ve con cuidado, florecilla.

—Me tienes que decir por qué me llamas así —le advertí, señalándole con el dedo.

—Ya te lo he dicho, algún día te lo contaré —contestó metiéndose en el coche.

Yo hice lo mismo, lo puse en marcha y nos dijimos adiós antes de que él saliera primero.

Puse rumbo a casa de Alex y entonces caí en la cuenta de que, ni me había llamado ni escrito ningún mensaje para decirme que no iba a casa a comer, o para preguntar dónde estaba yo, si había ido a su casa y no me encontró allí.

Sonreí al pensar en que ese hombre era como mi padre, vivía por y para el trabajo.

Cuando aparqué vi que no estaba el coche de Alex, y tampoco lo encontré en casa. Lo llamé y dijo que venía de camino, que se alargaron más de la cuenta las reuniones que había tenido.

Aproveché mientras lo esperaba para preparar unos canelones de carne para la cena que me salían buenísimos y quería sorprenderlo.

Los dejé en el horno y fui a darme una ducha, lugar en el que me encontró mi abogado favorito cuando entró para cambiarse de ropa.

Lo miré mordisqueándome el labio, sonrió y se fue desnudando hasta entrar conmigo en la ducha, donde nos dejamos llevar por el deseo y nos entregamos al placer antes de cenar.

Capítulo 9



Después de varias reuniones con clientes la mañana del miércoles, de haber pasado la noche con mi padre en el hospital y con el Comisario Narváez, quienes me dijeron que habían descartado a otro más de esa lista de hombres puestos en libertad y de los que sospechaban que estuvieran detrás de todo ese asunto, había llegado el jueves a casa de Alex y me había puesto a trabajar.

Revisé mis casos, organicé y preparé todo para un par de juicios que tenía la semana siguiente, y durante el descanso para tomarme un café hablé con Sofía y Lorena sobre el evento.

Había visto las fotos que subieron a las redes y estaban las dos guapísimas, como siempre.

Iba a volver a ponerme a trabajar cuando me llamó Alex.

—Hola, ¿qué tal el juicio? —pregunté sentando al estilo indio en el sofá con el portátil sobre las piernas.

—Bien, todo bien. ¿Cómo llevas tú la mañana?

—Preparando el papeleo para los juicios de la semana que viene.

—Oye, no voy a poder ir a comer, me han cambiado la fecha de un juicio que tenía el lunes y la han adelantado a mañana. Voy a ver a mi cliente y a preparar su declaración.

—Vale, no te preocupes, comeré algo rápido y seguiré trabajando.

—Lo siento mucho, de verdad. Yo... —suspiró— Te lo compensaré, ¿vale?

—Alex, tranquilo —sonreí—. Sé que eres como mi padre, lo vuestro con el trabajo es una relación superior a la que podáis tener con otra persona.

—¿Por qué no llamas a Elena y cenamos con ellos mañana?

—Eso es un buen plan, sí señor. Ahora le envío un mensaje a ver si está libre y puedo llamarla para hablar.

—Te veo más tarde, adiós.

—Adiós.

Colgué y no tardé en enviarle un mensaje a mi mejor amiga para ver si estaba disponible, ni dos segundos tardó en llamarme.

—¿Cómo está mi chica favorita? —preguntó.

—Trabajando desde casa y se acaba de enterar de que va a comer sola —reí.

s

—¿No va Alex?

—No, le han adelantado un juicio a mañana y va a reunirse con su cliente.

—Entonces voy a comer contigo, ¿te apetece chino?

—Oh, sí, me encantaría.

—No se hable más, te veo un par de horas, ¿ok?

—Vale, pero iba a decirte una cosa —volví a reír.

—¿Qué cosa, señorita?

—Alex me ha dicho que te proponga salir a cenar mañana los cuatro y después ir a tomar algo.

—Me apunto al plan, lo hablamos mientras comemos. Chao, cariño.

—Hasta luego.

Seguí trabajando un poco hasta que llamé a Minerva para ver qué le habían dicho los médicos a mi padre. Al parecer las quemaduras del brazo y la mano las tenía bastante bien, le quedarían cicatrices, pero no muy grotescas igual que al comisario.

En cuanto al tema de la inhalación de humo, aún tenían la garganta tocada, pero los pulmones ya estaban bastante recuperados, aun así, iban a dejarlos al menos hasta el lunes en el hospital.

Terminé con el trabajo y no había hecho más que recoger el portátil cuando llegó Elena.

—Hola, cariño —me dio un abrazo—. He traído sushi, gyozas, arroz frito, y pollo al limón. ¿Tienes vino?

—Sí, Alex siempre deja un par de botellas en frío —cerré la puerta.

—Pues vamos a comer que tengo un hambre hoy, que no es normal.

1

Me acompaño a la cocina, servimos la comida en varios platos, Elena descorchó una de las botellas de vino y no tardó en quedarse descalza para comer cómoda, como solíamos hacer en casa.

Mientras comíamos me dijo que había visto en los juzgados a varios de nuestros abogados, todos se interesaron por el estado de mi padre y le dijeron que le diera recuerdos.

—Están todos bien organizados trabajando desde casa —me aseguró.

—Gloria me llamó ayer por la tarde, ha visto un par de edificios no muy grandes para oficinas, y el seguro aún no me ha dicho nada.

—Bueno, ya verás que eso se soluciona rápido. ¿Iker te ha dicho algo?

—¿De qué?

—Del informe de los bomberos, nena, ¿de qué va a ser?

—Ah, no. La verdad es que desde el martes que estuve con él...

—¿Estuviste con Iker el martes?

—Sí, fueron él y su padre al hospital a ver al mío, me invitó a desayunar, hablamos, nos pusimos al día, y acabamos comiendo juntos tal como predijo Humberto —sonreí.

—Bueno, han pasado trece años, teníais mucho de lo que hablar.

—Mañana lo llamaré para hablar del informe, imagino que se lo habrán hecho llegar a los del seguro.

,

—Y tu padre cómo lo lleva, ¿mejor?

—Sí, va todo bien. Seguramente les den el alta a los dos el lunes.

—Eso es una buena noticia, aunque conociendo a don Aitor, como le manden reposo no va a hacer ni caso.

—No, no, si ya sé yo lo primero que va a hacer, ir a buscar las oficinas nuevas —reí.

Terminamos de comer mientras hablábamos de salir la noche siguiente a cenar los cuatro, dijo que se lo comentaría a Víctor cuando le viera en los juzgados al día siguiente, y después de tomar el café nos dimos un baño en la piscina y tomamos el sol mientras disfrutábamos de una copa de vino.

Le enseñé la casa y tal como imaginé, cuando vio el vestidor se enamoró de él. Dijo lo que ya sabía, que Víctor en su casa tenía uno prácticamente igual.

Estábamos terminando de ducharnos y vestirnos en la habitación cuando llegó Alex, que me llamó desde el salón.

Bajamos y al ver a Elena sonrió saludándola y dijo que se alegraba de que hubiera tenido compañía.

—Esta semana está siendo una locura con el trabajo, y ni a comer he podido venir —me rodeó por la cintura con el brazo y me dio un beso en la mejilla—. Le he dicho que podríamos salir mañana a cenar.

—Sí, ya hemos quedado, solo tengo que avisar a Víctor —respondió—. Bueno chicos, yo me voy para casa que mañana tengo un juicio de esos donde el marido se niega a ceder en mis peticiones y la mujer quiere dejarlo en calzoncillos de esparto —volteó los ojos—. No vemos mañana, cariño —me dio un abrazo.

—Gracias por venir.

—Oye, para eso están las mejores amigas, ¿me oyes? Hoy por ti, mañana por mí —hizo un guiño.

La acompañé a la puerta y cuando la vi subir al coche para irse, regresé con Alex, que estaba sirviéndose una copa de vino.

—¿Qué te apetece para cenar hoy? Podemos pedir comida, si quieres —dije, quitándole la corbata.

—Por mí, perfecto —me dio un beso en la nariz.

—¿Qué tal el día?

—Agotador, la verdad.

—¿Quieres que te prepare el jacuzzi?

—¿Me vas a acompañar? —preguntó en ese tono seductor que tenía mientras me mordisqueaba el cuello.

—Ya estás tardando en desnudarme y quitarte la ropa, abogado —susurré.

Alex dejó la copa de vino en la encimera, me cargó en brazos y subió mientras me devoraba los labios hasta la

habitación.

Entró en el cuarto de baño, abrió el grifo del jacuzzi y no tardó apenas en deshacerse de la ropa de ambos.

Nos metimos en el agua, jugó con la lengua en mis pezones, me tocó entre las piernas de tal manera que no tardó en encenderme, y mientras me besaba de manera ruda y ligeramente posesiva comenzó a penetrarme con dos dedos hasta conseguir que me corriera.

Ni siquiera dejó que terminara de liberar ese primer e intenso orgasmo cuando hizo que me colocara de rodillas en el jacuzzi, elevó mis caderas y me embistió con fuerza desde atrás.

Alex era un amante experto y ligeramente dominante, pero en ese momento me estaba penetrando con mucha más fuerza que de costumbre, lo que me dejó un tanto sorprendida y descolocada a partes iguales.

Mantuvo una mano sobre mi cadera, apretando con fuerza, y llevó la otra a mi cabello, enredándolo en su mano para tirar de él mientras me lo hacía de ese modo rudo y agitado.

Se movía rápido, entrando y saliendo sin parar, jadeando y con todo el cuerpo en tensión mientras yo gemía y me agarraba con la fuerza de la que era capaz al borde del jacuzzi. El agua salpicaba por todos lados, era como si estuviéramos en medio de un tsunami. Jamás había visto este lado de Alex ni lo había sentido así.

Jadeaba con la mandíbula apretada, me agarraba con fuerza con ambas manos y sentía que iba a correrse en breve al igual que yo.

1

Liberamos el clímax, noté su frente en mi espalda y se retiró rápido, sentándose sobre sus talones.

Yo no sabía ni qué decir, esa era la verdad.

Lo miré por encima del hombro, me dio un beso en la frente y salió del jacuzzi para darse una ducha, tampoco dijo una sola palabra sobre lo que acababa de pasar.

Salí de allí, me sequé y volví a vestirme. Lo vi apoyado en los azulejos de la ducha con la cabeza inclinada, dejando que el agua cayera por todo su cuerpo.

Regresé a la cocina con una sensación rara, vale que no conocía muy bien a Alex, pero, ¿qué había pasado en el jacuzzi? Porque por muy apasionado que hubiera sido siempre, nunca había sido así.

Cogí el móvil y el menú del restaurante mexicano e hice el pedido, no tardó en venir a la cocina, servirse otra copa de vino y me llevó de la mano hasta el sofá para poner la serie que veíamos.

Cuando trajeron la cena nos limitamos a comer y después nos fuimos a la cama, donde me abrazó, dejó un beso

suave en mi hombro y me dio las buenas noches.

Me costó conciliar el sueño, pero llegué a la conclusión de que, al parecer, cuando Alex tenía un día duro en el trabajo, o tal vez un cúmulo de ellos, liberaba tensión así, con sexo ligeramente rudo.

1

;

,

a

suave en mi hombro y me dio las buenas noches.

Me costó conciliar el sueño, pero llegué a la conclusión de que, al parecer, cuando Alex tenía un día duro en el trabajo, o tal vez un cúmulo de ellos, liberaba tensión así, con sexo ligeramente rudo.

Capítulo 10



Alex y yo llegamos al restaurante donde Víctor había reservado mesa, y allí estaban los dos esperándonos en la barra con una copa de vino y muy acaramelados.

Quién nos iba a decir a nosotras que, después de dos años rehusando tomar un simple café con ese abogado, acabaría viendo a mi mejor amiga tan cómoda y sonriente a su lado.

—Buenas noches, parejita —saludé, y ella me miró sonriendo con las mejillas sonrosadas.

—Hola, cariño —me dio un abrazo y un beso—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Bien, ¿y el tuyo?

—Reunida con una de mis clientas, su futuro exmarido y el abogado de este. Creo que he aprendido tres insultos nuevos.

—¿Cómo está tu padre, Jimena? —preguntó Víctor.

—Mejor, gracias a Dios. El lunes seguramente les den el alta a él y al comisario.

—Eso es una buena noticia, señal que se han ido recuperando. Y de quién pudo encargar esos... trabajos, por llamarlos de alguna manera, ¿sabéis algo?

—Siguen descartando posibles sospechosos —me encogí de hombros.

Fuimos hasta la mesa, nos acomodamos y tras pedir más vino, echamos un vistazo a la carta. Había platos que me llamaban la atención, tenían que estar buenísimos, y estaba tan indecisa que al final Elena, que le pasaba lo mismo, pidió un par de platos que las dos queríamos probar, y yo otros dos para probar ambos.

Como siempre estar los cuatro juntos resultó una de esas noches donde el hablar de trabajo era algo normal, pero también el desconectar y sacar otros temas de conversación, como el de las vacaciones.

—¿Qué tenéis pensado hacer vosotras? —curioseó Víctor— Porque Alex y yo habíamos pensado llevaros al Caribe, ya sabéis, tenemos cierta apuesta por ahí —sonrió de medio lado mirando a Elena.

—Oh, sí. Una cabañita en algún lugar paradisíaco, de esas que están construidas sobre el mar. Me gusta la idea —contestó mi amiga.

—Pues no se hable más, en unos días hacemos reserva.

—Yo tengo que dejar algunos asuntos solucionados antes de coger las vacaciones —dijo Alex.

—Los juicios que estás preparando estos días, ¿cierto? —le preguntó su amigo.

—Sí, hay mucho en juego y no queremos cagarla de ninguna manera.

—Bueno, tranquilo que yo iré echando un vistazo a los resorts y demás.

—Yo te ayudo —ofreció Elena—. Y tú ya puedes ir buscando bikinis, trikinis y ropa sexy para el viaje, Jimena, que nos vamos a hacer allí unas fotos, que ni las modelos de las revistas, vaya.

—Pero mira que eres mandona —reí—, normal que al final los futuros ex de tus clientes accedan a tus peticiones.

—Nací para mandar, asúmelo —se encogió de hombros.

—Víctor, no sabes la que te espera —negué sin dejar de sonreír.

—Sí que lo sé, sí, estoy preparado —sonrió de medio lado y le dio un beso a Elena en la mejilla.

Seguimos disfrutando de aquella cena que estaba buenísima, y tras tomarnos el postre y un café salimos para ir a uno de los locales de copas de la zona de marcha, como decía Elena.

Con los coches no tardamos más de quince minutos en llegar, aparcamos cerca de la entrada, y pasamos al local siendo recibidos por la música que invitaba a todos los que estaban en la pista para bailar.

Encontramos una mesa libre y Elena y yo fuimos a sentarnos mientras ellos pedían las bebidas en la barra.

Miré a los chicos desde donde estábamos y sonreí, tenían una camaradería tan buena como nosotras mismas.

—Jimena —mi amiga me llamó tocándome la mano, y la miré—. ¿Dónde te habías ido? —sonrió— No me has escuchado.

—Lo siento, estaba viendo a los chicos.

—Ya, es que mi abogado tiene un culo con esos vaqueros, que... Uf, qué calor me ha entrado —dijo mientras se daba aire con la mano.

—Qué loca estás —reí.

—Te decía que me hace ilusión irme de viaje con Víctor —sonrió.

—No lo dudo, te veo enamoradita perdida.

—Ay, Jimena, que no sé qué tiene, pero sí, me he enamorado de él.

—¿Y él de ti? —pregunté, y se mordió el labio mirando su regazo.

—No estoy segura, pero que me dijera el otro día, que le había cambiado la vida y que solo pensaba en mí y en verme, ¿por qué crees que es? Por no hablar de que, en los juzgados, si se le ha acercado alguna de sus antiguas amigas, la ha rechazado aun sin saber que yo lo estaba viendo.

—Pues yo creo que, si no está enamorado todavía, empieza a sentir algo fuerte por ti.

—Tengo miedo.

—Normal, todo el mundo al principio de una relación lo tiene, Elena, y más nosotras con lo que nos pasó.

—Aquí están las bebidas, señoritas —dijo Víctor, y ambos pusieron los vasos en la mesa.

Él se sentó pasándole el brazo a su chica por los hombros y le dio un beso rápido en los labios. Me quedé observándolo y, por cómo la miraba, se notaba que algo empezaba a sentir mi loca amiga.

—¿Estás bien? —me preguntó Alex cerca del oído, lo miré y sonreí.

—Sí, solo observaba a la pareja.

—Sé que lo de tu padre te tiene preocupada, pero se solucionará todo.

—Lo sé, confié en que acaben encontrando a quien está detrás de todo este asunto.

Su móvil empezó a sonar, lo sacó del bolsillo y miró la pantalla frunciendo el ceño. Lo silenció y volvió a guardarlo.

—¿Quién era? —pregunté dando un sorbo a mi copa.

—El abogado que lleva la defensa de uno de los casos que tengo —respondió sin darle mayor importancia.

Pero el móvil volvió a sonar, lo sacó de nuevo y acabó respondiendo.

—No es un buen momento, estoy cenando con amigos —lo escuché decir—. Ya hablaremos el lunes —y colgó sin esperar ni dejar que el otro abogado hablara.

—Tal vez era importante, Alex.

—No, no lo era, te lo aseguro.

Me quedé un poco desconcertada ante su respuesta, la verdad, y más aún al ver su rostro, con la mandíbula apretada y el ceño ligeramente fruncido.

Sabía que en el trabajo estaba bajo mucha presión, que tenía varios casos y no quería fallar en ninguno, pero en sus ratos libres debería desconectar y relajarse.

Dejé mi copa en la mesa, apoyé las manos en sus hombros y me senté a horcadas sobre su regazo.

—¿Qué haces? —sonrió levemente.

—Relajarte, que te veo tenso —comencé a masajearle los hombros y el cuello mientras lo miraba a los ojos.

Esa semana entre nosotros había habido un pequeño distanciamiento y lo entendía, era un buen abogado y se esforzaba para dar el máximo de sí mismo. Noté sus manos en mi cintura, subiendo despacio por mi espalda para volver a bajar y agarrarme por las nalgas.

—Estás en tensión, Alex, deberías relajarte un poco.

—Chicos, vamos a bailar —dijo Elena.

—Vale —respondí mirando a mi amiga con una sonrisa.

Nos quedamos solos y me incliné para besarlo, un simple roce de labios suave y tierno, sin dejar de masajearle los hombros.

—¿Mejor? —pregunté unos minutos después, y juraría que sí, que estaba más relajado.

—Un poco, sí —sonrió y me atrajo hacia él para besarme.

El suyo fue un beso más intenso y apasionado que el mío, me sostuvo por ambas nalgas acercándose más a él y noté el modo en el que su miembro palpitaba haciendo fricción con mi entrepierna.

Jadeé en su boca y Alex siguió moviéndose despacio, de modo que corría el peligro de acabar corriéndome allí mismo sin que me tocara.

—Alex, que nos pueden ver —dije entre jadeos.

—No te estoy tocando —sonrió.

—Vamos a bailar, anda, o acabaremos detenidos por escándalo público.

—¿No te da morbo hacerlo aquí? La tensión de saber que pueden verte, que intuirán lo que estás haciendo —susurró y noté que llevaba la mano a mi muslo y, de ahí, la deslizaba hacia el interior hasta que apartó la tela de mi tanga a un lado—. Es excitante, ¿lo sabías?

—Alex, aquí no.

—No va a pasar nada, no te ve nadie, estás de espaldas a ellos. Disfruta y déjate llevar —me besó de nuevo y sent su pulgar haciendo fricción en mi clítoris.

De verdad que no sabía qué le pasaba a Alex, no me hubiera imaginado jamás que un abogado tan correcto y formal como él, tuviera ese lado pícaro.

Y entre besos y caricias acabé dejando que mi orgasmo tomara el control y me corrí allí, sentada sobre él.

—Por Dios —jadeé apoyando la frente en la suya.

—¿Ves? No se ha enterado nadie —hizo un guiño.

—Voy al baño, necesito refrescarme un poco.

Alex asintió, se acomodó bien antes de que me levantara para que no vieran que tenía una erección de campeonato, y fui al cuarto de baño para mojarme un poco la cara y el cuello.

Nunca había hecho aquello, ni pensé que lo hiciera, ¿él sí lo habría hecho antes? Porque estaba muy seguro de que no iban a poder vernos ni saber lo que pasaba en nuestra mesa.

Cuando salí del cuarto de baño iba tan distraída que choqué con alguien.

—Lo siento —dije levantando la vista, y vi a Iker.

—Hola, florecilla —sonrió.

—Iker, hola. Perdona, iba pensando en mis cosas y...

—Tranquila, no he notado nada.

—Normal, hijo, tienes un pecho de hierro —reí.

—¿Estás con Elena?

—Sí, hemos salido los cuatro. Ya sabes, con Alex y Víctor.

—Ah, claro. Yo estoy con uno compañeros de trabajo, es el cumpleaños de uno de ellos y ha tirado la casa por la ventana —sonrió.

—Eso está bien, uno no cumple años todos los días. Que te diviertas —me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

í

—Tú también, florecilla.

Regresé a la mesa, pero no vi a Alex, fui hacia donde estaban Elena y Víctor y me dijeron que lo habían visto salir a la calle, seguramente ese abogado volvió a llamarlo y decidió atenderlo.

Empezó a sonar “*Deja vu*”, de Shakira y Prince Royce, y Víctor no dudó en cogernos una mano a cada una y hacernos bailar.

Elena y yo nos echamos a reír, ese hombre era único y se las ingenió para bailar con ambas de un modo que acabamos siendo el centro de todas las miradas.

Hasta que me hizo girar y acabé en las manos de Alex, que me recibió con una sonrisa de medio lado.

Posó una en mi cadera y entrelazó la otra con la mía, colocando una pierna entre las mías, haciendo que nos fuéramos meciendo de un lado a otro.

“¿Quién puede hablar del amor y defenderlo?”

Miré a Elena y estaba sonriendo mientras Víctor la llevaba a su antojo al igual que Alex hacía conmigo.

—Se mueve usted muy bien, señor abogado —dije poco después cuando acabó la canción y me llevó hasta la mesa.

—Me defiende, pero Víctor es todo un experto.

—¿Te ha vuelto a llamar ese abogado? —curioseé cuando nos sentamos.

—Sí —respondió cogiendo su copa y dando un sorbo.

Elena y Víctor se acomodaron también, ellos habían pasado un buen rato en la pista, así que necesitaban hidratarse, como dijo mi amiga.

Vi a Iker pasar por allí, sonrió haciéndome un guiño y le devolví la sonrisa mientras daba un sorbo, se unió a un grupo de hombres en la barra y siguió celebrando con ellos.

Alex me acariciaba el cuello y lo masajeaba de manera distraída mientras hablaba con Víctor. Media hora después dimos la noche por terminada y nos despedimos de ellos, quedé con Elena en llamarla y nos fuimos para casa.

En cuanto entramos por la puerta Alex me cogió por las nalgas y comenzó a besarme con desesperación, esa que no cesó en ningún momento.

Me llevó a la habitación, se deshizo de mi ropa y de la suya con rapidez y al igual que en el jacuzzi la noche anterior, me tomó de esa manera casi salvaje hasta dejarnos a ambos jadeantes sobre la cama, respirando con dificultad.

Noté que se levantaba para ir al cuarto de baño, miré por encima del hombro y vi que se apoyaba en el lavabo con la cabeza inclinada. Sabía que el trabajo le tenía preocupado y me mortificaba no poder hacer nada por él.

Se refrescó la cara, regresó a la cama y no tardó en rodearme con el brazo por la cintura.

—Descansa —susurró dándome un beso en la mejilla.

Cerré los ojos, agotada, y dejé que Morfeo llevara con él.

—Me defiendo, pero Víctor es todo un experto.

—¿Te ha vuelto a llamar ese abogado? —curioseé cuando nos sentamos.

—Sí —respondió cogiendo su copa y dando un sorbo.

Elena y Víctor se acomodaron también, ellos habían pasado un buen rato en la pista, así que necesitaban hidratarse, como dijo mi amiga.

Vi a Iker pasar por allí, sonrió haciéndome un guiño y le devolví la sonrisa mientras daba un sorbo, se unió a un grupo de hombres en la barra y siguió celebrando con ellos.

Alex me acariciaba el cuello y lo masajeaba de manera distraída mientras hablaba con Víctor. Media hora después dimos la noche por terminada y nos despedimos de ellos, quedé con Elena en llamarla y nos fuimos para casa.

En cuanto entramos por la puerta Alex me cogió por las nalgas y comenzó a besarme con desesperación, esa que no cesó en ningún momento.

Me llevó a la habitación, se deshizo de mi ropa y de la suya con rapidez y al igual que en el jacuzzi la noche anterior, me tomó de esa manera casi salvaje hasta dejarnos a ambos jadeantes sobre la cama, respirando con dificultad.

Noté que se levantaba para ir al cuarto de baño, miré por encima del hombro y vi que se apoyaba en el lavabo con la cabeza inclinada. Sabía que el trabajo le tenía preocupado y me mortificaba no poder hacer nada por él.

Se refrescó la cara, regresó a la cama y no tardó en rodearme con el brazo por la cintura.

—Descansa —susurró dándome un beso en la mejilla.

Cerré los ojos, agotada, y dejé que Morfeo llevara con él.

Capítulo 11



El fin de semana pasó casi sin que me diera cuenta, y mientras Alex trabajaba en el despacho, yo aproveché para hacerlo en el salón, de modo que dejé todos mis casos preparados.

Llegó el lunes y con él una mañana llena de trabajo, de una sala del juzgado a otra, y cuando al fin acabé a las doce del mediodía me fui corriendo para el hospital, quería estar allí para poder llevar a mi padre y al comisario a casa.

La sorpresa me la llevé cuando vi a Iker y su padre allí, charlando con mi padre.

—Oh, hola —sonreí.

—Chiquitina, pero qué guapa estás hoy —dijo Humberto, haciendo que me sonrojara.

—Acabo de salir de los juzgados.

—¿Cómo te ha ido? —se interesó mi padre.

—Todo bien. ¿Cuándo os dan el alta? —pregunté acercándome a darle un beso.

—Estamos esperando que llegue el médico con el papel —contestó Minerva.

—Voy a ir preparándome —dijo el comisario, y me apresuré a ayudarlo a levantarse—. Aitor, me voy a llevar a tu hija a casa para que me haga de enfermera —sonrió.

Le ayudé a coger la ropa y entró en el cuarto de baño para vestirse.

—No sabía que estaríais aquí —le dije a Iker dándole un abrazo.

—Mi padre llamó al tuyo a ver cómo estaba, le dijo que iban a darle ahora el alta y que tú estabas en los juzgados, así que vinimos para llevarlos a casa.

—Bueno, ya no es necesario, pero gracias.

—Nos llevamos a Jorge —contestó el padre de Iker, refiriéndose al comisario—, así no tienes que desviarte mucho.

—Vale —asentí.

Cuando el comisario salió ya vestido, se sentó en la silla y mi padre fue a cambiarse mientras Minerva guardaba sus cosas en la bolsa.

No tardó en llegar el médico con las dos altas y les dijo que siguieran las recomendaciones que les había dado.

Salimos de la habitación y al pasar por donde estaban los policías apostados, hicieron una leve inclinación de cabeza a modo de saludo hacia el comisario.

Una vez en la calle nos despedimos de ellos, le di un abrazo al comisario pues en esos días que había podido estar con él en la habitación del hospital le había cogido cariño, y subimos al coche para ir a casa.

—¿Estás cómodo, papá? —pregunté cuando puse el coche en marcha.

—Sí, cariño —sonrió.

Asentí y salí del aparcamiento del hospital para ir hacia nuestra casa.

—Estamos cerca ya de saber quién está detrás de todo —dijo de pronto.

—A ver si ya acaba esta pesadilla —comentó Minerva.

—Lo hará, mi amor, te lo aseguro —le contestó, mirándola con una sonrisa.

Mi móvil empezó a sonar y como tenía conectado el manos libres, descolgué al ver que era Lorena.

1

—Hola, hermanita.

—Jimena, ¿puedes venir a recogernos al aeropuerto? Acabamos de llegar.

—Claro, voy con los papás.

—¿Papá también?

—Hola, cariño —le dijo.

—¡Papá! ¿Te han dado el alta?

—Sí, ya vuelvo a casa.

—Sofía, ven, corre —escuché que llamaba a nuestra otra hermana y no tardó en poner el manos libres—. Es papá

—Papá, ¿qué tal estás?

—De camino a casa, hija. Bueno, no, al aeropuerto que Jimena va a buscaros.

—¿Ya te han dado el alta? Qué alegría.

—Nos vemos en un poquito, esperadme en la puerta principal —dije.

Colgué y conduje hacia el aeropuerto mientras mis padres iban hablando de coger unos pollos asados para comer, así que Minerva llamó al asador y encargó no solo eso, sino patatas y unas croquetas.

En cuanto llegamos a la puerta donde había pedido que me esperaran, las vimos allí con sus maletas y al ver a mi padre salir del coche, se lanzaron a abrazarlo.

—Que lo dejáis sin aire en los pulmones —rio Minerva.

—Mamá, que teníamos ganas de verlo —contestó Lorena, que seguía usando las muletas.

—¿Cómo va tu tobillo, hija? —preguntó mi padre.

—Deseando que me liberen del vendaje. Esto pica que no veas —resopló.

Guardamos las maletas en el coche, subimos y puse rumbo hacia casa, pasando antes por el asador a recoger la comida.

Una vez en la casa las chicas nos contaron lo bien que lo habían pasado esos días, y que habían conocido al dueño de una firma que quería que colaboraran con él, promocionado sus productos de maquillaje y cremas.

Después de comer y tomar el café, estaba recogiendo la mesa con Sofía cuando sonó mi móvil. Creí que sería Alex, pues no había sabido nada de él aún desde que nos despedimos en casa antes de ir a trabajar.

—¿Iker? —pregunté al descolgar.

—Hola, florecilla. Acaba de hablar mi padre con los del seguro, revisaron el informe que les mandamos y aún les

quedaban algunas dudas. Ya sabes, cuando tienen que dar una gran suma como indemnización, revisan todo punto por punto, por si el dueño del edificio provocó el incendio.

—En eso estaba pensando él, claro, en echar a arder el bufete y churruscarse dentro —resoplé.

. —Ya, bueno, a veces piensan cosas que no tienen lógica, pero así son. El caso es que le han confirmado que irá el perito otra vez para un último vistazo. Solo quería que supieras que no tenéis que ir vosotros, me acercaré yo.

—Oh, no tienes que hacerlo, Iker.

—Sí, porque así evitaré que le pase algo a ese pobre hombre, y que vosotros os expongáis.

—Vale, gracias. Te deberé una comida, o una cena.

—O las dos —rio—. ¿Qué tal la vuelta de tu padre a casa?

—Bien, aquí está en el sofá sentado, que mi madre le ha dicho que no se le ocurra moverse.

—Pobre hombre, con lo activo que es él.

—Sí, sí, ya nos ha dicho que mañana se va a ir a ver edificios de oficinas para que podamos volver a montar el bufete. Mucho había tardado en decirlo, que yo pensaba que lo comentaría en el coche.

—Es normal, no quiere ser un mueble —rio.

—Eso ha dicho a él —volteé los ojos.

—Es como mi padre, se nota que son amigos. No te molesto más, solo quería avisarte de que no creo que vayan a tardar mucho en llamaros del seguro.

—Pues gracias, pero con un mensaje habría sido suficiente.

, —Tenía unos minutos para hablar, florecilla. Cuídate, ¿ok?

—Sí, tranquilo. Adiós, Iker. Y gracias por... todo.

—No hay que darlas, florecilla. Nos vemos.

Colgué y cuando regresé al salón puse a mi padre al día de lo que acababa de decirme Iker. Me enseñó algunos de los edificios que iba a ver al día siguiente, por suerte Minerva dijo que iría con él, no pensaba dejarlo solo.

Nos despedimos de ellos y llevé a las chicas a casa de Sofía, donde me quedé a esperar a Elena y Daniela, pues las llamaron para verlas.

Pasamos por el supermercado para hacer una compra y llenarles la nevera, y cuando llegaron las chicas empezaron los gritos, abrazos y besos.

—Vale, ok —dijo Sofía—. Tenemos chuches, chocolatinas, y... ¿Qué es esto? —preguntó al ver la botella que había cogido Lorena.

—Oh, eso es mojito de fresa, pero sin alcohol —contestó.

—Suenan bien, al menos las que conducen no serán multadas en caso de que las paren para un control de alcoholemia.

Sacamos todas esas porquerías que Sofía había enumerado, además de patatas chips y palomitas.

Nos pusimos al día con ellas, Daniela dijo que tenía un par de eventos esa semana, y Elena le dio una gran noticia a mi hermana Lorena.

—La sanguijuela es historia —sonrió al tiempo que cogía un regaliz rojo.

—¿Cómo? —Lorena frunció el ceño.

—Nico la ha despedido, la ha mandado a la mierda con educación y diplomacia, y alguna que otra amenaza velada por mi parte —le hizo un guiño.

—Pero, no me ha dicho nada.

—Claro, porque no estabas aquí. Quería esperar a que volvieras, cariño. Ese chico te quiere con locura, que lo sepas.

—Yo... no sé qué decir, Elena.

—Nada, no hacen falta las palabras —le dio un abrazo—. Tenías que haber visto la cara de esa mujer cuando Nico le dijo que se le había acabado el chollo, que no iba a seguir robándole. Ella se atrevió a decirle que no era nadie sin ella, que se iba a arrepentir de haberla dejado cuando se dé cuenta de que no tiene tantos contratos. Qué ilusa —volteó los ojos—. Ella es la que pierde con esto, porque Nico se ha encargado de hacer que todo el mundo sepa cómo trabaja esa mujer —hizo comillas en la palabra referente al trabajo—. Seguramente, todo esté ya en las redes.

Lorena no tardó en coger el móvil y echar un vistazo a ver si era cierto, y sí, ahí estaba todo. Nico había subido a

sus redes un vídeo aclaratorio en el que ella no salía bien parada, y recibió muchos comentarios de apoyo y algunos de los influencers con los que tenía relación les dijeron que no iban a contratarla en la vida.

—Ahora, sí que vamos a estar todas emparejadas —comentó Daniela—. ¡Que viva el amor! —gritó levantando su vaso de mojito de fresa.

Brindamos todas con la misma sonrisa, esa de loquita enamorada que nos salía al pensar en nuestra persona especial, en nuestro amor.

a

o

sus redes un vídeo aclaratorio en el que ella no salía bien parada, y recibió muchos comentarios de apoyo y algunos de los influencers con los que tenía relación les dijeron que no iban a contratarla en la vida.

—Ahora, sí que vamos a estar todas emparejadas —comentó Daniela—. ¡Que viva el amor! —gritó levantando su vaso de mojito de fresa.

Brindamos todas con la misma sonrisa, esa de loquita enamorada que nos salía al pensar en nuestra persona especial, en nuestro amor.

Capítulo 12



Elena y yo nos despedimos de las chicas, Daniela se quedaba a dormir allí, y nos fuimos quedando en organizar una salida, las cinco juntas, sin parejas, aunque eso sería después de que Lorena hablara con Nico para que nos pudiera poner al corriente de todo.

Eran casi las diez, le di un abrazo a Elena antes de que se fuera hacia su coche y subí al mío para ir a casa con Alex.

Le mandé un mensaje para decirle que comía con mis padres y no me esperara, me respondió con un simple “ok”. Cuando decidí quedarme con mis hermanas en el piso de Sofía y acabar cenando allí con Elena y Daniela, lo avisé, pero me respondió.

Salí de la calle de Sofía y fui conduciendo despacio mientras escuchaba música, canturreando las canciones que iban sonando.

Paré en un semáforo y vi que un coche negro se detenía a mi izquierda, poco después lo hacía otro a la derecha.

Miré a ambos lados y al ver la clase de coches que eran me dio la sensación de que esos dos podrían querer disputar una carrera, y no tenía intención de entorpecerles y mucho menos de participar, así que cuando el semáforo se puso en verde, esperé a que ambos coches aceleraran.

Suspiré al ver que no me había equivocado, querían competir a ver quién tenía el motor más rápido y el cerebro más pequeño, porque a nadie se le ocurriría empezar una carrera en mitad de la ciudad hasta llegar a la carretera.

Reanudé el camino a mi ritmo, cantando a dúo con Maluma, y me sorprendió encontrarme a esos dos coches al entrar en la carretera que me llevaba hasta la casa de Alex.

Los ignoré pasando de largo, concentrada en mi camino, y poco después vi sus luces cerca de mi coche, demasiado cerca y demasiado pronto.

Creí que se haría cada uno a un lado y me pasarían de largo, pero no fue el caso, los dos se acercaron aún más hasta mí, de modo que me puse nerviosa y pisé el acelerador. Lo que conseguí con eso fue que ellos también

aumentaran la velocidad y me siguieran.

No me podía creer lo que estaba pasando, ¿en serio me querían como rival para su jodida carrera? Busqué el nombre de Alex en las últimas llamadas de mi lista en la pantalla del manos libres del coche, y pulsé el botón para llamarlo.

Los segundos que pasaron hasta que escuché la voz de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, fueron interminables.

Lo intenté de nuevo, pero no respondía.

Un golpe seco en el coche hizo que me sacudiera hacia delante de tal modo, que noté como si mi cuerpo fuera el de una muñeca de trapo. Miré por el espejo retrovisor y ahí seguían los dos, corriendo tras de mí.

Aceleré un poco más, pero ellos me siguieron deprisa y noté otro golpe.

—¡Iros a la mierda, joder! —grité a pesar de que no podían oírme.

Vi que había un desvío a unos metros, aceleré de nuevo y tras un pequeño giro de volante cogí esa salida, pero me siguieron. Maldita fuera mi suerte, ¿qué les había hecho yo?

Otra llamada a Alex y con el mismo resultado, y otra más, y nada, no podía localizarlo.

Solo había una persona a la que, si llamaba en ese momento, quizás pudiera ayudarme.

—Hola, florecilla —Iker respondió tras el segundo tono de llamada con su habitual sonrisa en la voz.

—Iker, hay dos locos haciendo una carrera que me han metido en ella.

—¿Qué dices? ¿Dónde estás, Jimena?

—Voy en el coche camino de casa, bueno, iba camino de casa porque he cogido un desvío. Ay, mierda, que voy para el polígono —resoplé—. Me han dado ya dos veces en el coche, Iker, yo... no sé qué hacer.

—Cuando entres en el polígono busca un callejón donde meterte, voy para allá con uno de los coches del parque.

—¿Estás trabajando?

—Estoy de guardia, sí. Ahora está tranquilo. Voy para allá, ok.

Fue decir eso, y notar que me daban de nuevo en la parte trasera del coche, pero esa vez, lo hicieron los dos a la

vez.

El impacto que noté se sintió tan fuerte, que no tardé en ver cómo el coche empezaba a girar en la jodida carretera

l

—¡No, no! Mierda, no puedo... Iker, el coche...

l —Jimena, ¿qué pasa?

Cerré los ojos mientras seguía dando vueltas esperando que el coche se parara, y cuando parecía que iba a hacerlo miré de nuevo y vi a los dos coches negros acercándose.

—¡Van a chocar conmigo, Iker! —grité— ¡Van a chocar!

Y lo hicieron, golpearon el lateral derecho de mi coche y en cuestión de segundos empecé a gritar al ver cómo las ruedas abandonaban la carretera y empezaba a volar por los aires.

Aquel iba a ser mi final, estaba segura de eso, y no entendía cómo involucrar a alguien al azar en una carrera a todas luces ilegal, podía ser divertido para otra gente.

,

Mientras gritaba y notaba mi cabeza completamente embotada, manteniéndome agarrada al volante con todas mis fuerzas, escuchaba la voz de Iker de fondo, pero como en la lejanía.

Y entonces, un fuerte impacto, y otro, y otro más, y el coche se detuvo.

Sentí algo caliente cayendo por mi sien, tenía el cuello en una postura un tanto incómoda, me dolía el hombro y notaba el cuerpo tan magullado como si me hubiese pasado una manada de elefantes por encima.

No tardé en notar ese líquido caliente en los labios y saber que era sangre, debía haberme golpeado en la ceja porque era ahí donde sentía una leve punzada de dolor.

No estaba bocabajo y eso era buena señal, o eso esperaba. No se oía nada, el manos libres se había desconectado y no veía ninguno de esos dos coches. Perfecto, provocaban un accidente y se daban a la fuga, qué suerte la mía.

Moví el brazo en busca del bolso, pero no lo encontré en el asiento del copiloto, miré y vi que estaba en el suelo. Mejor todavía, claro que sí, como no me sentía como si acabara de tener un accidente, podía moverme sin problemas para sacar el móvil y llamar.

Me resigné quedándome allí sentada, aunque sí moví las piernas para comprobar que no tenía nada roto. El hombro me molestaba, pero debía ser por el golpe porque también pude moverlo bien.

A lo lejos me parecía escuchar una sirena, veía las luces del coche encendidas y las de emergencia parpadeando,

así que, si era la policía no tardarían en verme.

.Escuché la sirena aún más cerca y lo siguiente que oí fue un frenazo y a continuación, un grito.

—¡¡Jimena!! —suspiré aliviada porque reconocí la voz de Iker. Mi puerta se abrió, lo miré y sonreí.

—Hola —dije en un tono bajo.

, —Por Dios, Jimena, ¿estás bien?

—Sí, solo noto el cuerpo como si acabara de tener un accidente.

—Vale, he pedido una ambulancia, y viene mi padre con el camión de bomberos de camino.

—Puedo oír la sirena —sonreí.

—Te vamos a llevar al hospital, ¿de acuerdo? ¿Sabes si puedes tener algo roto?

—Creo que no, muevo todos los dedos, y las extremidades.

—Joder, florecilla, para cómo ha quedado el coche, tienes un ángel de la guarda enorme.

—¿Está muy mal?

—Para el desguace.

—Genial. Y encima se dieron a la fuga, esos hijos de la gran fruta —suspiré.

—Una carrera de coches, y solo dos, no sé, pero, ¿no te parece un poco sospechoso?

⁷ —¿Sospechoso? —Fruncí el ceño.

—A ver, florecilla, que tu padre tiene la espada de Damocles acechando, ya me entiendes...

—¿Crees que han intentado...?

—Tiene toda la pinta, desde luego —me acarició la mejilla—. Te has hecho un corte en la ceja.

—Sí, llevo un rato saboreando la sangre.

—Espera —sacó un pañuelo de papel del bolsillo del pantalón del uniforme y me limpió la sangre con cuidado.

El camión de bomberos llegó en ese momento junto con la ambulancia.

Al verme, Humberto soltó el aire aliviado, sin duda por lo que tenía que haber escuchado Iker desde su móvil, pensaría que me iban a encontrar medio muerta.

Uno de los médicos comprobó mis reflejos con una linterna en los ojos, me puso un collarín para inmovilizarme e cuello y entre Iker y su padre, me ayudaron a salir del coche y me subieron a la camilla.

Iker cogió mi bolso y subió a la ambulancia conmigo, Humberto llamó a mi padre y nos siguió con el coche con el que llegó su hijo a buscarme.

Me habían puesto un calmante para que me quitara un poco el dolor de cuerpo que tenía, comprobó que efectivamente no había ni un solo hueso roto y sonreí mirando a Iker.

—Voy a tener que darle un plus a mi ángel de la guarda.

—Desde luego que sí, florecilla, se lo ha ganado esta noche —se acercó y me dio un beso en la frente—. Qué susto me has dado, Jimena, creí... —suspiró y se quedó callado.

Llegamos poco después al hospital, me llevaron a una de las salas de urgencias para hacerme un chequeo más exhaustivo y él se quedó en el mostrador rellenando el papeleo pues tenía mi bolso.

Después de lo que me pareció una eternidad, el médico me dijo que las radiografías habían salido bien, me puso unos puntos en la ceja que se caerían solos, y me dijo que mantuviera el collarín al menos un par de días, además de hacer reposo y no caminar demasiado.

Me dio el alta en ese momento pues le dije que me encontraba bien y que solo sentía el dolor por los golpes, me dio una crema para los moratones, que sin duda me iban a salir por algunas zonas del cuerpo, y me acompañó a la sala de espera donde estaban mis padres, mis hermanas, Daniela, Iker y Humberto.

—Jimena, cariño —fue Minerva quien se acercó primero con los ojos vidriosos.

—Estoy bien, mamá —sonreí, dejando que me abrazara, y lo hizo con cuidado.

—¿No te ingresan? —preguntó mi padre.

—Estoy bien, no tengo nada roto, solo magulladuras y molestias al andar, el collarín en más para el reposo, así que me voy a ir a casa.

—Igual que cuanto tenía seis años y se cayó del columpio después de salir volando, ni un hueso se rompió —rio mi padre.

—Lo dicho florecilla, tu ángel de la guarda tiene mucho trabajo contigo —sonrió Iker.

—Calla, tonto —le di en el brazo con el hombro que no me notaba dolorido.

l—Iker nos ha dicho lo que ha pasado, hermanita —dijo Lorena—, pero también que puede no haber sido solo un accidente.

l—Ya te vale, bomberito —resoplé.

—He llamado a Jorge —me informó mi padre—, si recuerdas lo que sea de esos coches, mañana ponemos la denuncia.

—Vale, sí, pero ya mañana, ahora mismo lo único que quiero es irme a casa, darme una ducha, y meterme en la cama.

—Te llevo —ofreció Iker.

—Puedo coger un taxi.

—El taxi lo voy a coger yo para ir al parque —dijo Humberto—. Tengo que volver al trabajo. Por cierto, tu coche se lo ha llevado la grúa, dejé a uno de mis chicos llamando al seguro.

—Gracias, Humberto.

—No hay de qué, chiquitina —me dio un abrazo y un beso en la frente.

—¿Quieres venir a casa, hija?

—No, papá, me voy a casa con Alex. Seguramente mi teléfono se apagó por el accidente y si me ha llamado...

—Cuando tu padre avisó a Sofía llamé a mi hermano, pero no lo localicé —dijo Daniela—. Seguro que apagó el móvil para centrarse en el trabajo, como hace mi padre —volteó los ojos.

—Vamos, te llevo a casa —Iker me cogió por la cintura con un brazo y me sostuve a su otra mano mientras salíamos del hospital.

Mi padre me dijo que lo llamara en cuanto me despertara al día siguiente para ver cómo estaba, y que procurara descansar y tomarme algún analgésico para el dolor.

Me senté en el coche con ayuda de Iker, que me abrochó el cinturón para que no me moviera, y subió para llevarme a casa.

Cerré los ojos poco después de dejar el hospital atrás y darle la dirección de la casa de Alex, dejando que el vaivén del coche me meciera, y sentía el cuerpo tan pesado que agotado que acabé quedándome dormida.

Me senté en el coche con ayuda de Iker, que me abrochó el cinturón para que no me moviera, y subió para llevarme a casa.

Cerré los ojos poco después de dejar el hospital atrás y darle la dirección de la casa de Alex, dejando que el vaivén del coche me meciera, y sentía el cuerpo tan pesado que agotado que acabé quedándome dormida.

Capítulo 13



Noté una caricia en la mejilla y me desperté.

—Hemos llegado, florecilla —dijo Iker con una sonrisa.

Miré el reloj del coche y vi que eran las doce y cuarenta y cinco de la madrugada. Hacía casi tres horas que había salido de casa de Sofía para ir a esa donde estaba ahora, donde me esperaba mi chico y que lo más seguro era que estuviera preocupado.

Iker bajó del coche, me ayudó a salir y al igual que había hecho en el hospital, su brazo se aferró a mi cintura y me ayudó a ir a la casa cogiéndome la otra mano.

Sacó las llaves del bolso, abrió la puerta y vi que venía luz desde el salón.

—¿Puedes sola, o te acompaño? —preguntó.

—Poder, puedo, pero mejor acompáñame no sea que me caiga, noto el cuerpo agotado.

—Vale, vamos —sonrió, cerró la puerta y caminamos despacio hacia el salón—. Me siento como una muñeca de Famosa.

—Yo como una tortuga —resoplé.

—Mañana estarás mejor, sentirás dolor, pero...

—¡Ah!

Iker se calló y ambos nos detuvimos en medio del pasillo, nos miramos, puesto que los dos habíamos escuchado lo mismo, y volvimos a irlos.

—Ah, sí, así. Oh, Dios, sí.

Era la voz de una mujer, y los sonidos que hacía eran inconfundibles para nosotros. En ese momento sentí que algo se rompía en mi interior, que mi corazón comenzaba a resquebrajarse, y en el fondo, aunque no quisiera creerlo que oía e iba a ver, sabía que eso era real.

—Jimena —murmuró Iker.

No dije nada, simplemente seguí caminando y él me mantenía en pie estando a mi lado. Y fue por él, porque me sostenía con sus fuertes brazos por lo que no me caí al suelo cuando me encontré la escena que tenía delante.

Alex se estaba follando con fuerza y de manera salvaje a su ex, la modelo que le fue infiel. Sí, la reconocí porque había visto algunas noticias al respecto después de que me lo contara.

Ella estaba de rodillas en el sofá, agarrada al respaldo, Alex la embestía desde atrás mientras le agarraba del pelo y ambos se reflejaban en la puerta que daba al jardín.

Las últimas veces me había follado de ese modo salvaje, y eso me dio que pensar... ¿Había estado con ella antes que conmigo?

e—Florequilla —murmuró Iker para llamar mi atención.

Miré a mi viejo amigo con los ojos húmedos y luchando por no derramar ni una sola lágrima. ¿De verdad me merecía esto?

—Vámonos, no nos han visto —dijo, y negué.

—Pues me van a ver —contesté.

Eché un vistazo a la entrada del salón, cogí un jarrón de cristal que había allí y, a pesar del dolor que sentía en mi cuerpo después de haber tenido el accidente, levanté ambos brazos con la fuerza que me daban la rabia y el dolor de la traición que sentía en ese momento, y lo lancé contra el suelo hasta que se hizo añicos.

Los dos, Alex y su ex, se giraron al escuchar el estruendo y él abrió los ojos ante la sorpresa.

—Jimena —murmuró, y ahora entendía por qué hacía días que no me llamaba pequeña, por qué la noche del viernes se apoyó en el lavabo con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, y por qué no me había tocado en esos dos días—. ¿Qué te ha...?

o

—He tenido un accidente —dije sin dejarlo terminar de hablar—. Me seguían dos coches, te llamé y el teléfono estaba apagado. Me han hecho volar por los aires y golpearme hasta el punto de que me siento como si el cuerpo me pesara mil kilos. Y tú, aquí, con el teléfono apagado follando a tu ex. Veo que se te ha olvidado que te puso los cuernos con otro.

r —Jimena —se levantó.

—No digas nada, no es necesario. A saber, desde cuándo está pasando esto, pero no creo que me mereciera que me hicieras algo así. Le pediré a Elena que venga por mis cosas, o a lo mejor no, por suerte no traje tanto cuando me pediste con tanta ilusión que me viniera a vivir contigo. Vámonos, Iker —le pedí, él asintió y volvió a rodearme con el brazo—. Ah, una última cosa —miré a Alex con el dolor que seguía sintiendo—. Espero que esta vez no se folle a otro, y si es así, te jodes. Ahora sí, podemos irnos.

Agradecí a Dios y todos los Santos Apóstoles que Iker me llevara en ese momento, porque de lo contrario me habría caído al suelo rota de dolor.

y Escuchaba a Alex maldecir, gritar, decir que no tenía que haber hecho eso, que fue un estúpido, pero no me importaba, eso sí, la modelo no dejaba de decirle que lo hizo porque aún se aman.

Pues que se amen muchos años, pero a mí así que no me quieran, vaya. Si me es infiel, no vuelve a verme en su vida. Y Alex lo iba a comprobar en sus propias carnes.

Salimos de la casa, Iker me ayudó a acomodarme en el asiento y tras poner el coche en marcha y dejar la calle atrás, me derrumbé.

Empecé a llorar como una niña pequeña sintiendo el dolor que atravesaba mi alma en ese momento.

¿Cómo había podido hacerme eso? Joder, que sabía que podía pillarlo. Pero claro, tal vez pensó que, si acababa tarde en casa de mi hermana, me quedaría en mi piso.

Debería haberlo hecho, de ese modo no habría tenido el accidente, al menos esa noche, pero claro, tampoco me habría enterado que se follaba a su ex.

—Jimena —escuché a Iker, pero seguía llorando sin consuelo apoyada en el asiento.

Noté que giraba y poco después paró el coche, me desabrochó el cinturón y me acogió entre sus brazos.

—¿Cómo ha podido? —sollocé aferrándome a él— ¿Cómo me ha hecho eso? ¿Y desde cuándo? Es un cabrón.

—Lo siento, florecilla, lo siento mucho —me dio un beso en la frente mientras me frotaba la espalda.

—Lo llamé —dije con un nudo en la garganta—, lo llamé cuando vi esos coches y él estaba... Joder.

—Ya, florecilla, no llores que me mata verte así.

—Llévame a casa, por favor.

Iker asintió, me dio un beso en la frente y tras volver a abrocharme el cinturón, reanudó el camino a mi casa.

Cuando llegamos subió conmigo, solo para asegurarse de que estaba bien. Dejó mi bolso sobre la cama, me dio un último abrazo y salió dejándome allí para volver al trabajo.

Con mucho cuidado me desnudé, me quité el collarín y comprobé delante del espejo que tenía varios golpes que, efectivamente, acabarían siendo moratones, así que nada más terminar de ducharme, me puse un poco de pomada en ellos, una camiseta, y me metí en la cama.

No me podía creer que después de haber tenido ese accidente, que podía resultar no serlo porque querían dar otro mensaje a mi padre, lo único que quería era llegar a casa y que el hombre por el que empezaba a sentir algo me abrazara y consolara hasta quedarme dormida.

Qué poco atenta había estado a las señales, a esos mensajes donde no había un “pequeña” que leer, y tampoco cuando hablábamos por teléfono. Ahora entendía que después del tiempo que hacía que acabó su relación con ella no había vuelto a tener ese sexo salvaje, que lo había retomado recientemente y que conmigo lo había hecho después de hacerlo con ella.

Me sentía tan mal, tan dolida porque no hubiera sido capaz de decirme a la cara que ella había vuelto y que estaba de nuevo en su vida.

¿Es que no había tenido dos días para decírmelo?

Seguí llorando porque no merecía que me hubiera hecho eso, al menos podría haber tenido la decencia de ser sincero y contármelo, pero había preferido callarse, quizás pensando que, si no lo pillaba, nos tendría a las dos y si con ella le salía mal de nuevo, ya estaba la tonta de Jimena.

Casi que igual hasta debía agradecer a quien fuera quien estuviera detrás de mi padre, que me hubieran hecho tener el accidente, porque si no es por eso ni me entero de que había vuelto a acostarse con su ex.

—Llévame a casa, por favor.

Iker asintió, me dio un beso en la frente y tras volver a abrocharme el cinturón, reanudó el camino a mi casa.

Cuando llegamos subió conmigo, solo para asegurarse de que estaba bien. Dejó mi bolso sobre la cama, me dio un último abrazo y salió dejándome allí para volver al trabajo.

Con mucho cuidado me desnudé, me quité el collarín y comprobé delante del espejo que tenía varios golpes que, efectivamente, acabarían siendo moratones, así que nada más terminar de ducharme, me puse un poco de pomada en ellos, una camiseta, y me metí en la cama.

No me podía creer que después de haber tenido ese accidente, que podía resultar no serlo porque querían dar otro mensaje a mi padre, lo único que quería era llegar a casa y que el hombre por el que empezaba a sentir algo me abrazara y consolara hasta quedarme dormida.

Qué poco atenta había estado a las señales, a esos mensajes donde no había un “pequeña” que leer, y tampoco cuando hablábamos por teléfono. Ahora entendía que después del tiempo que hacía que acabó su relación con ella no había vuelto a tener ese sexo salvaje, que lo había retomado recientemente y que conmigo lo había hecho después de hacerlo con ella.

Me sentía tan mal, tan dolida porque no hubiera sido capaz de decirme a la cara que ella había vuelto y que estaba de nuevo en su vida.

¿Es que no había tenido dos días para decírmelo?

Seguí llorando porque no merecía que me hubiera hecho eso, al menos podría haber tenido la decencia de ser sincero y contármelo, pero había preferido callarse, quizás pensando que, si no lo pillaba, nos tendría a las dos y si con ella le salía mal de nuevo, ya estaba la tonta de Jimena.

Casi que igual hasta debía agradecer a quien fuera quien estuviera detrás de mi padre, que me hubieran hecho tener el accidente, porque si no es por eso ni me entero de que había vuelto a acostarse con su ex.

Capítulo 14



Desperté notando el cuerpo dolorido, ahora sí que podía decir que me dolían hasta las pestañas. Madre mía, esto era peor que haber ido a una clase de zumba con Nadia, casi que hasta eso lo echaba de menos en este instante.

Me levanté y fui a echar un vistazo a los moratones, ahí estaban empezando a formarse aún más, así que me puse un poco de la pomada antes de ir a prepararme el desayuno.

Antes de salir cogí el móvil que lo seguía en el bolso y sin batería, lo encendí y, además de comprobar que eran casi las diez de la mañana, vi que tenía varios mensajes notificando llamadas perdidas de Alex de cuando me fui de su casa.

No pensaba devolvérselas.

También tenía un mensaje de Iker, que no tardé en abrir y leer.

Iker: *Buenos días, florecilla, ¿cómo te has levantado? Tómate un par de analgésicos para el dolor, que tendrás el cuerpo como si fuera agujetas, pero más fuertes. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.*

Jimena: *Buenos días, Iker, justo así me siento. Acabo de levantarme, voy a desayunar y me los tomo, que quiero ir a comisaría con mi padre a poner la denuncia, como me dijo anoche. Bueno, hace unas horas. ¿Qué tal la guardia? ¿Una noche dura?*

Puse la cafetera, tosté pan y me eché un vaso de zumo para tomarme los analgésicos mientras se preparaba lo demás, y me llegó un mensaje.

Iker: *Fue una noche tranquila, salvo por el accidente de cierta señorita que me quitó años de vida. Creo que hasta me han salido un par de canas. ¿Quieres que vaya a buscarte y te acompañe a comisaría? Le puedo pedir al jefe el resto del día libre, tengo enchufe, ya sabes...*

No pude evitar reírme al ver el emoji con las gafas de sol que me envió, y le dije que sí, que, si le daban permiso, agradecería que me recogiera para no tener que ir en taxi. Me contestó diciendo que pasaba por mi casa en media hora.

Dejé café hecho y justo llegó cuando acababa de tomarme el desayuno. Abrí la puerta de casa y me dio un abrazo de oso.

—Ay, mi florecilla —suspiró—. Qué susto me diste.

—Lo siento mucho.

—Ey, estás bien y es lo que importa —me hizo un guiño y me siguió a la cocina.

—¿Quieres un café mientras me visto?

—Vale, ¿te importa si me hago un par de tostadas?

—No, claro, como si estuvieras en tu casa —sonreí.

Lo dejé en la cocina y fui a vestirme, lo de ponerme tacones estaba completamente descartado esta mañana, así que opté por unos leggins, una camiseta de hombro caído y las deportivas blancas, me recogí el pelo en una coleta alta y volví a ponerme el collarín.

Cuando regresé a la cocina lo vi apoyado en la encimera tomándose el café, sonrió al verme entrar y me ofreció la mano, esa que no dudé en coger y lo dejé llevarme hasta su cálido cuerpo.

Suspiré cerrando los ojos, necesitaba ese abrazo y él no se hacía una idea del bien que me estaba haciendo en ese instante.

Mi móvil empezó a sonar y cuando vi el nombre de mi padre, me llevé la mano a la frente, no lo había llamado.

—Papá, buenos días. Iba a llamarte, pero se me fue la cabeza —suspiré.

—No pasa nada mi niña, ¿cómo estás?

—Dolorida, pero bien. ¿Nos vemos en media hora en la comisaría?

—Para eso te llamaba, por si pasaba a buscarte.

—Me lleva Iker, que se ha ofrecido.

—Oh, vale. Eh... ¿dónde has pasado la noche, cariño?

—En mi piso, después te cuento.

—Vale. ¿Está todo bien?

—Luego hablamos, papá.

—Ok, no insisto. Te quiero cariño, y sabes que me tienes para lo que necesites.

—Lo sé, papá.

Colgué, Iker había terminado de lavar las tazas y los platos del desayuno, y tras coger mi bolso salimos de casa.

En cuanto me acomodé en su coche llamé a Elena, estaba en los juzgados esperando para entrar a una vista que tenía en quince minutos, y cuando le pedí que le dijera a Víctor que la llevara a recoger mis cosas de casa de Alex y el motivo, no tardé en escucharla gritar lo cabrón que había sido.

Quedó en venir a verme al día siguiente y me despedí cuando llegamos a la comisaría.

Al entrar vi al comisario Narváez hablando con mi padre, los dos me esperaban para tomarme declaración y que pusiera la denuncia.

No es que pudiera contarles gran cosa, pero al menos lo que había visto, sí.

Como algo distintivo que me llamó la atención, fueron unas pegatinas en la puerta del copiloto del coche que se había colocado a mi izquierda.

—Eran como una especie de tribales, en color blanco. Sé que no es mucho, pero una vez que los perdí de vista no me fijé en más, solo intentaba no matarme mientras conducía.

—Y casi te matan ellos, hija —dijo mi padre—. Hay que averiguar quiénes son, Jorge, no puedo seguir con el alma en vilo pensando que van a matar a una de mis hijas, ya han ido a por dos...

—Lo sé, Aitor, y ya viste en el hospital que mis hombres hacen todo lo que pueden. Cuando les cojamos, ten por seguro que haré lo que esté en mi mano para que no vuelva a salir de la cárcel en su vida.

Mi padre asintió, firmé los papeles de la denuncia en la que se incluía el parte de urgencias del hospital que el médico le había enviado a mi padre esa misma mañana, y salimos de comisaría Iker y yo con mi padre.

—Jimena, ¿dónde está Alex? —preguntó, y noté en su voz que había cierta preocupación.

—No lo sé, y tampoco me importa. La última vez que lo vi fue anoche, cuando Iker me llevó a su casa, teniendo sexo con su ex, la modelo.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—Lo que oyes, papá. Y no lo vi yo sola, que podría decirme que eran imaginaciones por el accidente, pero no, Iker fue testigo —lo miré y asintió.

—Hija, lo siento mucho. Ese muchacho parecía...

—Parecía, y creí que lo era —le corté—. Pero está claro que en cuanto ha vuelto la otra se ha olvidado que me pidió que viviera con él porque empezaba a sentir algo. Ya da igual, papá, estoy bien y no quiero saber nada más de él.

—¿Por qué no te vienes unos días a casa con Minerva y conmigo? Estoy seguro que le encantaría mimarte —dijo con una sonrisa mientras me sostenía ambas mejillas.

—Prefiero estar sola en casa adelantando algo de trabajo. Y estaré bien, de verdad. Si me da un bajón, llamo a las chicas y vienen cargadas de chuches y chocolatinas.

—Ay, mi niña —me dio un abrazo—. Si ya me decías que no confiabas en los abogados para el amor —suspiró.

—Desde luego, ahora sí que te digo que, una tercera vez, no caigo con un abogado.

—Bueno, me voy a por Minerva, que vamos a ir a ver un par de edificios.

—Vale papá, yo me voy a casa. Te llamo mañana, ¿sí?

—Cuando quieras cariño, soy tu padre y siempre, siempre, me vas a tener. Iker, cuídamela —sonrió.

—No te preocupes Aitor, que la dejo en casa, sana y salva.

Mi padre fue hacia su coche, Iker y yo al suyo, y cuando subimos solté el aire que estaba conteniendo con un largo suspiro, por no hablar de que se me cayeron unas lágrimas que sequé rápidamente antes de que Iker las viera.

—Tengo el resto del día libre, así que, soy todo tuyo si me quieres. ¿Te apetece que vayamos a dar un paseo por la playa, comemos pescaíto en un chiringuito, y luego te dejo en casa?

—Pues mira sí, me apetece —sonreí—. Lo que sea para no quedarme sola y comerme la cabeza.

—No lo hagas, florecilla —susurró acariciándome la mejilla—. Y no derrames una sola lágrima más por él, no las merece. ¿Sospechabas algo?

—De que, ¿se acostaba con su ex? No —negué—. Lo veía raro, pero, joder, es abogado y sé cómo se pone mi padre cuando tiene mucho trabajo, cuando soporta el peso de varios casos. Pero claro, ahora pienso y digo, ¿sería verdad que trabajaba o se veía con ella? Porque tal como se la estaba follando anoche, me lo hizo a mí un par de veces.

—Vale, eso no necesito saberlo —sonrió.

—Lo siento.

—Venga, vamos a la playa.

Puso el coche en marcha y condujo sin decir nada, sin duda dejándome con mis pensamientos el tiempo suficiente para que mi mente volviera a esos días atrás en los que notaba diferente a Alex y pensé que era por el trabajo.

Y todo era desde el lunes después del incendio, ese día, una semana atrás, había empezado todo. Debió ser entonces cuando ella regresó a su vida, y al final iba a ser verdad eso de que donde hubo fuego alguna llamita quedaba.

Iker aparcó, bajamos a la playa y tras quitarnos las zapatillas, comenzamos a pasear por la orilla. Aquella era una zona menos transitada por bañistas y lo agradecí, solo que ese paseo me estaba recordando a los dos que di con Alex, y suspiré.

—Me va a costar olvidarme de él —murmuré.

—Lo sé, pero lo harás —me pasó el brazo por los hombros—. Sé que ahora duele, pero llegará un día en el que ese dolor se habrá ido, y tal vez lo veas, más que nada porque podéis coincidir en los juzgados, y ya no te afectará como ahora. El tiempo todo lo cura, florecilla.

—Al menos me alegro de que esto haya pasado ahora, con tan poco tiempo conociéndonos y eso, ¿sabes? Habría sido mucho peor dentro de unos meses, como me pasó con el otro abogado.

o

—No, lo tuyo no es casarte con un abogado —rio.

a

—Tendré que buscar en otro gremio. Un policía, un guardia civil, un médico, tal vez un dentista.

—Mira, como María Jiménez —sonrió, y empezó a cantar—. *Tú que eres tan guapa y tan lista, tú que te mereces un príncipe, un dentista...*

,

—Mejor te sigues dedicando a apagar fuegos, que lo de cantar... no es lo tuyo —reí—. Mira, también puedo buscar un bombero, igual uno de tus compañeros —me pareció que se tensaba, pero no le di importancia—. Aunque por ahora me quedo sola un tiempo. Y a ver si se soluciona ya lo del psicópata que intenta matar a mi

familia, y me voy a Roma.

—¿De vacaciones? —curioseó. Negué y le dije el motivo que tenía para ir hasta allí, sonrió y volvió a hablar—
¿Aceptas compañía? Siempre he querido ir a visitar Roma.

—Me gustaría que vinieras, sí —apoyé la cabeza en su hombro mientras seguíamos paseando—. Gracias, Iker, de verdad.

—¿Por qué, florecilla? —Me dio un leve apretón en el brazo.

—Por estar, simplemente por eso —sentí que se me humedecían los ojos y retiré esas lágrimas antes de que
: salieran.

—No estuve estos trece años, pero ahora, no me iré a ningún lado —me dio un beso en la sien y sonreí.

Era curioso cómo alguien que había formado parte de mi pasado, aparecía en el peor momento de mi vida y se convertía en alguien en quien poder apoyarme para no caer.

Fuimos a comer a uno de los chiringuitos, nos pusimos morados a base de pescaíto y refrescos, yo por los analgésicos y él porque iba a ir a trabajar por la noche y no quería beber, después de un café regresamos al coche paseando y me llevó a casa.

Me despedí de él con un abrazo y quedó en llamarme por la noche para ver cómo estaba y si necesitaba algo.

Entré en mi casa, me puse el pijama y tras prepararme un vaso de zumo me acomodé en el sofá para ver la serie.

Ahora volvería a verla sola, y aunque lloré un poco al recordar esas tardes y esas noches de sofá con Alex viéndola, me prometí a mí misma olvidarme de él cuanto antes.

A fin de cuentas, no le debí importar tanto cuanto me había olvidado mientras se acostaba con su ex.

No, no iba a dedicarle más tiempo, y si lo pensaba bien, sentía algo por él, una atracción, un cariño, pero, ¿amor de estar enamorada?

Realmente no, aunque empezaba a sentir esa chispa que, con el tiempo, habría acabado por prender todo y lo
· nuestro convertido en amor.

Capítulo 15



Jueves, y tenía que ir al juzgado para entregar unos papeles y de paso confirmar con la secretaría las fechas de un par de juicios que tenía programados para la semana siguiente.

El día anterior mi padre me hizo llegar un coche del concesionario de un buen cliente del bufete, no es que fuera a comprarlo ni mucho menos, pero le pidió el favor de que me prestara uno para esos dos días, cosa que agradecí mucho.

Aunque me había tomado un café rápido antes de vestirme, Elena me mandó un mensaje para vernos en la cafetería y desayunar, nos habíamos visto la tarde anterior cuando vino a casa a traer las cosas que tenía en la de Alex, pero desde el incendio pasábamos menos tiempo juntas, ya que no podíamos ir al despacho de una u otra o charlar en la sala de descanso.

Acababa de aparcar cerca de los juzgados cuando empezó a sonar mi móvil, lo saqué del bolso y vi que era mi padre.

—Buenos días, papá —sonreí.

—Buenos días, cariño. Tengo buenas noticias.

—No me lo digas, seguro que es por alguno de los edificios que has estado viendo.

—Ajá, exacto. Gloria encontró uno perfecto, está todo equipado y si digo que sí ahora, podríamos firmar el lunes y sería la nueva sede del bufete.

—Ay, papá —suspiré.

—Cariño, sabes que necesitamos los despachos, y por cómo ha quedado el otro edificio, hasta que lo rehabiliten y pueda ser utilizado, pasará un tiempo.

—Lo sé. Está bien, tú eres el jefe y dueño del bufete, si has visto ese lugar adecuado para nuestras necesidades, adelante.

—Voy a hablar con la inmobiliaria, y también iré encargando el nombre, las placas y demás. Me gustaría que lo vieras. ¿Qué te parece si comemos juntos?

—Pues qué me va a parecer, papá, perfecto —sonreí.

—Vale cariño, pues nos vemos a las dos en el restaurante de la calle de la tienda de Minerva, ¿ok?

—Allí estaré. Un beso.

—Un beso, mi niña.

Colgué y fui directa a la cafetería donde vi a Elena sentada pidiendo al camarero.

—Ah, mira, aquí está —sonrió al verme—. ¿Desayuno completo, cariño?

—Sí, por favor —le dije al chico, que asintió—. Buenos días —saludé a mi amiga con un par de besos.

—Buenos días, ¿cómo estás hoy? —Me dio un apretón en la mano.

—Bien, no te preocupes que esto lo supero.

—Eso ya lo sé, pero no deja de doler. No pensé que fuera a hacerte algo así, de verdad. Ni siquiera Víctor lo entiende —suspiró—. Aunque bueno, me dijo que siempre estuvo muy encaprichado con ella. Pero lo engañó, ¿tú crees que no podría volver a hacerlo?

—No sé lo que piensa esa mujer y no me importa. Yo no quiero volver a verlo.

Cuando nos sirvieron los desayunos aproveché para contarle lo de las oficinas, sonrió al tiempo que negaba, y es que era increíble lo poco que había tardado mi padre en ponerse a hacer cosas nada más salir del hospital estando aún convaleciente. Pero, “Don Aitor”, no tenía remedio, era un culo inquieto como decía Elena.

Salimos de la cafetería charlando y al llegar a la puerta de los juzgados nos encontramos con Víctor, que sonrió al ver a su chica y le dio un beso en los labios.

—Vosotros vais a tener que dejar de enfrentaros en los juicios, que eso es conflicto de intereses —sonreí mientras entrábamos.

—No, no, que a mí me gusta pelearme con ella, luego en casa nos reconciliamos —Víctor me hizo un guiño y me eché a reír.

—Le gusta pelear así, pero cuando nos casemos y le pida el divorcio para quitarle la mitad de sus participaciones en el bufete de su amigo, no le va a gustar tanto.

—Me has hecho daño en el corazoncito, letrada. ¿Quieres casarte conmigo para luego divorciarte? Qué poquito me quieres —suspiró.

—Yo os dejo, voy a secretaría que luego tengo que hacer unas gestiones con Camila —me despedí de ella con un abrazo—. Nos vemos, chicos.

—Jimena —me giré cuando Víctor me llamó—. Siento lo de Alex, te juro que no sé qué se le ha pasado por la cabeza.

—No lo sientas, no has sido tú —sonreí.

—Solo espero que no te sientas incómoda porque Elena y yo...

—Alto ahí, señor abogado —le corté levantando el dedo—. Te voy a decir una cosa, y espero que no te moleste. Dada tu reputación en este juzgado, y la vida que llevabas, pensé que te veríamos con otra y la dejarías hecha una mierda. Pero a pesar de eso aquí estás, con ella, y no querrás decirlo en voz alta, pero veo que sientes algo muy fuerte por Elena —sonrió levemente—. Alex me ha decepcionado, no creí que fuera a hacerme esto, pero no has sido tú, Víctor. Está claro que saldré con mi amiga y contigo, pero no si está él.

—Lo imaginaba —suspiró—. Si te sirve, lo veía bien contigo, no entiendo por qué ha sido tan gilipollas.

—Imagino que no era lo que quería, eso es todo. Ahora sí me voy o se me echará el tiempo encima. Adiós.

—Adiós, preciosa.

Entré en secretaría a entregar los papeles, hablé con una de las chicas de allí, se interesó por mi padre y es que como no podía ser de otro modo allí todos sabían lo ocurrido, y cuando terminé con todo lo que tenía que hacer salí para ir a coger el coche y encontrarme con Camila.

Solo que antes de que pudiera llegar a la puerta de los juzgados, noté una mano que conocía bien cogiéndome del brazo.

—¿Qué haces? Suéltame, tengo prisa.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado, Jimena —dijo Alex.

—No es necesario, te lo aseguro —hice porque me soltara, y tras unos segundos, lo hizo.

—Te debo una explicación.

—No te molestes, que ya me la he dado yo solita. Mira, esto pasó tal que así... Tu ex apareció de nuevo en tu vida, te acostaste con ella alguna vez antes de volver a tu casa donde yo te esperaba y acostarte también conmigo, estabas como Paco de Lucía, entre dos aguas, y claro, una te daba una cosa y otra, te daba otra. Y pensaste, para qué decirle a esta pobre niña tonta que me estoy follando a mi ex, cuando puedo quedarme con las dos y, si mi ex me falla, sigo con la estabilidad de la tonta. Pero te pillé con las manos en la masa, en el peor, no, corrijo, en el segundo peor día de mi vida, cuando más necesitaba un poquito de cariño y comprensión. Así que, tranquilo, que mis cosas ya están fuera de tu casa y yo, fuera de tu vida.

—Cuando la vi me di cuenta de que algún había algo —dijo.

—Atracción, deseo, lujuria, lo vi, porque no estabas dándole mimos precisamente. Pero es que me da igual, Alex, en serio. Como hombre me has decepcionado, pensé que eras... distinto. Ya da igual. Te deseo lo mejor, de verdad, y espero que no vuelva a engañarte, aunque, ¿sabes? Si pasara eso, te lo merecerías, por cobarde. Podías haberme dicho: ha vuelto mi ex y creo que me gustaría intentarlo. Pero no, preferiste callarte.

—¿Crees que no me dolía lo que estaba haciéndote? No lo merecías, Jimena, tú eres una buena persona.

—Si te hubiera dolido tanto como dices, cuando salí de tu casa me habrías seguido en vez de quedarte allí y simplemente llamarme. Me habrías buscado, habrías tratado de hablar conmigo y decirme: lo siento, soy un cabrón y me merezco que me patees el culo si quieres, que me grites y me tires cosas. Pero no hiciste nada de eso. No quiero volver a verte, Alex, y si por una desgracia nos cruzamos en los juzgados, ni te me acerques.

—Esto no puede acabar así, Jimena.

—Pues acabó la misma noche que te encontré follándote a tu ex.

Me giré y no dije nada más, simplemente salí de los juzgados y aunque sentía ese dolor que todo aquel asunto me había provocado, también podía notar una sensación como de liberación, de haber dicho lo que quería decir sin dejarme nada dentro.

Y lo de que no quería volver a verlo era cierto, así que esperaba que no fuera tan idiota como para ir a buscarme de nuevo y querer hablar conmigo o solucionar algo, porque a día de hoy no quería.

Cogí el coche y conduje hasta la oficina de Camila, me había citado para hablar con una chica que necesitaba de mis servicios, y allí pasé la siguiente hora y media centrada en mi trabajo, en recabar toda la información posible para preparar la defensa de esa joven de veintiséis años a la que su novio le estaba haciendo la vida imposible.

Tras acabar vi que aún tenía tiempo libre hasta la hora en la que había quedado con mi padre, iba a llamar a Sofía y Lorena para ir a verlas, y justo en ese momento me entró una llamada de Iker.

—Hola —sonreí.

—Hola, florecilla. ¿Te pillo bien?

—Sí, a punto de subir al coche.

—Vale, seré rápido. Ya he quedado para esta tarde con el perito del seguro.

—Ah, vale, pues entonces no tardaremos mucho en tener noticias tuyas.

—Eso te iba a decir —rio.

—Genial, gracias por avisar, se lo diré a mi padre, voy a comer con él y después quiere enseñarme las que van a ser las nuevas oficinas del bufete.

—¿Ya le ha echado el ojo a algún sitio?

—Sí, así es él, no para hasta que consigue lo que se propone —sonreí.

—Me suena —volvió a reír—. ¿Cómo estás?

—Del malestar por el accidente, mejor, y como tenía trabajo no podía quedarme en casa. Los analgésicos sí hacen efecto. Y si lo que te preocupa es lo otro, también estoy bien. Lo he visto.

—¿Te ha dicho algo?

—No lo he dejado explicarse demasiado, la verdad, y le he dicho que no me busque para hablar.

—Eres valiente, florecilla, y muy fuerte.

—Hago lo que puedo, solo eso.

—Si me necesitas, ya sabes.

—Lo sé, Iker, lo comprobé la otra noche. Gracias.

—No hay de qué, ya te dije que no pensaba irme de nuevo —sonrió, pero noté cierta seriedad en su tono—. Que vaya bien el día, hablamos.

—Igualmente, adiós.

Colgué mientras me sentaba en el coche con una sonrisa, y es que Iker seguía siendo aquel chico atento y cariñoso que recordaba, aunque a veces le gustara picarme y buscarme la lengua con alguna tontería.

Puse el coche en marcha, llamé a Sofía y me dijo que estaban en casa con Daniela grabando unos vídeos, así que me venía bien pasarme en ese momento para hablar también con la hermana de Alex.

Compré unos cafés en la cafetería de la esquina de su calle y unos Donuts con glaseados surtidos, y subí.

Me recibieron las tres como si fueran tres adictas a la glucosa y la cafeína, quitándome la caja de Donuts de las manos para abrirla y ver cuál cogían primero.

Nos acomodamos en el sofá y tras esperar a que se comieran uno de esos dulces y dieran un par de sorbos al café, las puse al día de lo que había ocurrido.

Daniela fue la que más lloró mientras me escuchaba sin poder creer que su hermano hubiera vuelto a verse con su ex.

—Con todo lo que le hizo —sollozó—. Mi hermano es imbécil. Es que no, joder —seguía llorando mientras Sofía le pasaba la mano por la espalda—. Lo he visto contigo, Jimena, él, él... No sé si estaba enamorado, pero algo sentía.

—No llores, Daniela, que yo ya no voy a derramar ni una sola lágrima por este asunto. Por desgracia, tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

—Pero me da rabia, de verdad creí que eras tú, que serías mi cuñada.

—Lo soy, estás saliendo con mi hermana —sonreí.

—Volverá, sé que se acabará dando cuenta de que ha sido un idiota y que volverá contigo.

—La cuestión es si ella querrá volver con él —comentó Lorena, y Daniela me miró con los ojos llenos de esperanza.

—A día de hoy, no, está reciente y me duele. Quién sabe dentro de un tiempo —me encogí de hombros.

—Me quedo con eso —dijo Daniela, secándose las mejillas—. Estoy segura de que mi hermano te quería, cuando se dé cuenta de lo que ha hecho, se va a arrepentir.

—Arrepentido debería estar ya —contestó Sofía—. Sabía lo que le hizo a Jimena su ex, que fue rastroso hasta decir basta, pero lo de tu hermano ha sido una putada muy gorda.

» —Bueno, que no quiero que discutáis vosotras por esto, ¿vale? —les pedí— Solo os lo he contado para que supierais que no habría salidas de todos juntos. Yo, si va él, por el momento prefiero no coincidir.

—Lo entendemos. Si necesitas algo, solo tienes que llamarnos, hermanita —Lorena me dio un abrazo.

Eché un vistazo al reloj y me despedí de ellas para ir a comer con mis padres, les dije que ya organizaríamos una salida todas juntas, y me marché.

Lo de Alex estaba reciente y dolía, sentía algo por él, no iba a decir lo contrario, y sentía que empezaba a crearse algo bonito entre nosotros, por eso ahora mismo necesitaba tiempo, tal vez más adelante, viendo todo de otro modo, pues no sabría decir, quizás hubiera una oportunidad para nosotros.

Pero ahora mismo, hoy por hoy, solo tres días después, no la había.

—Bueno, que no quiero que discutáis vosotras por esto, ¿vale? —les pedí— Solo os lo he contado para que supierais que no habría salidas de todos juntos. Yo, si va él, por el momento prefiero no coincidir.

—Lo entendemos. Si necesitas algo, solo tienes que llamarnos, hermanita —Lorena me dio un abrazo.

Eché un vistazo al reloj y me despedí de ellas para ir a comer con mis padres, les dije que ya organizaríamos una salida todas juntas, y me marché.

Lo de Alex estaba reciente y dolía, sentía algo por él, no iba a decir lo contrario, y sentía que empezaba a crearse algo bonito entre nosotros, por eso ahora mismo necesitaba tiempo, tal vez más adelante, viendo todo de otro modo, pues no sabría decir, quizás hubiera una oportunidad para nosotros.

Pero ahora mismo, hoy por hoy, solo tres días después, no la había.

Capítulo 16



Llegué al restaurante a la hora acordada y allí estaban los dos esperándome en una de las mesas.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, mamá —la abracé—. Hola, papá.

—Hola, mi niña.

—Tu padre me contó lo de Alex, iba a llamarte, pero... preferí darte un poco de tiempo —sonrió cogiéndome la mano—. ¿Estás bien?

—Sí, lo he visto, le he dejado claro que no quiero verlo, al menos por el momento, y ya está, no quiero hablar más del tema.

—¿Crees que, en un futuro, vosotros...?

—Pues no lo sé, papá. Ahora mismo no, es que tengo muy reciente su imagen con ella y... —solté el aire con fuerza— No lo sé, de verdad. Tal vez sí, tal vez no.

—Cariño, lo que tú decidas, cuando lo decidas, estará bien y tendrás nuestro apoyo, ¿verdad, amor? —dijo ella, mirando a mi padre.

—Por supuesto, no dejas de ser mi hija, y él no es mi prioridad.

Sonreí, pedimos la comida y mientras estábamos allí los tres juntos, Minerva me habló de una nueva colección que acababan de recibir y que iba a pedirles a mis hermanas que fueran a verla para hacer un poco de promoción, desde luego que contar con dos influencers con miles de seguidores en sus redes era una ventaja para el negocio.

Aproveché para contarle a mi padre lo que me había dicho Iker del perito de la aseguradora, y dijo que, si no tenía noticias por su parte a más tardar el martes, llamaría a ver qué le decían.

Me preguntó qué tal iba el coche que me había prestado el cliente del concesionario y sonreí.

—Muy bien, pero no se te ocurra comprarlo, ya miraré algo.

—Hija, tu coche ha quedado para el desguace, el seguro me ha llamado esta mañana, te van a pagar el valor de mercado actual, y no es poco, así que puedes cogerte ese.

—Hombre, a ver, es cómodo, práctico, suave de conducir, y con el color disteis en el clavo —sonreí.

—Te dije que se acabaría dando cuenta de que le llevabas el coche para que le picara el gusanillo —rio Minerva.

—Si lo quieres, es tuyo —me dijo mi padre—. Solo hay que decírselo a Julián y él arregla el papeleo en unos días

—Pues nada, ya tengo coche nuevo —suspiré.

—Sabía que te iba a gustar.

—Ay, papá...

Terminamos de comer y tomar café una hora más tarde, acompañamos a Minerva a la tienda y cogimos el coche de mi padre para ir a ver el edificio. Le dije que podía conducir yo, pero insistió en que quería hacerlo él y acostumbrarse de nuevo a coger el volante con la mano que se había quemado, esa que, por cierto, tenía mucho mejor de lo que imaginaba, teniendo en cuenta que podría haber necesitado operaciones e injertos de piel.

Llegamos a la zona en la que se encontraba el edificio y me gustó la idea de que estuviera a solo cinco minutos en coche de los juzgados, andando había algo más, pero de igual modo podríamos ir hasta allí sin tener que conducir.

—¿Ya tienes las llaves? —pregunté con sorpresa al ver que sacaba un juego del bolsillo para abrir la puerta.

—Es prácticamente nuestro, la inmobiliaria me las ha prestado para que te lo enseñe.

Entramos y vi que estaba todo completamente amueblado. La recepción era amplia, tenía un mostrador para dos puestos y una zona con una mesa baja alargada y tres sofás de esos de tres plazas a modo de salita de espera.

Las paredes en un suave tono gris claro, los suelos en blanco y todo el mobiliario, así como los sofás, en gris oscuro.

Cerró con llave antes de ir hacia el ascensor y subimos a la primera de las cuatro plantas, donde había otra pequeña salita de espera donde me dijo que pondría el puesto de la secretaria para los abogados que ocuparan esos seis despachos.

El resto de plantas eran exactamente iguales y tenía la misma idea para esas zonas de espera, en la última estarían nuestros despachos, así como el de Elena, y en cada planta había una salita de reuniones para recibir a los clientes

—¿Qué te parece? —preguntó cuando nos sentamos en el que sería su despacho.

—Es perfecto, papá. La distribución, las zonas de espera, los despachos para los abogados, ayudantes, secretarias y becarios. Es un poco más pequeño que el otro, pero creo que acomodar en un despacho a varias secretarias y becarios, es perfecto.

—Yo también lo pensé cuando lo vi. Como te dije, sé que el otro tardaríamos mucho en poder volver a utilizarlo, y alquilar un lugar donde poder tener las citas con los clientes y demás, aunque sea pequeño y compartirlo entre todos, iba a ser un caos a la hora de cuadrar agendas.

—Lo sé.

—Sabes que con el dinero del bufete no hago nada si no estás de acuerdo.

—Papá, es tu bufete —sonreí.

—No, mi niña, es de los dos. Algún día lo tendrás que dirigir tú, junto con Elena, no creas que no sé qué esa loca quiere ser parte de los socios.

—Y será la mejor socia, ya lo verás.

—No lo dudo, es dura de pelar en los juzgados. No querría enfrentarme a ella, te lo aseguro.

—¿Lo consultaste con Minerva? Ten en cuenta que ahora ya sois un matrimonio.

—Lo hice, y me dijo que era el dinero de mi bufete, igual que tú —volteó los ojos—. Cuando lo vio y le dije cómo distribuirlo, estuvo de acuerdo.

—Llamaré a Gloria para decirle que en unos días tendremos nuevas oficinas.

—Sí, la imprenta ya está al tanto para que haga una nueva tirada de tarjetas para todos. He hablado con la compañía de teléfonos y nos mantienen los mismos números cambiando la dirección.

—Desde luego que como dice Elena, eres un culo inquieto, papá —reí mientras me agarraba a su brazo para entrar en el ascensor—. ¿Sabéis algo sobre quién ha provocado todo esto?

—Jorge está cerca, presionó al que dejó la carta en el bufete y le dio algunos nombres que podrían llevarlo hasta el jefe de todo. Seguimos con la duda sobre esos tres nombres de la lista de los que fueron puestos en libertad, es un

de ellos estamos seguros, pero Jorge y su gente no quiere dar palos de ciego. Intentaron matar a dos policías, a nosotros en el incendio a dos de mis hijas, no quieren que haya más accidentes —dijo entrecomillando la palabra —, y que acaben yéndose de rositas.

—Pues a ver si dan pronto con quien sea, porque no podéis seguir yendo con la vista en la espalda constantemente.

Salimos a la calle y en cuanto subimos al coche de mi padre me sonó el móvil, vi que era Iker y me llamaba para confirmarme que el lunes antes de que acabara la mañana tendríamos noticias del seguro. Pulsé el botón para activar el altavoz y que mi padre lo escuchara y le dio las gracias por haberse encargado de eso.

—No ha sido nada, Aitor —contestó él.

—Te debo una cerveza, o lo que bebas que ya me dijo tu padre que tú de alcohol, poco —sonrió.

—En ocasiones especiales o cuando libro.

—Bueno, en ese caso, ¿tienes que trabajar el sábado? Podemos preparar una barbacoa en casa, como solíamos hacer, traes a tu padre y pasamos el día. Jimena se apunta seguro —dijo mirándome con una sonrisa de medio lado.

—Yo si hacéis un buen entrecot, claro que me apunto —respondí.

—¿Ves?

—Hablo con mi padre ahora, y le digo algo a Jimena.

—Tu padre va a decir que sí, ese tampoco dice que no a un buen chuletón —rio mi padre—. Dile que os estaré esperando en casa a las doce para encender la barbacoa y tomar una cerveza. Ya sabes que hay habitaciones que podéis usar si se nos echa la noche encima y no queréis conducir.

—Vale, se lo digo —estaba sonriendo, lo notaba en su tono de voz.

—Perfecto, os espero entonces. Adiós.

—Adiós, Aitor. Adiós, florecilla.

r

—Adiós —sonreí.

!—No se le quita esa costumbre de llamarte así —comentó mi padre, cuando colgué.

o

—Sí, y no sé por qué lo hace.

—¿Se lo has preguntado?

—Ajá, pero no me da una respuesta, solo que algún día puede que me la dé —resoplé, y mi padre sonrió ampliamente—. ¿Tú sabes por qué me llama así?

—No, no —contestó demasiado rápido a mi modo de ver, por lo que sí, mi padre debía saber algo, pero tampoco quería decírmelo.

Llegamos donde había dejado el coche aparcado, me despedí de él y quedamos en vernos el viernes para hacer esa barbacoa en casa como antaño, a la que obviamente iban a venir mis hermanas también.

Cogí el coche y me fui para casa, no es que hubiera sido un día muy agotador, pero necesitaba una ducha, ponerme el pijama, y acomodarme en el sofá descansando viendo mi serie.

—Sí, y no sé por qué lo hace.

—¿Se lo has preguntado?

—Ajá, pero no me da una respuesta, solo que algún día puede que me la dé —resoplé, y mi padre sonrió ampliamente—. ¿Tú sabes por qué me llama así?

—No, no —contestó demasiado rápido a mi modo de ver, por lo que sí, mi padre debía saber algo, pero tampoco quería decírmelo.

Llegamos donde había dejado el coche aparcado, me despedí de él y quedamos en vernos el viernes para hacer esa barbacoa en casa como antaño, a la que obviamente iban a venir mis hermanas también.

Cogí el coche y me fui para casa, no es que hubiera sido un día muy agotador, pero necesitaba una ducha, ponerme el pijama, y acomodarme en el sofá descansando viendo mi serie.

Capítulo 17



Eran las doce, hora a la que mi padre había dicho a Iker que estuviera en casa con su padre para hacer la barbacoa y yo acababa de aparcar mi coche.

Estaba cogiendo algunas bolsas con cosas que había comprado para esa comida en casa, cuando escuché que un coche se detenía a unos pocos metros. Al ver a Iker saliendo, sonreí.

—Buenos días —saludé cuando él su padre se acercaban, llevando una bolsa con pan y una bandeja de lo que, sin duda, debían ser pasteles.

—Buenos días, chiquitina. Te ves mejor que la última vez —Humberto me abrazó con ese cariño que recordaba de él y que en los días que nos habíamos visto, sentía que no había disminuido ni lo más mínimo.

—La última vez estaba que daba pena verme, sí —sonreí.

—Hola, florecilla —Iker se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Hola. ¿Pasteles? —Señalé la bandeja que llevaba la mano.

—Las viejas costumbres, ya sabes. ¿Te echo una mano?

—Puedo yo, no te preocupes.

—Sé que puedes, pero quiero —me hizo un guiño y cogió un par de bolsas del maletero.

Caminamos hacia la casa en la que crecí y donde tantas veces estuvieron ellos, y cuando llamé fue mi hermana Sofía quien abrió.

—Pero, ¿qué traéis? —sonrió.

—Ellos pan y pasteles, forma parte de la tradición. Y yo he comprado hielos, mojito de fresa sin alcohol, y alguna otra cosa.

—Vamos, que has traído chuches, chocolatinas y helados.

—Sí.

—Hoy me vuelvo andando a casa —volteó los ojos.

—O te quedas a dormir aquí, que también me he traído ropa.

—Hola, por cierto —les dijo a Humberto e Iker.

Ambos la saludaron con un par de besos y cerramos la puerta para ir a la cocina a dejar todo lo que llevábamos. Allí estaba Lorena sentada con el vendaje aún en el tobillo ayudando a mi padre a preparar la carne.

—Ah, ya estamos todos —sonrió mi padre al vernos—. Caballeros, acompáñenme al jardín que hay que ir preparando la barbacoa.

—Cuando tengas las brasas listas nos avisas, que llevamos la carne —comenté, y él asintió.

Me quedé con mis hermanas en la cocina y no tardaron en preguntar cómo estaba, al fin y al cabo, lo de Alex era muy reciente. Les aseguré que lo llevaba bien, mejor de lo que pensaba, y ambas sonrieron.

Minerva no tardó en aparecer diciendo que estaban todas las habitaciones listas por si queríamos quedarnos a dormir, dado que mi padre la había puesto al corriente de lo que solía pasar antaño en nuestras barbacoas.

—¿Has invitado a Daniela? —le pregunté a Sofía, mientras ayudábamos a Lorena con la carne.

—Tiene un evento en Sevilla esta noche, se ha ido a primera hora de la mañana para aprovechar a descansar y preparar todo. De todas formas, me dijo que era como una barbacoa familiar y no habría venido.

—Claro que habría venido, es tu pareja y, por tanto, de la familia —protesté.

—Eso le dije yo —comentó Lorena—. Pero cree que no será bienvenida por lo que ha hecho su hermano.

—¿Qué? —preguntamos Minerva y yo, al unísono.

—La misma cara se me quedó a mí.

—Sofía, llama a Daniela y ponla en manos libres —le dijo Minerva.

—Mamá...

—No, ni mamá, ni nada. Voy a dejarle claro a esa chiquilla que lo que hiciera el idiota de su hermano, no impide que ella venga a esta casa o donde sea que vayamos a estar todos, solo faltaría. Vamos, marca a mi nuera —hizo gesto con la mano para que se diera prisa, y Sofía la llamó.

—Hola, cielo, ¿estás ocupada? —dijo, y sonrió— No, tranquila, es que mi madre y Jimena quieren hablar contigo Pongo el altavoz, ¿ok?

—Vale —la escuchamos decir.

—Daniela, ¿qué es eso de que no vas a ser bienvenida en nuestra casa? —preguntó Minerva— Eres la pareja de mi hija, y, por tanto, puedes venir siempre que quieras. El que le ha hecho daño a Jimena es tu hermano, y sé que se va a arrepentir y querrá volver con ella, pero hasta que eso pase...

—Si es que pasa —intervine.

—Hasta que eso pase, y aunque no llegara a pasar, tú siempre vas a ser de nuestra familia.

—Gracias Minerva, de verdad.

—No me las des, preciosa, tú solo ven a vernos sin pensar en nada más que hacernos una visita y pasar un buen rato, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Es una pena que no hayas podido venir hoy —le dije—. He comprado esas chocolatinas que te gustan.

—Jo, qué mala eres cuñada —protestó y nos echamos a reír—. Sofía, tengo que colgar, tengo a los del salón de belleza esperando. Nos vemos el lunes, ¿vale?

—Vale cariño. Pásalo bien.

—Eso quiero, pero no sé qué tal irá la noche. Adiós.

—Adiós —nos despedimos todas al unísono y vi que Minerva seguía negando mientras suspiraba.

Daniela era una niña aún, por mucho que tuviera veinte años tenía mucha vida por delante y era normal que se sintiera como lo hacía. Veía que había encajado no solo con mis dos hermanas y Nico, ese otro influencer al que conocía por el trabajo, sino también con Elena y conmigo, y que su hermano y Víctor también eran dos piezas perfectas para este puzzle.

Pero lo que había pasado entre Alex y yo rompía un poco todo, de modo que faltaba esa pieza para unir cada parte. Estaba claro que, si quedaban con él, yo no iría, y al contrario sería igual, si quedaban conmigo no vendría Alex.

—Me mandan a avisar de que ya está todo listo esperando la carne —dijo Iker poco después, y sonreí.

—Pues vamos a ir llevando. Toma, coge esta bandeja —le di una con algunos pinchitos.

Entre Sofía y yo llevamos el resto de bandejas mientras Lorena cortaba el pan y Minerva preparaba los platos y vasos para llevarlos al jardín.

Tenía mi bolsa con ropa en el coche, así que salí un momento a cogerla y decidí ponerme el bikini y unos shorts vaqueros para estar cómoda, sabía que acabaría dándome un baño en la piscina y tomando el sol.

Cuando servimos los primeros platos de carne y dejamos que se fueran haciendo a fuego lento unos chuletones que como decía Humberto, daba gusto verlos, nos sentamos a la mesa y vi que Iker se acomodaba a mi lado.

Mientras comíamos su padre y el mío se pusieron al día de muchas cosas que no se habían contado por teléfono en esos años, por no hablar de que sacaron viejas historias y claro, a mí me salpicaba alguna de ellas.

—Por Dios, ¿por qué habéis abierto el baúl de Karina? —protesté resoplando.

—Hermanita, eso no nos lo habías contado —dijo Lorena muerta de risa tras haber escuchado a Iker contar aquello sobre los globos de agua que yo llevaba cuidadosamente colocados en mi camiseta como si fuera una cesta, me caí y se me explotaron todos.

—¿Por qué te acuerdas de eso si hace como mil años? —Fruncí el ceño mirando a Iker.

—No hace tanto —rio—. Y me acuerdo porque en este jardín pasamos muchas tardes y noches cuando éramos unos críos.

Mi padre y el suyo asintieron con una sonrisa. Habíamos terminado de comer, así que me levanté para recoger las cosas de la mesa. Estaba dejando los platos en la cocina cuando escuché pasos acercándose, al girarme vi que era Iker.

—¿Qué haces?

—Ayudar, a ver si te crees que me voy a quedar de brazos cruzados —se encogió de hombros.

Negué y mientras me encargaba de tirar los restos y poner los platos en el lavavajillas, él fue haciendo viajes hasta el jardín para traer lo demás.

Sonreí al recordar que ya era así en aquellos años, y que mi padre siempre dijo que sería un buen hombre.

No había más que verlo, aun habiendo pasado tantos años sin vernos y sin hablar, seguía siendo conmigo igual de atento y cariñoso que lo era en aquel entonces.

Preparé café, me ayudó a cogerlo todo, a servirlo en los vasos tal y como nos gustaba a cada uno, y él llevó la bandeja con los vasos mientras yo llevaba la de los pasteles que habían traído él y su padre.

Y mientras estábamos allí sentados, hablando y riendo, por un momento mi mente se imaginó cómo habrían sido esas barbacoas en casa con Alex. Cuando vine a hablar con mi padre sobre la carta que recibió en el bufete y que todas luces era una amenaza, tener a Alex allí comiendo en el salón de la casa donde me crié desde que nací, se sintió bien, natural.

—Jimena —miré a Sofía.

—¿Eh?

1—Te decía que si te das un baño conmigo.

—Ah, sí, claro —sonreí.

—Yo os veo desde la tumbona —dijo Lorena, levantándose también.

Fuimos las tres hacia allí, me quité el short y nada más dejarlo en la tumbona, noté unos brazos fuertes cogiéndome en brazos y grité.

—¡No, Iker! ¡Por Dios, no lo hagas!

—Anda qué no —rio haciéndome un guiño.

Y lo hizo, vaya si lo hizo. Saltó desde el borde de la piscina conmigo en brazos, como solía hacer en aquellos veranos en los que no éramos más que un par de chiquillos, y nos zambullimos en el agua.

Cerré los ojos y me aferré a su cuello con todas las fuerzas que podía en ese momento. Ni qué decir que él no me soltaba y que me mantenía agarrada entre sus brazos para no dejar que me hundiera más de lo necesario.

Cuando al fin salimos a flote seguía entre sus brazos, chorreando agua y con el pelo pegado a la cara y que comencé a quitarme mientras resoplaba y él se reía.

1—Eres un bicho —protesté dándole un golpe en el pecho—. Que no tenemos catorce y dieciocho años.

—No, está claro que no. Has crecido, florecilla —sonrió de medio lado con el cabello alborotado y mojado, las gotas de agua cayendo por todo su cuerpo y cuando me fijé en su torso desnudo, con esos pectorales marcados y los bíceps de sus brazos más fuertes de lo que tenía cuando era un casi adulto, tragué con fuerza—. Pero sigues siendo tan ligera como entonces.

—Uf, eso es mentira, tengo más curvas que antes.

—Ajá, en los lugares adecuados. Mucho mejor —me sonrojé—. Esta es una de esas cosas que echaba de menos en Sevilla —sonrió de nuevo y me dio un beso en la frente antes de dejarme en el agua e ir a nadar como si no hubiera pasado nada.

Sofía se zambulló y vino hasta a mí, haciéndome una de sus aguadillas por sorpresa que me pilló tan desprevenida, que no tragué de milagro.

—Coño, que me ahogas, hija de frutilla —protesté.

—¿Qué me he perdido? —preguntó mientras me rodeaba con el brazo por los hombros y veíamos a Iker salir de la piscina para sentarse con Lorena a charlar.

—¿A qué te refieres?

—A ver, hermanita, que yo aquí veo cositas.

—¿Qué?

—Hija, si te lo tengo que explicar... —Volteó los ojos.

—No sé qué crees que ves, pero ya te digo yo que ves mal. Iker es amigo de toda la vida, y nunca pasó de ahí. Es cuatro años mayor que yo.

—Eso a lo mejor antes era un problema, tú tenías quince años cuando se fue, pero ahora, hermanita, los dos sois adultos.

—Sofía, no sigas viendo cosas que no son. Solo somos amigos.

—Vale, en ese caso, no he dicho nada porque lo que he visto ha debido ser producto de un subidón de glucosa o cafeína. Me voy a tomar el sol.

Se alejó para salir de la piscina y me quedé allí dando vueltas a lo que había dicho. Iker y yo siempre fuimos amigos, nada más, y aunque Elena y yo lo viéramos como ese chico mayor y guapo que llamaba la atención de todas las chicas del colegio y el instituto, él me debía ver como lo que era, una niña al lado suyo.

Después de aquel baño breve, salí para acomodarme en una de las tumbonas con ellos y tomar el sol. Curiosamente Sofía me había dejado libre la que estaba al lado de Iker, y la muy capulla la había acercado más de lo que solía estar.

Nuestros padres charlaban y reían en el porche, y mis hermanas no dudaron en hacerle a él un interrogatorio sobre su vida en Sevilla, si tenía novia allí y esas cosas. Miré a Sofía fulminándola con los ojos, pero le dio igual, ella siguió en modo cotilla.

Que sí, yo ya sabía por Iker que no tenía pareja desde hacía un tiempo, pero ahí estaba ella, como si fuera descendiente del detective Colombo.

La tarde finalmente dio paso a la noche, y ni qué decir que la carne que había sobrado decidimos hacerla en la barbacoa y cenamos, como habíamos hecho siempre que Humberto e Iker venían a pasar el día con nosotros en aquellos años.

Y fue justo cuando mi padre dijo que si queríamos tomarnos una copa, cuando Minerva propuso que los cuatro jóvenes saliéramos a tomarla fuera.

—Pero si es tarde ya —dije al ver que eran las once.

—Tarde dice, qué valor hermanita —protestó Sofía—. A esta hora estamos entrando nosotras otros días en un bar de copas, por si se te había olvidado.

—Yo conduzco, que solo he bebido refrescos —dijo Lorena.

—¿Con el tobillo como lo tienes? Pues sí, lo que me faltaba.

—El hermano de uno de mis compañeros tiene un bar de copas y no está muy lejos de aquí —comentó Iker—. Además, no he bebido tanto.

—No se hable más, poneros guapas y a bailar —sonrió Minerva.

—Claro que sí, mamá, con las muletas —suspiró la pequeña de la familia.

—Hija, es un decir.

—No hace falta ni arreglarnos, los vaqueros, una coleta, y divinas vamos —dijo Sofía, y se quedó tan pancha.

—¿Florecilla? —miré a Iker, que esperaba una respuesta, y suspiré.

—Lo que hace una por sus hermanas pequeñas —me puse en pie y las dos empezaron a aplaudir—. Me llevo las llaves, porque a dormir, venimos aquí, aunque nos quedemos tirados en el césped.

—Muy bien, hija —sonrió mi padre—. Que os divirtáis.

—Iker, cuida a las chiquitinas que son muy valiosas —le advirtió Humberto.

—Descuida papá, que no va a pasarles nada.

Y así, en cuestión de veinte minutos, estábamos los cuatro subiendo al coche de Iker para ir a tomarnos unas copas.

—Lo que hace una por sus hermanas pequeñas —me puse en pie y las dos empezaron a aplaudir—. Me llevo las llaves, porque a dormir, venimos aquí, aunque nos quedemos tirados en el césped.

—Muy bien, hija —sonrió mi padre—. Que os divirtáis.

—Iker, cuida a las chiquitinas que son muy valiosas —le advirtió Humberto.

—Descuida papá, que no va a pasarles nada.

Y así, en cuestión de veinte minutos, estábamos los cuatro subiendo al coche de Iker para ir a tomarnos unas copas.

Capítulo 18



Entramos en el bar y me sorprendió que ni Elena ni yo conociéramos ese lugar donde se veía un buen ambiente.

Tenía varias mesas pegadas a cada una de las dos paredes que tenía libres, la barra estaba en la pared que quedaba a la derecha de la entrada, a la izquierda de esta había zona con mesas altas y taburetes, mientras que toda la parte central estaba dedicada en exclusiva para quien quisiera bailar.

Iker nos llevó hasta la barra, cogió un taburete que había libre para que se acomodara Lorena y pedimos una ronda de bebidas.

—Yo algo sin alcohol, por favor —pidió ella, que aún estaba con los analgésicos para el tobillo.

—¡Iker! —nos giramos al escuchar la voz de un hombre a nuestra espalda, y vimos a un rubio de ojos azules sonriendo— ¿Qué haces aquí? —le dio un abrazo con palmada en la espalda.

—He traído a unas amigas a tomar una copa. Raúl, ellas son Jimena, Sofía y Lorena —nos presentó señalando a cada una.

—Hola —respondimos las tres al unísono.

—Jimena —murmuró el rubio arqueando ligeramente la ceja mientras lo miraba a él por el rabillo del ojo—. Encantado, chicas.

—Él es mi compañero, el hermano del dueño —nos dijo—. ¿Dónde está Jesús? No lo he visto todavía.

—En el almacén, ha ido por bebida. Oye, lo que toméis, invita la casa —ofreció.

—Vaya hombre, y yo sin poder beberme un mojito —resopló Lorena.

—¿Y eso por qué, preciosa? —curioseó Raúl.

—Hasta que me quiten el vendaje y los analgésicos.

—¿Y tienes para mucho?

—Me quedan unas semanas aún —se encogió de hombros.

—Cuando te lo quites vienes y celebramos tu liberación de tobillo —le hizo un guiño y ella sonrió mientras se sonrojaba.

—Raúl, no despliegues tus encantos que te conozco —rio Iker.

—Vaya hombre, ya me está coaccionado. ¿Tiene novio y por eso me riñes? —Arqueó la ceja.

—A punto está de tenerlo —contestó Sofía.

—Llegué tarde entonces, no tienes de qué preocuparte, colega. Lo dicho, esta noche invita la casa. Divertíos.

¹—Gracias —respondimos de nuevo las tres al unísono.

Pedimos una Coca Cola para Lorena y tres mojitos. nada más servirnoslos vimos aparecer a un rubio que se parecía mucho a Raúl, pero un poco más mayor.

Iker nos presentó a Jesús, el dueño del bar, y al igual que Raúl insistió en que estábamos invitados a lo que quisiéramos.

Se quedó allí con nosotros charlando un rato mientras reponía las bebidas y cuando Raúl se acercó a buscar a Iker se fue a saludar a otros compañeros que había por allí.

—Oye, pues está muy bien este sitio —dijo Lorena—. Aquí me voy a poder marcar yo unas bachatitas cuando me quiten esto —levantó la pierna.

—¿Con tu Nico? —sonreí elevando ambas cejas.

—Me ha llamado esta mañana —dio un sorbo a su bebida.

—¿Y? —pregunté unos minutos después tras su silencio.

—Quiere que cene con él mañana, dice que quiere hablar conmigo.

—Te lo va a pedir, cariño —la abracé.

—¿Matrimonio? —gritó con sorpresa.

—No, joder —reí—. ¿Te imaginas que empieza por el plato fuerte?

—Calla, que me entran los siete males.

—Te va a decir que lo hagáis oficial, tonta —le dijo Sofía, pasándole el brazo por los hombros.

—¿Y si no es eso?

—Si no es eso, le pincho las cuatro ruedas del coche, vamos —amenacé.

—Claro que va a ser eso, hermanita, si está deseando que sepan que eres suya, que en cuanto pueda lo canta a los cuatro vientos, como Romeo Santos —sonrió.

—Mañana en cuanto te deje en casa me llamas y me lo cuentas —le advertí.

—Eso si la deja en casa, que igual se van a la suya —rio Sofía.

—Pues el lunes, pero me lo cuentas con lujo de detalles, ¿eh?

—Vale —sonrió—. Y tú con el bombero, ¿qué?

—Yo con el bombero, nada.

, Hablando del rey de Roma, ahí llegó sonriendo y dio un sorbo a su copa.

—¿Bailas, florecilla?

,

—Uy, mira, está ligando como hacían antiguamente nuestros padres —dijo Sofía, y me faltó poco para escupir el trago de mi bebida que acababa de dar.

—Sofía, por Dios.

—Venga, vete a bailar, a ver cómo os movéis —me apuré Lorena, dándome un empujón que hizo que acabara chocando con el cuerpo de Iker.

Hijas de fruta las dos, la madre que las parió.

Iker me cogió de la mano y noté una corriente, pero él pareció no darse cuenta.

En el momento en el que llegamos a la zona de baile, Iker me pegó a él al escuchar el acordeón con esa melodía

de tango que daba inicio a una canción de Romeo Santos.

No tardó en moverme de un lado a otro como si fuera un gran experto en ese baile argentino sensual, con el que se atrevió a llevar una mano a mi espalda y hacer que me reclinara hacia atrás para girarme y volver a pegarme a él.

“Qué bien te ves, te adelanto no me importa quién sea él...”

Pasamos del tango a la bachata, y debía reconocer que Iker, ese chico que recordaba y que reapareció en mi vida convertido en todo un hombre, se movía como si llevara ese ritmo latino en las venas.

“Y si te robo un besito...”

Sentí que me estremecía al ver cómo me miraba Iker. Esos ojos de color miel me observaban con un brillo diferente al habitual.

Me hacía girar, entrelazaba una pierna entre las mías y nos mecía a ambos de un lado a otro, y cuando la melodía cambió de nuevo a ese ritmo sensual del tango, cogió una de mis piernas por la rodilla hasta llevarla sobre su cadera, me alzó en el aire y giró para volver a dejarme en el suelo y bailar al son de la bachata que acompañaba la voz casi rasgada de Romeo Santos.

“You and I. Me and You, bailamos bachata...”

Durante un momento regresé a unas noches atrás, apenas una semana, cuando estaba con Víctor y Elena bailando una bachata y apareció Alex para llevarme con él, seduciéndome con su mirada, con su baile, con ese coqueteo que otras veces había dejado ver.

Entonces noté la caricia de Iker en mi mejilla antes de que me colocara un mechón que se había soltado de la coleta en uno de esos giros.

—¿Dónde te has ido, florecilla? —preguntó en un susurro mirándome con ternura.

—Perdona, es que... No es nada —sonreí—. ¿Tú dónde has aprendido a bailar así? —pregunté mientras regresábamos a la barra con mis hermanas.

—Me enseñó mi ex.

—Ah.

No dije más, tampoco sabía qué decir la verdad, cogí mi copa y di un sorbo al igual que él, que se disculpó para ir al cuarto de baño.

—Tú dirás lo que quieras, Jimena, pero yo ahí sigo viendo cositas —dijo Sofía.

—Tú no ves nada, porque no hay nada que ver —contesté—. Te lo he dicho, es un amigo y nada más.

—Algo hay, hermanita, que yo he visto unas chispas ahí entre vosotros, una tensión...

—¿En serio, Lorena? —Arqueé la ceja.

—Te lo dije, teníamos que haberlos grabado para que lo viera —comentó Sofía.

—Reconozco una cosa, está más guapo si cabe de lo que recordaba, ya cuando tenía dieciocho, diecinueve años, era un niño que llamaba la atención de muchas chicas, pero ya está, no hay más.

—Guapo, atento, cariñoso, lo llamas y va en tu busca, te mira y se mueve como si quisiera hacerte el amor, que no follarte, porque follar cualquiera puede y sabe hacerlo, este quiere hacerte el amor, con todas las letras y en mayúsculas, te lo digo yo —sentenció Lorena, encogiéndose de hombros.

—Vamos a ver —me pasé la mano por la cara—. Yo estoy flipando. ¿De verdad estáis diciendo esto?

—Sí —contestaron las dos.

—Madre mía, alucino.

—Mira, un unicornio, seguro que sale de la mente de Jimena —comentó Lorena.

—¿Esto es solo Coca Cola? —le quité el vaso para dar un sorbo— ¿Te han sentado mal las pastillas o algo?

—No, estoy perfectamente. Pero al igual que vosotras, tengo ojos en la cara. Y así como tú viste algo entre Nico y yo, y entre Sofía y Daniela, deja que te diga que yo veo algo entre vosotros. Llámalo como quieras, pero te digo que algo hay. Desprendéis una química que te juro que, si ponen un mechero al lado vuestro, salís ardiendo.

—Bueno, él es bombero, puede usar su manguera para apagar ese incendio —soltó Sofía, y Lorena se echó a reír mientras yo la miraba con los ojos y la boca abierta, con la mandíbula casi desencajada.

—Dime que tú no acabas de hacer ese doble sentido con las palabras, Sofía, por Dios —resoplé.

—Sí, lo ha hecho —seguía riendo Lorena—. Y ha dado en el clavo, porque me da que el bombero ha tenido que ir al baño a acomodar su manguera después del bailecito que os habéis marcado.

—Ay, mi madre —me pasé la mano por la frente.

—Que viene, disimula —murmuró Sofía.

—Encima me dice que disimule, ¿tendrá morro?

—¿Otra copa, chicas? Ya sabéis, hoy no pagamos —Iker nos hizo un guiño, y no sabía por qué a mí se me fueron los ojos hacia su entrepierna, esa que estaba ahí bien colocadita bajo los pantalones vaqueros.

Había que joderse en lo que me fijaba por culpa de mis dos hermanas, esas brujas que me miraban sonriendo como las niñas traviesas de los gifs que enviaban a veces.

—Venga, otra ronda. ¿A mí me podéis pedir una copa de algo que no sea un refresco? Pero sin alcohol, *porfi* — Lorena hizo un puchero.

—Espera, que Jesús seguro sabe qué prepararte —contestó Iker llamando a su amigo.

Le pidió algo sin alcohol para ella y no tardó en preparar un combinado de varios licores y zumos que, cuando lo probamos Sofía y yo, pedimos uno para nosotras.

Acabamos por hacernos unas fotos con esa bebida, sonriendo y guapísimas las tres, que subimos a las redes de ellas sin dudar un momento en poner dónde estábamos.

Cuando Iker le dijo a Jesús que ellas eran influencers, este abrió los ojos con sorpresa.

—Chicas, estáis invitadas a todas las bebidas cada noche que queráis venir, si me hacéis promoción en redes —le dijo.

—Eso está hecho, y ya hemos empezado —rio Lorena—. Mira qué foto más chula acabamos de subir.

—Combinado delicioso, tenéis que venir a probarlo —leyó el texto que había puesto Sofía—. ¿Tú también eres influencer? —Frunció el ceño mirándome.

—No, yo soy abogada —sonreí.

—Ah, mira, si necesito que me saquen del calabozo, ya sé a quién llamar —sonrió.

—Te mandaría a mi padre —reí.

—¿Es abogado? —asentí— Me vale.

En ese momento empezó a sonar *Despacito*, de Luis Fonsi, y noté las manos de Iker en mi cintura haciéndome girar para pegarme a él y bailar allí conmigo.

Tragué saliva porque ese hombre me iba a provocar un infarto por cómo se movía y me hacía moverme a mí.

Y no me pasaron desapercibidas las miradas de mis hermanas, que seguían sonriendo como las dos brujas que eran, mientras Iker me movía a su antojo.

“Quiero ver bailar tu pelo, quiero ser tu ritmo, que le enseñes a mi boca tus lugares favoritos...”

Dios mío, que me daba a mí que mis hermanas tenían razón con eso de que Iker quería... No, no podía ser, ¿o sí?

Me había mirado en ese momento de la canción con lo que, a todas luces, debía ser deseo, anhelo tal vez.

Terminamos aquel baile que me dejó con el corazón latiendo a mil por hora y cuando regresamos a la barra, Sofía me puso su móvil delante con un vídeo de Iker y mío bailando.

—¿Sabes lo que dicen de las señales, hermanita? —preguntó— Yo de ti, les haría caso. Van dos canciones que te saca a bailar y ya sabes lo que dicen, una mirada vale más que mil palabras, y a veces las palabras hablan lo que los labios no se atreven a decir.

—Tú ahora qué eres, ¿psicóloga? —Arqueé la ceja.

—Solo digo lo que veo.

—Yo también lo veo —sonrió Lorena—. Te he pasado una foto al móvil —me dijo—. Súbela a tus redes, que estáis los dos la mar de guapos.

Saqué el móvil del bolsillo de mis vaqueros, entré en el chat de mensajes que tenía con Lorena y vi la foto. Iker y yo estábamos en ella riendo, compartiendo una mirada de esas que mostraban la complicidad que había entre ambos, y se nos veía disfrutando de la noche.

—¿Me dejas que la suba yo? —preguntó Sofía, y arqueé la ceja— Tranquila, que la voy a poner en tu cuenta, pero quiero incluir un texto.

—A ver qué pones, que me estás dando un miedo —le di mi móvil, entró en la aplicación de mi perfil, y comenzó a teclear.

—¿Sabemos apellido del bombero? Porque le voy a buscar —comentó, y se lo dije.

—Virgen Santísima, creo que acabo de tener un orgasmo —murmuró Lorena al ver algunas de las fotos de Iker.

Aparecía con el uniforme de bombero, o en bermudas haciendo flexiones, incluso había algunas fotos y vídeos

corriendo por la calle o la playa.

Decir que estaba guapo y atractivo, era quedarse corta.

Sofía siguió tecleando, además de darle a seguro la cuenta de Iker desde mi perfil, y cuando acabó, me devolvió el móvil. Vi la foto, leí el texto, y sonreí.

“Cuando el pasado vuelve para hacerte sonreír así, eso es pura vida”

—Sofía, se nota que estás enamorada —rio Lorena.

—Pues sí, y mucho —se encogió de hombros.

—¿Y esto? —miré a Iker, que estaba a mi lado rodeándome con el brazo mientras me mostraba la foto en su móvil— Ni siquiera sabía que me seguías en redes —sonrió.

—Te acaba de empezar a seguir, que le hemos dicho que subiera esa foto. ¿A que estáis guapos? —sonrió Lorena

—Mi florecilla siempre está guapa —contestó mirándome y me dio un beso en la sien antes de ir a hablar con Jesús.

—Jimena, haz como la adorable Dorothy del Mago de Oz, y sigue las señales, que me da a mí que ese hombre ha vuelto a tu vida para hacerla arder —me dijo Sofía.

—Y apagar él mismo el fuego con su manguera —añadió Lorena, y nos echamos a reír las tres.

Miré a Iker, que en ese momento y como si sintiera mi mirada se giró, me dedicó una sonrisa y un guiño y siguió hablando con Jesús.

Aquello no podía ser verdad, él nunca había mostrado interés en mí, así que no, ellas se equivocaban y yo no tenía nada que ver cosas donde no las había.

Después de una noche de risas, bailes, y charlas amenas con Jesús, nos despedimos y regresamos a casa de mis padres, donde entramos sin hacer ruido y nos fuimos cada uno a la respectiva habitación que iba a ocupar.

Eché un vistazo a Iker por encima del hombro antes de meterme en la mía y vi que lo tenía justo detrás.

—Buenas noches, florecilla —susurró en mi oído antes de darme un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Iker —murmuré.

Me apoyé en la puerta cuando la cerré tras de mí, suspiré y sí, me quité esa idea loca de la cabeza porque no tenía sentido, Iker no podía estar interesado en mí.

l

.

l

Me apoyé en la puerta cuando la cerré tras de mí, suspiré y sí, me quité esa idea loca de la cabeza porque no tenía sentido, Iker no podía estar interesado en mí.

Capítulo 19



Después de pasar el domingo en casa de mis padres con Sofía y Lorena, ya que Iker y su padre se fueron después del desayuno porque tenían comida con los compañeros en el parque de bomberos, había tocado volver a la rutina de los lunes.

Me vestí, me maquillé aplicando un bonito color rojo en los labios, ese tono que como decía Elena, hacía que me viera como una diva del cine, y tras recogerme el pelo en una coleta alta, fui a tomarme el café antes de salir para ir a los juzgados.

Después de guardar todo en el maletín, cogí el móvil para entrar en el correo del bufete, y algo me llevó hasta la aplicación del perfil en mis redes, sonreí al ver la foto que nos habíamos hecho las tres hermanas el sábado en el bar de Jesús, ese que se había proclamado amigo nuestro, y tenía un comentario de Elena.

“Vaya tres bellezas, por favor. No se puede estar más guapas que mis chicas favoritas. En esa foto faltó yo, ¿eh? Pero ya me llevaréis a probar ese combinado. Os I love You”

Estaba loca, desde luego que sí, pero yo también la quería, no era solo mi mejor amiga, si no esa persona capaz de hacer que me levantara las veces que me caía.

Daniela también había comentado que estábamos guapísimas, y recordé que ella no pudo venir por el evento que tenía en Sevilla, así que eché un vistazo a su perfil.

La sonrisa de esa niña y la mirada que tenía eran sinceras y sin maldad alguna, se veía que era buena persona.

Seguí viendo las fotos de ese evento y me topé con una en la que Daniela estaba con Alex y su ex, la modelo con una sonrisa de oreja a oreja mientras el abogado la rodeaba por la cintura.

Daniela había etiquetado a la modelo, algo normal pues lo más seguro era que ambas se siguieran en las redes por eso del aumento de seguidores, y fui a ver el perfil.

Había más fotos de ella posando sola, con algunos otros modelos e influencers, y sobre todo con él, con Alex.

La sonrisa triunfal de ella me dejaba claro que era por si yo veía esas fotos que supiera que había recuperado a su hombre.

Pues que se le quedara, porque a mí me había defraudado y mucho. Que sí, que tal vez en un tiempo viera todo esto como un desliz, y si me pedía volver la posibilidad de hacerlo estaba ahí, pero ahora mismo, no.

Volví a mi perfil y vi la foto que Lorena nos había hecho a Iker y a mí el sábado, desde luego que la sonrisa que teníamos ambos no podía ser más auténtica y sincera.

Fui a su perfil y vi un poco mejor las fotos y vídeos que tenía, había muchas en su puesto de trabajo con el uniforme y los comentarios de algunas seguidoras eran de esos que sacarían los colores incluso al más pícaro.

Y entonces apareció una nueva publicación suya. Era un vídeo y sin duda esas eran sus piernas mientras corría por la playa, y poco a poco iba subiendo la imagen hasta enfocar el cielo azul, tenía música y además había puesto un texto.

“Y justo en este instante, sonaba esta canción”

No pude evitar subir el volumen del móvil para escucharlo bien, aunque conocía la canción. Era una bonita balada de Pablo Alborán, a dúo con Jesse & Joe, de esas que te hacían erizar la piel y que sintieras un pellizquito en el corazón.

“Déjame que vuelva a acariciar tu pelo, déjame que funda tu pecho en mi pecho. Volveré a pintar de colores el cielo, haré que olvides de una vez el mundo entero...”

· Esa era una letra que a cualquiera le recordaría ese amor perdido, esa relación que se había roto y que, posiblemente, jamás volvería a recuperar.

Sonreí pensando en que Iker seguramente estaba pensando en su ex, esa chica que conoció en Sevilla y con la que salió durante tanto tiempo.

Me terminé el café, cogí mis cosas y salí para ir a los juzgados donde me esperaba una mañana de esas de una salida a otra, pues tenía tres vistas que celebrar.

Acababa de subirme al coche cuando me entró una llamada de Sofía al móvil.

—Buenos días, hermanita —saludé.

—Buenos días —contestaron las dos al unísono.

—Ah, que estáis las dos —reí—. Eso quiere decir que esta llamada es importante.

—Hemos visto el vídeo de Iker —dijo Lorena.

—Jimena, eso es otra señal, que lo sepas —añadió la otra hermana, que me iba a volver loca.

—Vamos a ver —suspiré mientras me incorporaba a la carretera—. Tuvo una novia con la que rompió, seguramente se estaría acordando de ella.

—Ajá, claro, y por eso le ha dado like a todas, to-das, tus fotos, ¿verdad?

—Sofía, si acaba de empezar a seguirme, y me conoce desde que nací, os lo recuerdo por si se os había olvidado, es normal que dé like.

r

—Nada, que esta niña ve menos que un gato de escayola —resopló Lorena.

—¿A quién llamas niña, mocosa? —reí.

—Desde luego, hermana, tú es que no quieres abrir los ojos. Eso, o quieres volver con el abogado.

i

—Eso no, Sofía, y lo sabes. Al menos no ahora.

—¿Pero en una semana sí? ¿O en un mes, dos, tres? ¿Dentro de un año?

—No lo sé, joder, ahora mismo está reciente y...

—Que le viste follándose a su ex como si fueran dos animales, Jimena —protestó Sofía.

—Chicas, os quiero mucho, sois mis hermanas, aunque no compartamos sangre, pero, por favor, olvidaos de eso de las señales y de que le puedo gustar a Iker, porque sé que no es así. Siempre fui la niña que creció con él.

,

—Vale, no volveremos a sacar el tema. Que tengas un buen día, hermanita. Y que sepas que nosotras también te queremos muchísimo, y solo queremos lo mejor para ti —contestó Lorena.

a

Me despedí de ellas y conduje el resto del camino pensando en Alex, en el dolor que sentía después de verlo con su ex, Elena había pasado por aquello y recordaba haberla visto llorar durante semanas.

Yo apenas había llorado esos primeros días y me prometí no hacerlo más, porque no se lo merecía. Me había fallado la persona en la que estaba empezando a confiar después de que mi anterior relación fuera un completo desastre. Pero viendo el lado bueno de lo ocurrido con Alex me di cuenta de que era mejor que pasara en ese momento, y no cuando lleváramos meses de relación y estuviera más enamorada de él.

Aparqué y fui hacia los juzgados mirando el móvil, tenía un mensaje de Camila diciéndome que estaban ya esperándome en la puerta de la sala donde se celebraba la vista, así que me apresuré en llegar.

Choqué con alguien antes de llegar a la puerta, me disculpé y tan solo pude ver que era un hombre, pues llevaba prisa y no podía pararme más tiempo.

El resto de la mañana fue igual de frenético, de un lado a otro, con Camila siguiéndome por los juzgados, pero todo salió tal como lo esperábamos, esos juicios ya estaban prácticamente ganados.

Elena me envió un mensaje para quedar esa tarde en zumba y le dije que sí, que había cogido mi bolsa con la ropa para cambiarme.

Salí de los juzgados y subí al coche para ir a ver a mi padre, que me esperaba en las nuevas oficinas con una sonrisa de oreja a oreja, quería que comiéramos juntos.

—No me digas que ya has firmado —dije arqueando la ceja.

—Esta mañana —me dio un abrazo.

—Creí que firmarías mañana, o pasado. Esto lleva tiempo.

—Han agilizado el proceso porque necesito que nos instalemos cuanto antes.

—Entonces, no tardarán en venir a poner el nombre del bufete en la recepción.

—Mañana por la mañana —sonrió.

—No tiene usted remedio, letrado —negué sonriendo.

Fuimos al bar que había en la calle de al lado para comer, y como siempre acabamos hablando del trabajo. Me gustaba tener eso en común con mi padre, el dedicarnos a lo mismo y que me pidiera opinión sobre alguno de sus casos, así como yo se la pedía a él.

Y entonces la conversación cambió al terreno personal, concretamente a lo que concernía a mi terreno personal.

—He tomado café con David, el padre de Alex —comentó.

—Ajá.

—Daniela le contó lo que había pasado entre vosotros, se ha disculpado.

—Él no me ha hecho nada, fue su hijo.

—Aun así, lo siente mucho. No se explica lo que ha pasado.

—Nadie lo hace, pero está claro que Alex seguía sintiendo algo por ella y está bien, prefiero que haya sido ahora que no más adelante.

Mi padre asintió, me dio un apretón en la mano y seguimos comiendo y hablando de nuestras nuevas oficinas.

¶ Cuando acabamos me pidió que fuera a una tienda de decoración para encargarme cuadros y jarrones para el nuevo bufete, así que cogí el coche y fui al centro comercial donde pasé casi toda la tarde encargando cosas y tomando un batido en la cafetería.

Hasta que llegó la hora de ir a mi clase de zumba con la loca de Elena y la despiadada profesora Nadia.

Al llegar la vi en el vestuario, sonrió mientras se ponía los leggins y me dio un abrazo después.

—Hola —sonreí.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido el día?

—Genial. Vengo ahora del centro comercial de encargarme cositas para decorar el nuevo bufete.

—¿Ya tenemos despacho nuevo?

—Ajá. Mañana pondrán el nombre en la recepción, y conociendo a mi padre, querrá que nos instalemos antes de que acabe la semana.

—Qué ganitas tengo. Trabajar desde casa está bien, pero necesito ver a más gente —volteó los ojos.

Terminé de vestirme y fuimos hasta la clase, donde todas las compañeras, así como Nadia, se alegraron de verme de vuelta.

—Vamos, empieza la clase, chicas —dijo Nadia con una palmada.

—Dirás que empieza la tortura —resopló Elena.

—No te quejes tanto, anda —rio la profesora.

Y empezamos a movernos todas siguiendo sus pasos, girando, saltando, dando palmadas y más giros.

Desde luego que aquello nos hacía soltar estrés, pero nos dejaba con el cuerpo hecho polvo.

Tras la clase me despedí de Elena en la calle y quedamos en vernos el miércoles para desayunar, pues ella tenía varios juicios el martes y yo me iba a quedar en casa trabajando.

Subí al coche y puse rumbo a casa, iba a darme una ducha de esas relajantes y a prepararme un sándwich vegetal para cenar mientras veía un nuevo capítulo de la serie, que ya estaba cerca del final.

En cuanto entré en casa me llegó un mensaje al móvil, lo saqué del bolso y vi que era Iker.

Iker: Buenas noches, florecilla. ¿Qué tal ha ido el día? Tengo algo que proponerte. Mañana es el cumpleaños de Raúl, vamos a hacer una cena aquí en el parque y le caíste tan bien que quiere invitarte a que vengas. Así que, ¿me acompañas?

Jimena: Buenas noches, Iker. El miércoles tengo que madrugar, así que no podré quedarme mucho tiempo, pero sí, me encantaría ir a su cumpleaños. ¿A qué hora tengo que estar allí?

Iker: Esto empezará por la tarde seguramente, hay muchos compañeros de descanso, yo entre ellos, así que vendremos para ir preparando cosas. A partir de las seis estaré por aquí, pásate cuando quieras.

Jimena: Ok, nos vemos mañana. Que descanses.

Después de ducharme pensé en mis hermanas y en que me habían llamado para hablar de mí, pero no para contarme nada sobre Lorena, y eso era raro, así que mientras me preparaba el sándwich, llamé a Sofía.

—Hola, hermana —saludó con su tono sonriente.

—¿Por qué no me habéis contado nada sobre la cena de anoche de Lorena y Nico? —pregunté.

—Lorena, es para ti —rió y puso el manos libres.

—¿Qué pasa?

—Eso quiero saber, ¿qué pasó con Nico anoche? —interrogué.

—Pues... Ya es oficial.

—¡Lo sabía! Me alegro mucho, cariño —sonreí.

—Anoche mismo él quería subir una foto a las redes, pero le dijo que no —comentó Sofía—. ¿Te lo puedes creer?

—Prefiero esperar, ya te lo he dicho. No quiero que piensen que soy la que se ha interpuesto en su relación.

—¿Y cuándo será oficial en redes? —curioseé.

—Cuando menos se lo espere, así se lo dijo Nico —rio Sofía—. Me gusta ese chico. Con esa respuesta, ha conseguido que Lorena esté todo el día mirando su perfil, muerta de miedo.

—Está loco, quiere provocarme un infarto —dijo nuestra hermana pequeña, y entonces entré en el perfil de Nico mientras ellas seguían hablando.

Sonreí al ver que acababa de subir un vídeo de varias fotos de ambos en un collage con una canción de fondo y un texto que me sacó una sonrisa.

“Gracias mi niña, por demostrarme que el amor de verdad merece la pena ser esperado”

—Chicas —las llamé—. Creo que deberías entrar en el perfil de Lorena.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó mi hermana pequeña.

—Porque me da que ya lo ha hecho oficial —respondió Sofía riendo.

—No, Jimena dime que no es así —la escuché.

—Pues...

—¡¡Ay, Dios mío!! —gritó Lorena y sonreí.

—Qué mono, por favor —comentó Sofía.

—Qué vergüenza —murmuré.

—De vergüenza nada, Lorena, que eso es abrir el corazón ante los demás y dejar claro que te quiere desde el principio —le aseguré.

—Como cierto bombero, pero hemos prometido no hablar de eso —dijo Sofía.

—Exacto, no se habla de eso. Bueno, y ahora que sé que mi hermana pequeña ya tiene novio de forma oficial, voy a cenar y a ver mi serie antes de acostarme.

? —Mira cómo huye, la cobarde —protestó Lorena.

—No huyo, pero tengo hambre. Os quiero.

—Y nosotras a ti, hermanita —contestaron al unísono.

Colgué con la sonrisa en los labios sabiendo que Lorena tenía, por fin su, “felices para siempre”. Me alegraba por ella y por Nico, las veces que había estado con ellos comprobé que ese chico la quería de verdad, no era solo alguien para pasar el rato.

Y de nuevo mi mente volvió a Alex, ese hombre que me había hecho creer que era todo un caballero, que sentía algo por mí y que podía confiar en que no me rompería el corazón.

l

—No huyo, pero tengo hambre. Os quiero.

—Y nosotras a ti, hermanita —contestaron al unísono.

Colgué con la sonrisa en los labios sabiendo que Lorena tenía, por fin su, “felices para siempre”. Me alegraba por ella y por Nico, las veces que había estado con ellos comprobé que ese chico la quería de verdad, no era solo alguien para pasar el rato.

Y de nuevo mi mente volvió a Alex, ese hombre que me había hecho creer que era todo un caballero, que sentía algo por mí y que podía confiar en que no me rompería el corazón.

Capítulo 20



Eran las seis y media de ese martes en el que había quedado con Iker en pasar por el parque de bomberos para el cumpleaños de Raúl, y acababa de aparcar frente a la puerta.

Entré y sonreí al escuchar una música a lo lejos, miré a un lado y otro y no tardé en ver a un chico, con el uniforme, hablando por teléfono.

—Hola, ¿puedo ayudarla en algo? —preguntó tras colgar.

—Hola. Soy Jimena, Iker me invitó para el cumpleaños de Raúl.

—Jimena, bienvenida —sonrió—. Soy Guille, otro de los compañeros. Sígueme, están preparando la zona del patio trasero.

Asentí, y caminé con él hacia el final del pasillo hasta que llegamos a una puerta que daba a un gran patio, donde la música podía escucharse bastante alta.

Allí vi a varios hombres con uniforme y sin él, así como a algunas chicas, todos estaban organizando algo, entre risas y bromas.

—Ahí tienes a Iker —me dijo señalando al moreno sin camiseta que me hizo tragar con fuerza.

Estaba junto a la barbacoa, concentrado en remover las brasas. Le di las gracias a Guille y caminé hacia él, notando algo que no era capaz de descifrar.

Noté algunas miradas curiosas, incluso podía escuchar que preguntaban quién era yo, hasta que me acerqué a Iker

—¿Necesitas ayuda? —pregunté y me miró.

—Hola, florecilla —sonrió de medio lado y me dio un abrazo.

Qué bien olía, y me seguía sorprendiendo que fuera capaz de recordar ese perfume de cuando éramos unos críos.

—Ey, Iker, ¿quién es? —preguntó una de las chicas.

—Ella es Jimena, una amiga de la infancia —contestó.

—Ostia, la famosa Jimena —escuché que murmuraba un chico, fruncí el ceño al mirarlo y una chica que tenía al lado le dio un codazo.

—Hola —saludé con un gesto de la mano sin dar más importancia a ese comentario.

Iker me presentó a todos, y eran tantos que no sabía si podría recordar los nombres, aunque lo intentaría.

Me quedé con él para ayudarlo con las hamburguesas, las salchichas para los perritos y el resto de carne que iba a hacer en la barbacoa, y no tardó en venir una de las chicas con un refresco para mí.

—Gracias, Elisa, ¿verdad?

—Sí —sonrió—. Hay más en aquellas neveras grandes, por si a Iker no se le ocurre ofrecerte otra.

Se marchó de nuevo hacia donde estaba antes colocando la pancarta y justo cuando terminaron, apareció el del cumpleaños.

—¡Ey, ey, ey! Ya llegó el rey —gritó Raúl con las manos levantadas.

—El rey, dice —resopló uno de los chicos.

—Pero mira quién ha venido a felicitarme —dijo con una sonrisa al verme—. La mismísima Jimena en persona.

—Ni que fuera tan importante —reí negando.

—Bueno, aquí eres conocida —me dio un abrazo.

—¿Por qué dices...?

—¿Has traído los hielos? —le preguntó Iker sin dejarme acabar.

—Sí señor, varias bolsas. Joder, soy el del cumpleaños y me mandan a hacer recados —resopló—. En serio, me alegro de que aceptaras venir —me dijo pasándome el brazo por los hombros.

—Lo que no tengo es regalo, no sabía qué comprarte.

—Si bailas conmigo, me doy por regalado.

—Vale —sonreí.

—Voy a saludar al resto —me hizo un guiño y se alejó.

—Es un caso, no tiene remedio —dijo Iker con un suspiro.

—Me recuerda a Elena.

—Ahora que lo dices, sí.

La música seguía sonando, todos allí hablaban y reían e incluso algunos estaban bailando al ritmo de las bachatas y otras canciones que iban sonando sin parar.

Cuando teníamos varios platos de carne listos, los fui llevando a la gran mesa que habían puesto en el centro y todos fueron sirviéndose. Cogí un par de panecillos de hamburguesas y preparé una para mí y otra para Iker, que seguía encargado de la barbacoa.

—Toma —sonreí dándole el plato.

—Gracias.

—¿Por qué no te pones una camiseta? Te puedes quemar.

—Florequilla, estoy rodeado de bomberos.

—¿Y? Si te quemas, te quedará marca.

—Tranquila, que no va a pasar —hizo un guiño y siguió dando la vuelta a la carne antes de dar un bocado a su hamburguesa—. Mmm, deliciosa —dijo tras degustarlo.

—¿Quieres algo de beber? —ofrecí.

—Una Coca Cola, después tengo que conducir.

Asentí y fui hacia las neveras para coger un par de bebidas, al pasar por delante de Raúl, sonrió.

—Por si no lo sabes, ese hombre te adora —me dijo señalando a Iker con la cabeza. Lo miré y vi que estaba hablando con una chica que le había llevado otro plato vacío para que sirviera las alitas de pollo que acababa de hacer—. ¿Por qué crees que aquí todos sabemos quién eres? —Fruncí el ceño— Humberto estuvo aquí durante

años, trabajó codo con codo con muchos de nuestros padres y ya conocíamos a Iker.

—No sé qué quieres decirme, Raúl.

—Que me debes un baile, lo has prometido —hizo un guiño y fue a hablar con uno de sus compañeros.

Regresé con Iker y le di su refresco, lo cogió y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Gracias, florecilla. Si no fuera por ti, esta gente me dejaría morir de hambre y de sed.

—Qué exagerado eres —reí.

Me quedé con él y preguntó si los del seguro habían llamado a mi padre, le dije que sí, pues estuvimos hablando de eso el día anterior mientras comíamos, y asintió aliviado. Hablamos del nuevo bufete y que en nada mi padre ya lo tendría todo en marcha, y se alegró.

—Y de lo otro, ¿tienen novedades?

—No me ha dicho nada, pero deben estar cerca, o eso quiero pensar —suspiré.

—¡Ey, Jimena! —gritó Raúl y no tardó en venir a buscarme cuando empezamos a escuchar la melodía de una canción— Esta, la bailas conmigo, preciosa.

Me cogió de la mano y me llevó hasta el centro del patio, donde había otras parejas bailando.

“Es que tu cuerpo, es pura adrenalina que por dentro me atrapa...”

Me pegó a él mientras la voz de Ricky Martin, en ese tema junto a Jenifer López, nos acompañaba.

Otro que me dejó de piedra al ver lo bien que se movía bailando. No dejaba de llevarme de un lado a otro, hacerme girar, cogerme en brazos y hacer que me partiera de risa.

—A Iker lo enseñó a bailar su ex, pero, ¿a ti quién te enseñó? —curioseé.

—Nadie, soy autodidacta. Aunque ser el hermano pequeño del dueño de un bar donde mucha gente va a bailar, tiene sus ventajas.

—Ya veo —sonreí.

Seguimos bailando hasta que acabó la canción y regresé con Iker.

—¿Siempre es así? —pregunté cogiendo mi refresco para dar un sorbo.

—Y peor cuando se trata de alguna chica bonita.

—¿Una chica bonita? —Arquee la ceja.

—Ajá —le dio la vuelta a las hamburguesas que tenía en la barbacoa en ese momento.

—O sea, que soy bonita según tú —sonreí.

—Mucho, y no solo por fuera, florecilla —hizo un guiño.

—A ver, señor Ironman —resoplé.

—¿Ironman? —soltó una carcajada.

—Vas a pecho descubierto enfrente de las llamas de la barbacoa, como si te creyeras Ironman.

—Vale, pásame la camiseta que está en esa silla —suspiró.

Cogí la camiseta negra con el mismo logotipo que tenían las de algunos de los chicos, esa que indicaba que eran bomberos, y se la puso.

—¿Acabas de hacer que se ponga la camiseta? —preguntó una de las chicas y la miré.

—Por si se quema —me encogí de hombros.

—Tío, estás a sus pies —rio Nando, si no recordaba mal su nombre, y Elisa le dio un codazo—. Joder, de qué es tu codo, ¿de hierro?

—Cállate ya, idiota —le riñó.

—Vale, vale —se giró y cogió una hamburguesa.

—¿Qué pasa, Iker? Llevo toda la tarde escuchando cosas así —curioseé.

—No les hagas caso, no es nada —sonrió.

Le di un sorbo a mi bebida mientras pensaba que tal vez Sofía tenía razón y que todo lo que tenía en ese momento eran señales de que Iker pudiera estar interesado en mí, pero era una locura, me conocía desde que era una niña y nunca había sospechado nada al respecto.

Las horas fueron pasando, muchos de los que estaban de guardia tuvieron que salir a algunos avisos y cuando regresaban se unían a nosotros para comer y beber. No había alcohol, y eso cuanto menos llamaba la atención, ya que la mayoría de los que estaban allí disfrutaban de su día libre.

Después de que le cantásemos el cumpleaños feliz a Raúl y que soplara las velas, repartieron la tarta de trufa y nata y al terminar de comerla, Iker me sacó a bailar.

No dejaba de hacerme reír con sus locuras y bromas, me hacía sentir bien, conseguía que estando con él me olvidara de lo me rodeaba. De lo que había pasado con Alex, de que alguien había intentado asesinar a mi padre y a mí misma, incluso a mi hermana, Iker era capaz de que el dolor y el miedo se vieran relegados a un segundo plano cuando lo tenía cerca.

Suspiré abrazada a él mientras seguíamos bailando, cerré los ojos y dejé que su aroma me envolviera.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó cogiendo con dos dedos mi barbilla para que le mirara.

—Sí —sonreí.

—Me ha asustado ese suspiro —dijo con una sonrisa de medio lado.

—A veces lo hago, cuando pienso en algo.

—¿Y en qué piensa mi florecilla? —Seguía llevándome en ese baile sensual.

—En por qué me llamas florecilla, por ejemplo.

—Ah —se encogió de hombros.

—Tengo derecho a saberlo, me lo llamas desde que era una niña.

—Vale, tú ganas —suspiró—. En una de tus fiestas de cumpleaños, llevabas un vestido blanco con pequeñas florecitas rosas, y recuerdo que tenías el pelo recogido en una trenza. Elena y tú, estabais en el jardín de tu casa, con las flores que le gustaban a tu madre, esas rosas pequeñitas. Ella cogió unas cuantas, y te las fue poniendo en el pelo, entre la trenza. Sonreí al verte, parecías una florecilla.

—Pero ahí tenía seis o siete años, y empezaste a llamarme así algo más tarde —fruncí el ceño.

—Sí, pero porque siempre me acordaba de aquel día. Te veías tan bonita y feliz —me acarició la mejilla y noté que me estremecía.

Cuando acabó la canción me aparté de él y fui por algo de beber mientras Iker se quedaba hablando con uno de sus compañeros.

Lo miré con disimulo y vi que él no me perdía de vista, siempre atento a lo que hacía o con quién hablaba.

Las chicas se habían acercado para charlar, me dijeron que Iker les había hablado de mi trabajo como abogada y todas alabaron lo que hacía por esas mujeres y chicas que necesitaban una mano para ayudarlas a salir de esa espiral de dolor a la que solían enfrentarse a diario.

Cuando acabó la canción me aparté de él y fui por algo de beber mientras Iker se quedaba hablando con uno de sus compañeros.

Lo miré con disimulo y vi que él no me perdía de vista, siempre atento a lo que hacía o con quién hablaba.

Las chicas se habían acercado para charlar, me dijeron que Iker les había hablado de mi trabajo como abogada y todas alabaron lo que hacía por esas mujeres y chicas que necesitaban una mano para ayudarlas a salir de esa espiral de dolor a la que solían enfrentarse a diario.

Capítulo 21



Eran cerca de las diez cuando decidí marcharme, al día siguiente me tocaba trabajar y tenía que pasar el día en el juzgado haciendo papeleo.

—Iker —lo llamé y me miró, estaba hablando con uno de los chicos que tenían guardia—. Me voy ya.

—¿Ya? —Frunció el ceño y miró el reloj— Claro, que mañana trabajas.

—Sí —sonreí.

—Te acompaño al coche —dijo posando la mano en mi espalda.

—No hace falta, quédate con tus compañeros —me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Gracias por invitarme, lo he pasado muy bien.

—A ti por venir. Vamos, te acompaño.

—Que no —reí—. Nos vemos otro día, ¿sí?

—Obvio que sí, florecilla —hizo un guiño.

Me despedí de Raúl, que me dio un fuerte abrazo antes de dejarme marchar, y tras un adiós generalizado para todos, fui hacia la puerta, y antes de abrirla, escuché a Raúl hablar.

—¿En serio vas a dejar que se vaya sin más? Tío, no te entiendo.

No me giré a mirar, pero admitía que sentía curiosidad por lo que acababa de oír, ¿qué sabían ellos que yo no? O que no quería admitir en mi mente, porque al final tendría que darles la razón a mis hermanas.

Salí a la calle, cogí las llaves del coche de mi bolso y lo abrí. Estaba a punto de coger el manillar de la puerta para subir, cuando escuché dos cosas en ese momento.

La primera, un coche acercándose a gran velocidad, y la segunda, la puerta del parque de bomberos abriéndose, por donde vi salir a Iker.

—Jimena —me llamó, y lo vi caminar hacia mí.

Sentí que en ese momento mi corazón comenzaba a latir de un modo diferente, al igual que el color miel de sus ojos brillaban como no creí haberlos visto brillar antes.

El coche se acercó aún más rápido, y cuando estaba a solo unos metros de nosotros, escuché un estruendo, como un disparo. Lo siguiente que sentí fue a Iker rodeándome con sus brazos y tirándome al suelo.

Entonces los disparos se sucedieron unos tras otros, impactando por todas partes, mientras Iker me hacía arrastrarme por el suelo con él hasta quedar ocultos delante de mi coche, que nos mantenía un poco más seguros.

Un frenazo y un golpe me sobresaltaron antes de que todo quedara en silencio. Iker se asomó y yo sentí que me había quedado paralizada.

—¡Policía, bajen del coche! —gritó alguien, y miré a Iker con los ojos muy abiertos.

¿La policía? ¿Qué estaba haciendo ahí la policía? Mi mente no dejaba de dar vueltas.

—Florequilla, ¿estás bien? —me preguntó con ambas manos en mis mejillas, y noté que me revisaba todo el cuerpo.

—Sí, creo que sí. ¿Y tú?

—Sí —sonrió y me dio un beso en la frente—. Vamos.

Me ayudó a levantarme y vimos que muchos de sus compañeros salían en ese momento del edificio, sin duda alertados por los disparos y el frenazo.

Frente a nosotros, más de veinte personas apuntaban con armas al coche que había chocado con un árbol.

El conductor salió de él, y también lo hizo el que iba en el asiento del copiloto.

—Tiren las armas al suelo —le indicó uno de los policías—, y levanten las manos.

Ambos obedecieron, y entonces reconocí al que iba de copiloto, era el hombre con el que había chocado la mañana anterior en los juzgados.

—¿Jimena? —me llamó alguien.

—¿Sí? —Miré hacia el hombre que se acercaba a mí, guardando su arma en la cintura del pantalón.

—Soy el agente Torres. ¿Está bien?

—Sí, aunque no sé qué acaba de...

—Florequilla, querían asesinarte, otra vez.

Miré a Iker, después al policía y este asintió. Me llevé las manos a la cara y noté que me mareaba un poquito, por suerte Iker me sostuvo, o habría acabado cayéndome al suelo.

—El comisario Narváez nos pidió que la vigiláramos desde que tuvo el accidente con el coche —me informó el policía—. Llevan siguiéndola unos días y sabíamos que acabarían intentando algo.

—Yo... —no podía ni hablar, estaba en shock.

—Jefe —miramos al hombre que se acercaba a hablar con el agente Torres—. No va a hacer falta ni interrogarlos, el que conducía nos ha dado el nombre de su jefe.

—Llama al comisario, ponlo al corriente, y pide que mande agentes a donde sea que te diga ese tipo que está su jefe —le pidió, y él asintió.

Desde ese momento todo fueron preguntas que me hacía el policía y que yo no sabía ni cómo responder.

Iker no se separaba de mí, y agradecí que estuviera allí para mantenerme en pie porque me costaba que me sostuvieran las piernas.

El policía que había llamado al comisario regresó para decirle que ya iban varias dotaciones de policía de camino al lugar que les había dicho el conductor, y el agente Torres nos pidió a Iker y a mí, que fuéramos a comisaría escoltados por un par de agente, dado que él iba a dar cobertura a sus compañeros.

—Yo no puedo conducir —dije mirando a Iker, y me cogió ambas manos al ver cómo me temblaban.

—Tranquila, yo lo hago —me dio un beso en la frente y asentí.

Abrió la puerta del copiloto, me acomodé en el asiento con el cuerpo temblando, y él subió poniendo el coche en marcha para salir de allí escoltados por una patrulla.

Mi móvil empezó a sonar y se conectó al manos libres del coche, Iker respondió al ver que era mi padre.

—Aitor, soy Iker.

—Iker, ¿dónde está Jimena? ¿Está bien?

—Está en shock, la tengo aquí conmigo. Vamos a comisaría —contestó, mientras yo seguía con la mirada perdida hacia el frente.

—Gracias a Dios. Yo también voy para allá, Jorge me ha llamado, ya saben quién es el que ha organizado todo esto. Tenía que haberme imaginado que era él.

—¿Cómo es que estás con Jimena?

—La invité al cumpleaños de un compañero. Si hubiera sabido que esa gente la estaba siguiendo, no la habría hecho salir de casa, Aitor.

—Hijo, no te culpes por querer que mi pequeña se distraiga de todo lo que ha vivido últimamente —escuché que le dijo mi padre.

Quedó en que nos vería en comisaría y colgó, mientras yo seguía perdida en mis pensamientos mirando hacia la carretera sin ver nada en concreto.

—Jimena —la voz de Iker me llegó con claridad, pero no reaccioné, no hasta que noté que me cogía de la mano y daba un leve apretón—. Jimena, dime algo.

—Si no hubieras salido...

—Ni lo pienses, florecilla —me pidió apretando aún más mi mano.

—Han intentado matarme dos veces solo porque tienen algo contra mi padre.

—Pero no lo han conseguido, la policía te estaba protegiendo. Y ya ha terminado todo, ¿me oyes? Van a detener a ese tipo.

—¿Por qué saliste?

—¿Qué?

—Cuando me marchaba, escuché lo que te dijo Raúl. ¿Por qué saliste?

—Bueno, debí haber insistido en acompañarte, eso es todo.

No contesté, pero por su tono de voz y que de repente parecía haberse puesto un poco nervioso, intuí que algo me

ocultaba.

Llegamos a la comisaría poco después, aún con el silencio entre nosotros, y cuando bajamos del coche Iker no dudó en entrelazar nuestras manos y llevarme así al interior.

Mi padre se acercó en cuanto nos vio aparecer y me estrechó entre sus brazos, momento en el que sentí que me desmoronaba y empecé a llorar.

—Ya está mi niña, ya está —me dijo en susurros mientras me acariciaba la espalda.

—Aitor —la voz de Jorge, el comisario Narváez, hizo que se apartara un poco de mí—. Ya lo tienen.

—Gracias a Dios —suspiró mi padre.

—Vamos, venid conmigo —nos pidió.

—Cariño, vamos —me dijo secándome las lágrimas.

Seguimos a Jorge por el pasillo hasta una puerta que resultó ser su despacho y nos sentamos los cuatro, puesto que Iker no se apartaba de mi lado, y lo escuché decir que habían encontrado a ese hombre justo donde había dicho el que conducía el coche desde el que me habían disparado.

—Le han preguntado por qué ha hecho todo esto, y ha dicho que quería venganza —comentó Jorge.

—¿Venganza por qué? —pregunté— Mi padre solo lo llevó ante un juez y acabó entre rejas.

—También tenía planeado ir a por el juez, el agente Torres me ha dicho que han encontrado fotos de seguimiento.

—¿Esto es por lo que ocurrió en la redada? —interrogó mi padre, y él asintió.

—¿Qué pasó?

—Fue hace once años —comenzó a contar Jorge—. Yo en aquel entonces aún era un policía más, al igual que a los dos agentes que dispararon recientemente. Hicimos una redada en un intercambio de drogas y dinero, hubo un tiroteo, algunos de los hombres de la organización resultaron heridos, otros muertos, y entre estos últimos, dos primos y el hermano del jefe. Ha pasado los últimos diez años en la cárcel, y se ve que en este tiempo estuvo planeando vengarse de nosotros.

—Y al no poder hacer nada contra ti, fue a por Lorena, y una vez que descubrió que no habías muerto en ese incendio, vino a por mí —dije mirando a mi padre.

—Sí. Sé ve que es de una vida por otra, lo tenía claro si acababa conmigo.

—Van a volver a juzgarlo, y a todos los hombres que han estado involucrados en esto. Y esta vez no habrá manera de que se libre de cumplir una pena mayor, han sido seis intentos de asesinato, siete si contamos que contra ti ha atentado dos veces —Jorge me miró con lástima—. Y la planificación del asesinato de un juez. No se van a ir de rositas, no.

—Pondré a mis mejores abogados a vuestra disposición —le dijo mi padre—, tanto para llevar tu caso como el de los dos policías.

—Gracias Aitor.

—Entonces, ¿de verdad ha terminado todo? —quise saber, porque desde el momento en el que leí la carta que dejaron para mi padre en el bufete, había vivido momentos de tensión y miedo que para mí se quedaban.

—Sí, todo ha terminado —Jorge me sonrió.

—Pues con vuestro permiso, me voy a ir a casa, necesito una ducha, dormir una semana, y buscar vuelos y alojamiento en Roma —dije, poniéndome en pie.

—¿Roma?

—Sí, comisario, Roma. Voy a visitar El Vaticano y a encender algunas velas en alguna de sus iglesias. Fue la promesa que hice si mi padre salía vivo de ese incendio.

—Pues que disfrutes del viaje con tranquilidad porque nadie va a volver a seguirte ni atentar contra ti.

—Es de agradecer, la verdad. Papá —le di un abrazo y un beso en la mejilla—, nos vemos mañana.

—No, mañana no. Mañana te quedas en casa descansando. No te quiero ver hasta el viernes que inauguramos el nuevo bufete.

—Vale, me voy a casa.

Iker se levantó y tras despedirse de ellos, me cogió por la cintura para llevarme de nuevo a la calle.

—Se acabó, florecilla —sonrió.

—Por fin. Voy a llamar a mis hermanas —dije cuando subimos al coche, y desconecté el manos libres para poder hablar con ellas.

Iker condujo hasta mi calle mientras hablaba con Sofía y Lorena de lo ocurrido en el parque de bomberos y de que la pesadilla había llegado a su fin, ambas respiraron aliviadas.

a

A Elena le mandé un mensaje a modo de resumen y me contestó que se alegraba y que pasaría a verme por casa la tarde siguiente.

—Hemos llegado —miré a Iker y después vi que efectivamente estábamos en mi calle, y acababa de aparcar a unos metros de mi edificio.

—¿Cómo vas a ir hasta el parque a recoger tu coche? —Fruncí el ceño.

—Ahora llamaré a un taxi, no te preocupes —me acarició la mejilla y no tardó en abrazarme—. Me alegro de que estés bien, florecilla. Cuando vi ese coche acercarse disparando, te juro que pensé lo peor.

—Gracias por haber actuado tan rápido, Iker, de no haber sido por tus reflejos, yo no estaría...

—No lo digas, por favor. Es la segunda vez que pierdo años de vida por ti —suspiró.

—Oye, no serás el ayudante de mi ángel de la guarda, ¿verdad? —pregunté arqueando la ceja.

—No lo descarto —rio—. Vamos, te acompaño a la puerta antes de ir a buscar un taxi.

Bajamos del coche y tras entregarme las llaves, caminamos en silencio el uno al lado del otro, él, con ambas manos en los bolsillos y yo, abrazándome a mí misma.

Cuando llegamos a la puerta, miré a Iker, que se inclinó para besarme en la frente.

—¿Quieres subir? —pregunté en un hilo de voz, tragando con fuerza un poco nerviosa, y sin saber por qué.

—Mañana tengo que estar temprano en el parque, le cambié el turno a un compañero que va a acompañar a su mujer a la revisión del embarazo.

—Oh, claro —sonreí—. Entonces, buenas noches Iker, y gracias por todo.

—Buenas noches, florecilla. Busca esos vuelos y alojamiento para dos, porque no voy a dejar que te vayas sola a Roma.

—Y yo que pensaba que igual ligaba con algún italiano —suspiré—. Me vas a cortar todo el rollo, pensarán que voy con mi hermano.

—Mejor —se encogió de hombros y no supe cómo interpretar esas palabras.

Me dio un último beso en la mejilla y se fue hacia el final de la calle, solo esperaba que encontrara un taxi pronto.

¡ Cuando entré en casa sentí que al fin podía respirar con el alivio de saber que, ni mi padre, ni ninguna de nosotras cuatro, continuábamos con esa espada de Damocles que había mencionado Iker que tenía sobre su espalda.

Se había acabado, por fin se había acabado aquella maldita pesadilla.

Me dio un último beso en la mejilla y se fue hacia el final de la calle, solo esperaba que encontrara un taxi pronto.

Cuando entré en casa sentí que al fin podía respirar con el alivio de saber que, ni mi padre, ni ninguna de nosotras cuatro, continuábamos con esa espada de Damocles que había mencionado Iker que tenía sobre su espalda.

Se había acabado, por fin se había acabado aquella maldita pesadilla.

Capítulo 22



El miércoles y el jueves sí me quedé en casa, no sabía que necesitaba tanto descansar hasta que me di cuenta cuando me desperté el miércoles y vi que eran las once de la mañana. Sin duda todo lo ocurrido esos últimos días me había pasado factura.

Era viernes y estaba llegando a los juzgados para la vista que tenía esa mañana, Elena me recibió en la entrada con un abrazo y Víctor también.

—Me alegro de que todo ese asunto haya acabado, Jimena —me dijo él.

—Y yo más, no me había imaginado que intentarían dejarme como un colador en la puerta del parque de bomberos —contesté, tomándome aquello un poco a broma.

—¿Qué hacías allí?

—Estaba en el cumpleaños de un compañero de Iker —él asintió al escuchar mi respuesta, y no dijo nada al respecto.

Le dije que esperaba verlo esa noche en la inauguración del nuevo bufete, puesto que mi padre iba a ofrecer un picoteo para los empleados y algunos conocidos, y me aseguró que estaría, ya que iba a acompañar a Elena.

Fui hacia la sala, Camila me saludó con un abrazo de lo más afectuoso al verme, y hablamos del caso mientras esperábamos a que llegara mi clienta con sus padres.

Una vez dentro todo fue como siempre, las pruebas dejaron claro al juez que durante meses aquella mujer había vivido un auténtico calvario a manos de su marido, y este aceptó el divorcio y la cárcel, así como pagar una indemnización que debía estar ingresada en un plazo máximo de una semana.

Me despedí de todos y fui corriendo a secretaría con esa sentencia para que me avisaran en cuanto la recibieran, fue al salir para irme de los juzgados a ver a Minerva a su tienda, cuando me topé con Alex.

—Hola, Jimena —me saludó en un tono calmado.

—Alex —asentí tratando de pasar por su lado, pero no me lo permitió, noté que me cogía del brazo y miré su mano.

—Me ha dicho Víctor que han encontrado al hombre que amenazó a tu padre —dijo.

—Así es.

—Es bueno saberlo. ¿Cómo estás? Me contó que te dispararon...

—Estoy bien, perfectamente como puedes ver. Y ahora, si me permites, tengo prisa.

—¿Podemos hablar de nosotros, por favor? —susurró.

¹—No hay un nosotros, Alex, en realidad ahora entiendo que nunca lo hubo. Ya te dije que no quería explicaciones al respecto, y sigo manteniéndolo. Que tengas un buen día.

Me aparté y fui hacia la salida, justo cuando estaba en la calle me entró una llamada y vi que era Iker.

—Hola —sonreí.

—Hola, florecilla. ¿Cómo estás? No he querido molestarte estos días...

—Qué bobo eres, no me habrías molestado. Estoy bien, muy descansada si te digo la verdad. Tanto como para pasarme toda la noche bailando.

—Vaya, entonces, ¿esta noche sales de fiesta?

—Inauguramos el nuevo bufete. ¿Puedo pedirte que seas mi acompañante? Si no tienes planes, claro.

—No, no tengo. ¿A qué hora y dónde?

—Te mando la dirección en un mensaje, y hora, a las ocho. Habrá algo de comida y bebida.

—Perfecto. Te veo esta noche entonces.

—Ok. Adiós, bombero sexy —reí.

—Dios, no me digas que has visto ese comentario en la última foto que subí ayer entrenando.

—Ajá. Siempre fuiste un bocado apetecible para las chicas.

—¿Y para ti?

—¿Qué?

—¿Para ti lo era, florecilla?

—Iker, era una niña a tu lado —sonreí.

—Pero ahora no eres ninguna niña. Te veo esta noche.

Y colgó, dejándome con la mente yendo a esa frase una y otra vez.

Negué mientras subía al coche y puse rumbo a la tienda de Minerva, donde esperaba encontrar un vestido para esa noche.

Cuando me vio entrar, sonrió extendiendo ambos brazos y acogiéndome entre ellos.

—Mi niña, ¿qué tal estos días de descanso? —preguntó.

—Bien, me siento como un móvil con la batería a tope —reí.

—Es que eres como tu padre, no descansas apenas ni los fines de semana, siempre trabajando —suspiró.

—Bueno, eso está a punto de cambiar porque el lunes me voy a Roma.

—Eso me ha dicho tu padre, que al final te vas, y no lo haces sola, ¿eh? —sonrió de ese modo pícaro que solían lucir las madres.

—Iker me acompaña, sí.

—Ese chico, creo que le gustas, cariño.

—No, ¿tú también?

—¿Quién más te ha dicho esto?

—Tus hijas, que no veas si son pesaditas con el tema.

—He visto la foto que subiste a tus redes.

—La subió Sofía junto con el texto, que sí, es cierto que en estos días tenerlo me ha hecho bien y ha sacado esas sonrisas una y otra vez en mí, pero de ahí a algo más, no os hagáis ilusiones. Y ahora, ¿qué novedades tienes? Quiero un vestido para esta noche.

—Acompáñame, cariño, que tengo algunas piezas realmente preciosas que te van a encantar —sonrió.

Pasamos allí el resto de la mañana entre vestidos, zapatos y complementos hasta que me decanté por uno rojo precioso, con la espalda al aire y dos tirantes anchos que se anudaban en el cuello, con los zapatos y el bolso negros.

Fuimos a comer juntas donde estuvimos días atrás con mi padre, y mientras tomábamos el postre se le ocurrió una gran idea, según sus palabras.

1

Iba a pedirle a sus empleadas que se encargaran de la tienda por la tarde y llamó a la dueña del salón de belleza donde solía ir a arreglarse para ver si podía atendernos. Quedó con ella para media hora después.

Una vez llegamos al salón, dos chicas me llevaron a un sofá en el que me hicieron sentarme, y mientras una me hacía la manicura, la otra se encargó de hacerme la pedicura.

Entre cremas y masajes me dejaron de un relajado, que cuando terminaron de pintarme las uñas y me dijeron que ya podía ir con el peluquero, me costó ponerme en pie.

Le pedí que no cortara, que me gustaba mi melena así, por lo que tan solo me saneó las puntas, aplicó algunos productos para dar brillo, suavidad y volumen a mi cabello, y lo peinó con unas bonitas ondas.

Después pasé por las manos de la maquilladora, que me dejó como una auténtica estrella de cine, con los ojos ahumados, y los labios del mismo tono rojo que el de las uñas.

Cuando estuvimos listas, regresamos a la tienda para vestirnos, pues ella había decidido llevar un bonito y elegante vestido en azul marino.

Fuimos cada una en nuestro coche hasta donde estaba el nuevo bufete y vimos que ya había llegado mi padre y se encargaba de hablar con los del catering que repartirían bebidas y canapés entre los asistentes.

—Pero qué ven mis ojos —dijo al vernos—. Estáis preciosas —nos abrazó.

—Gracias —respondimos al unísono.

—No tardarán en llegar los demás. Y ya está todo listo.

—¿Y las niñas? —preguntó Minerva.

—Aquí estamos —escuchamos a Sofía que venía junto con Lorena—. Hemos ido al baño.

—Qué guapas estáis todas. Voy a ser el hombre más envidiado de la noche —comentó mi padre.

—Bueno, a mí me va a acompañar Nico —dijo Lorena.

—¿Nico? —Mi padre frunció el ceño.

—Es... mi novio.

—¿Vamos a conocer a nuestro nuevo yerno?

—Sí, mamá —sonrió.

—Ya era hora, que solo lo hemos visto por foto —resopló mi padre y Lorena sonrió.

—¿Viene Daniela? —curioseé mirando a Sofía.

—Sí, y su padre también.

—Solo he invitado a David, le he dicho que su hijo no es bienvenido —se apresuró a decir mi padre.

Asentí, y me quedé callada mirando la recepción. Había quedado perfecto con los cuadros, los jarrones y el nombre del bufete en la pared tras el mostrador.

Elena y Víctor llegaron en ese momento, ambos elegantes y sonrientes.

Mi padre estaba al tanto de la relación que mantenían ambos y se alegraba por los dos. Por ella porque la veía feliz, tal como me dijo en ese momento en el que nos quedamos solos, y por él, porque había encontrado una mujer por la que dejar atrás esa vida de hombre soltero y mujeriego que durante tanto tiempo le había perseguido.

—Ojalá lo tuyo con Alex hubiera salido bien, mi niña —me dijo, dándome un beso en la frente.

—No estaría en mi destino que fuera él, o a lo mejor sí, pero más adelante —me encogí de hombros.

—No sé por qué, pero creo que esa historia no volverá a ser lo que era.

—Aitor —la voz de David hizo que ambos nos giráramos, y encontramos al padre de Alex sonriendo—. Enhorabuena por el nuevo bufete.

—Gracias, David —se dieron un apretón de manos.

—Jimena, tan guapa como siempre —me dio un abrazo.

—Me vas a sacar los colores —sonreí.

—Mi hijo es un necio, pero ya se dará cuenta, ya —suspiró.

En ese momento miré hacia la puerta y vi a Iker entrando con su padre.

Me quedé sin palabras al verlo vestido con aquel traje y camisa, sin corbata. Estaba guapo y elegante, y como ya venía siendo costumbre, muchas de las mujeres que lo estaban viendo comenzaban a comérselo con los ojos.

Sonrió de medio lado y caminó hacia mí con una mano en el bolsillo.

En ese momento, juraría que todo lo que nos rodeaba había desaparecido.

—Gracias, David —se dieron un apretón de manos.

—Jimena, tan guapa como siempre —me dio un abrazo.

—Me vas a sacar los colores —sonreí.

—Mi hijo es un necio, pero ya se dará cuenta, ya —suspiró.

En ese momento miré hacia la puerta y vi a Iker entrando con su padre.

Me quedé sin palabras al verlo vestido con aquel traje y camisa, sin corbata. Estaba guapo y elegante, y como ya venía siendo costumbre, muchas de las mujeres que lo estaban viendo comenzaban a comérselo con los ojos.

Sonrió de medio lado y caminó hacia mí con una mano en el bolsillo.

En ese momento, juraría que todo lo que nos rodeaba había desaparecido.

Capítulo 23



Cada paso que daba y se acercaba a mí, notaba que me ponía un poco más nerviosa, y es que sí, al menos debía admitir que no solo estaba guapo, sino que tenía algo que lo hacía especial.

—Vaya, no sabía que te sentaría tan bien un traje —dije sin poder dejar de sonreír.

—Mientras no me obliguen a llevar corbata, no va mal la cosa —me hizo un guiño—. Pero tú, sí que estás espectacular. Eres el centro de todas las miradas en este momento, florecilla.

—Ah, no, eso es por ti. Las abogadas, secretarias y becarias de mi bufete, te están comiendo con los ojos.

—Que miren todo lo que quieran, no me va a tocar ni una de ellas.

—Al final de la noche te lo digo —sonreí—. No creo que puedas resistirte a que alguna quiera probarte.

—¡Iker! —gritó Lorena y vi que se acercaba con Nico, Sofía y Daniela.

—Hola, peque —sonrió dándole un abrazo.

—¿Peque? —preguntamos Sofía y yo, con las cejas elevadas.

—Es tu hermana pequeña, y, por ende, amiga mía, soy una década mayor que ella, de ahí lo de peque.

—Tienes apodos para todas, por lo que veo —rio Elena.

—Ajá, sí.

—Ya conoces a Víctor —le dijo sonriendo, Iker asintió y le estrechó la mano.

—Sí, me alegro de verte de nuevo.

—Lo mismo digo, y en mejores circunstancias —contestó Víctor.

—A ti no tengo el gusto de conocerte —miró a Nico, puesto que a Daniela la había visto el día de mi accidente.

—Soy Nico, el novio de la peque —dijo él con una sonrisa de medio lado.

—Eh, eh, que así solo puede llamarme él —protestó Lorena.

—A ver si me voy a poner celoso después de lo que me ha costado estar contigo, cariño.

—No, no, por eso tranquilo, que a él le gusta... otra chica —contestó Lorena, y no me pasó desapercibida la mirada que me dedicó.

—Chicos, ¿por qué no vais por algo de beber? —les dijo Elena, y no pude evitar mirar a esas cuatro mujeres, pues algo me decía que Sofía y Lorena habían puesto a mi mejor amiga y a Daniela al corriente de lo que pensaban sobre Iker.

—Claro, ¿vamos? —contestó Víctor.

—¿Te traigo un refresco, florecilla? —preguntó Iker, con la mano en mi cintura, mirándome fijamente.

—Sí, por favor —asintió y se marchó con Víctor y Nico.

En el momento en el que nos quedamos las cinco solas, miré a las chicas.

—Pues tenéis razón, el bombero está loquito por nuestra abogada —dijo Elena.

—¿Qué dices? —Fruncí el ceño.

—Lo que oyes, cariño.

—Hasta yo lo he visto —sonrió Daniela.

—¿En serio? Estáis las cuatro fatal, pero fatal de verdad. Es solo un amigo.

—Pues tu amigo te mira como si fueras un pastel de chocolate que llevarse a la boca.

—Daniela, por Dios.

—Es verdad, hermanita. ¿No te has dado cuenta de que cuando caminaba hacia ti era como si no existiera nadie más? Vamos, que no es por nada, pero aquí hay mujeres con ganas de irse a la cama con él, y el bombero solo tiene ojos para ti.

Miré hacia donde estaban cogiendo las bebidas y vi que Sofía tenía razón. Iker me miraba a mí, a pesar de que una de las clientas del bufete, dueña de una importante empresa de compra venta de inmuebles, se le estaba insinuando y él no le hacía el menor caso.

—Eso no significa nada —negué, porque no quería pensar en que él sintiera algo.

—Y así todos los días, negando lo evidente —protestó Lorena—. Ya verás el día que te des cuenta de que ese hombre está loquito por ti, ya.

Los chicos regresaron en ese momento con bebidas para todas, las repartieron y nos quedamos allí charlando hasta que Elena y Víctor fueron a saludar a algunos colegas abogados, Sofía y Lorena se unieron a nuestros padres, y yo me quedé a solas con Iker.

—¿Dónde hay un cuarto de baño? —me preguntó.

—Al final del pasillo, al fondo a la derecha, frente a los ascensores —contesté y asintió.

En el momento en el que me quedé sola, vi que Humberto se acercaba a mí.

—Chiquitina, estás radiante —me dio un abrazo.

—Gracias, Humberto —sonreí.

—Sabes, en estos años que hemos estado en Sevilla le pregunté mucho a tu padre por ti. Eras como una sobrina para mí. Incluso Iker me pedía a veces que le preguntara y después le contara cómo te iba. Mi hijo siempre te ha tenido en mente, Jimena. Siente un cariño muy grande por ti.

—Yo también por él, Humberto.

—Tres años después de marcharnos lo noté inquieto, le pregunté qué le pasaba y me dijo que nada, que estaba bien. Entonces caí en la cuenta de que se acercaba tu cumpleaños. Recuerdo que cuando erais pequeños, esa era una fecha importante para los dos, tu cumpleaños y el suyo. Tal vez le costaba estar lejos de las personas que sentía como familia. Los años fueron pasando y con ellos algunas veces me pedía que preguntara por ti, y otras no. Tuvo una novia, sé que la quiso porque el cariño no se puede fingir, pero no la amaba.

—Me habló de ella. Dijo que acabaron dejándolo porque los dos sabían que no funcionaba, me comentó que sentía algo por alguien que no era ella y su novia lo entendió.

—Sí, ahora yo mismo me he dado cuenta de que así es, y ha sido siempre. No hay más que ver el brillo de sus ojos cuando la mira —sonrió, y eso me dio a entender que Iker sí que sentía algo por una chica, pero esa no era yo.

a —Papá, no estarás aburriendo a Jimena con tus historias del trabajo, ¿verdad?

o

—No, no, solo me acerqué a saludarla, que la habéis acaparado entre tú y sus amigos.

—Pues debiste acercarte, Humberto, que habría mandado a todos a paseo para quedarme contigo —le dije y soltó una carcajada.

—Claro, solo me faltaba competir por tu amor con... —chascó la lengua— Con tus amigos de toda la vida, vaya. Ya que estás en buena compañía, vuelvo con tu padre.

a

o Se fue y noté la mano de Iker en mi cintura.

—¿Qué te ha dicho? —curioseó.

—Que le decías que preguntase a mi padre por mí, para ver cómo estaba, en estos años que estuvisteis en Sevilla.

—Ah, sí, para ver si te habías metido en líos por culpa de Elena, recuerdo que de pequeñas erais las dos un poco traviesas.

—Uy, el pasado nos va a perseguir toda la vida —reí—. Hemos crecido, somos dos mujeres adultas y abogadas, somos responsables.

—Ya veo, ya —sonrió de medio lado—. Por cierto, no me has dicho nada sobre el viaje a Roma, ¿te lo has pensado mejor y no vas a ir?

—Por supuesto que voy a ir a Roma.

—Sola, imagino —arqueó la ceja.

—Bueno... puede que tenga billetes de ida y vuelta para mí y cierto bombero, y un apartamento pequeño, pero muy coqueto reservado para una semana, y que nos vayamos este lunes.

o. —Así que te vas con un bombero —dijo mirándome con esos ojos color miel brillantes que parecían querer decirme algo, pero no sabía qué o simplemente no quería saberlo.

—Eso es.

—No me digas que es con Raúl, porque me partes el corazón.

s

—Claro que es con Raúl, es al que más conozco de tus compañeros —me encogí de hombros.

—Tú sigue quitándome años de vida, florecilla —murmuró, y tragué saliva con fuerza al ver el modo en el que me seguía mirando.

—No podría ir a ese viaje con nadie más que contigo, ¿o se te ha olvidado que mi ángel de la guarda necesita un ayudante?

—Cierto, no vaya a ser que te tuerzas un tobillo, te caigas en una fuente, o tropieces y vaya rodando como una croqueta escalera abajo.

—Joder, no me seas pájaro de mal agüero —protesté, y él echó a reír, rodeándome aún más fuerte con el brazo alrededor de mi cintura.

—¿Sabes, florecilla? —seguía mirándome con esos ojos fijos en los míos— Creo que este va a ser un viaje que ninguno podrá olvidar.

—Si conozco al Papa, seguro que no.

—No creo que nos concedan audiencia para conocerle —rio.

—A ver, vosotros —miré a Elena, que se acercaba junto a los demás—. Que estamos pensando en irnos a tomar algo. ¿Os animáis?

—Ya sabes, hermanita, copas gratis en el bar de Jesús —comentó Lorena con una sonrisa.

—Qué morro tenéis, vais a arruinar a ese pobre hombre —resoplé.

—¿Os venís o no? Que aquí todo el mundo está hablando de trabajo y es viernes, cariño, hay que relajarse y disfrutar —insistió Elena.

Miré a Iker, que sonrió al tiempo que asentí, así que acabamos despidiéndonos de nuestros padres, él le dio las llaves de su coche a Humberto para que pudiera volver a casa, y dijo que después de dejarme en la mía cogería un taxi.

Fuimos al bar de Jesús y sobraba decir cómo fue el resto de la noche.

Mis hermanas, Daniela y Nico, se hicieron fotos para promocionar el bar y los diferentes combinados sin alcohol que Jesús preparaba de modo que la gente quisiera pasar por allí a conocerlo.

Elena y Víctor reían, hablaban con todos y bailaban mientras se hacían carantoñas mutuamente, y luego estábamos Iker y yo.

eÉl se mostraba cariñoso, me miraba, me acariciaba cuando podía, me dejaba caer alguna que otra indirecta, que, según las chicas, eran muy directas con esas canciones y bailes y yo, iba a volverme loca.

Solo esperaba que viajar con él a Roma no fuera una de esas locuras que con el tiempo hacían que te arrepintieras porque habías metido la pata hasta el fondo en algún momento.

Aunque, por otro lado, debía admitir que tenía muchas ganas de pasar esos días con él, pues lo conocía desde que era una niña y el cariño que sentía en aquel entonces, aún permanecía.

Él se mostraba cariñoso, me miraba, me acariciaba cuando podía, me dejaba caer alguna que otra indirecta, que, según las chicas, eran muy directas con esas canciones y bailes y yo, iba a volverme loca.

Solo esperaba que viajar con él a Roma no fuera una de esas locuras que con el tiempo hacían que te arrepintieras porque habías metido la pata hasta el fondo en algún momento.

Aunque, por otro lado, debía admitir que tenía muchas ganas de pasar esos días con él, pues lo conocía desde que era una niña y el cariño que sentía en aquel entonces, aún permanecía.

Capítulo 24



Lunes, y tras un vuelo tranquilo en el que estuvimos hablando de qué podríamos visitar esos días en Roma, acabábamos de entrar en el apartamento donde íbamos a alojarnos.

Dejamos las maletas y mochilas allí mismo en el salón, junto al sofá, y abrimos las puertas del pequeño balcón con vistas a la *Fontana di Trevi*.

—Desde una de las habitaciones también se ve —dije sonriendo al ver su cara.

—Son unas bonitas vistas con las que despertarse —contestó con una sonrisa y se inclinó para besarme en la mejilla mientras me cogía por la cintura para colocarme delante de él, de modo que su pecho quedó sobre mi espalda—. Sabes lo que dicen de esa fuente, ¿verdad? —preguntó.

—Lo de las monedas.

—Ajá.

—Obvio que voy a lanzar alguna —reí.

—No esperaba menos, florecilla —otro beso en la mejilla, y en los últimos días notaba que tenía esos gestos mucho más a menudo que antes.

—Deberíamos ir a comer y a hacer algo de compra, al menos para tener los desayunos cubiertos —propuse.

—Venga, vamos a conocer un poquito de esta zona al menos —dijo, cogiéndome la mano.

Cerramos las puertas del balcón y salimos del apartamento para ir a comer y conocer la placita en la que se encontraba la fuente más famosa y conocida de Roma.

En cuanto pusimos un pie en la calle, Iker me pasó el brazo por los hombros y así fuimos hasta la *Fontana di Trevi*, esa majestuosa y fascinante obra de la arquitectura donde la gran escultura de Neptuno guiando su carro tirado por caballos marinos y tritones, imponía.

Cientos de turistas se concentraban a esa hora para contemplar la que decían eran la fuente más bonita del mundo, y desde luego que no eran palabras vanas puesto que sí lo era.

Las cámaras de fotos y de los móviles no dejaban de funcionar ni un solo segundo, todo el mundo quería immortalizar aquel lugar en foto o en vídeo. Al igual que se veían brazos al aire lanzando monedas.

Iker encontró un hueco por el que pasar y me llevó hasta el mismo borde de la fuente, sonrió haciéndome un guiño y sacó su móvil del bolsillo de los vaqueros, posó a mi lado y tiró varios selfis. Después le pidió a una chica que nos hiciera algunas fotos juntos de cuerpo entero y cuando acabó, me apoyé en la baranda para contemplar la fuente.

Por el rabillo del ojo vi que me hacía fotos a mí sola, y sonreí.

—¿No tienes suficientes fotos ya? Vas a llenar la galería con fotos más que no sirven para nada.

—¿Quién dice qué no, florecilla? —contestó y noté su mano en mi cintura— No te he visto en trece años, ahora ya no hay excusas —y me dio un beso en la mejilla—. ¿Vas a tirar ya la moneda?

—¿La? —Arquee la ceja.

—Claro, una moneda si quieres volver a Roma.

—Para encontrar el amor son dos.

—Sigues con esa idea de encontrar un italiano que te llame *bella ragazza* y te diga: *ti amo* —dijo con un acento del más dulce a la vez que sensual mientras me miraba fijamente, y tuve que tragar saliva para calmar mis nervios porque el brillo de sus ojos me ponía nerviosa, y no entendía por qué.

—¿Ahora me vas a decir que sabes hablar italiano?

—Lo básico.

—Voy a lanzar tres monedas, no una, ni dos.

—Yo solo una.

Sacamos las monedas y las lanzamos a la vez, viendo cómo caían al agua y se sumergían en ella.

Nos quedamos por allí cerca en un restaurante para comer, pedimos una tabla de quesos y embutidos, así como unos paninis pues fue la recomendación que nos hizo el camarero, que para sorpresa nuestra hablaba un perfecto

español.

Iker le preguntó dónde podríamos hacer algo de compra y le apuntó en un papel el nombre de un pequeño supermercado que regentaba una prima suya.

—Decidle que vais de parte de Enzo, os atenderá bien —comentó con una sonrisa después de servirnos los cafés —. Al café estáis invitados.

—Gracias —contestamos al unísono.

Vi a Iker con el móvil en la mano y supe que me estaba haciendo fotos.

—En serio, para —reí.

—Solo complazco la petición de tu padre, que quería que te hiciera fotos, muchas fotos para ser exactos.

—¿Siempre vas a complacer las peticiones que te haga mi padre?

—Y las tuyas también, si así lo quieres.

—Uy, las mías, sería difícil —sonreí.

—O no. Prueba. ¿En qué te gustaría que te complaciera?

—Hum. ¿Un masaje en la espalda?

—Esta noche después de cenar te lo hago. Qué más —dio un sorbo a su café.

—Pues no sé.

—Tú pide lo que se te ocurra.

—¿Te encargas de preparar el desayuno todos los días?

—Sin problema. Nunca se me quema el pan tostado.

—No tienes remedio, Iker —reí.

—Hay más cosas en las que podría complacerte, solo piénsalo —hizo un guiño mientras se levantaba y yo hice lo mismo.

Caminamos hacia donde nos había dicho Enzo, el camarero, que estaba el supermercado de su prima, y tal como había comentado apenas tardamos cinco minutos en llegar.

Entramos y llenamos una cesta con pan, mantequilla, mermelada, zumos, leche, cápsulas de café, y sobrecitos monodosis de azúcar, por no hablar de que también cogimos algunas galletas con pepitas de chocolate, y otras de nata.

—¿Te gustan los regalices rojos? —pregunté al ver que metía un par de bolsas.

—Sí, ¿ya no te acuerdas de las tardes en tu piscina? Nos sentábamos en el borde a comernos una bolsa entre los tres.

—Así que tú eres el culpable de que sea adicta a esto —señalé—. Te lo juro, siempre tengo varias bolsas en casa —sonreí.

Compramos también un poco de esos embutidos que habíamos comido por si alguna noche nos quedábamos a cenar en el apartamento, y tal como nos dijo Enzo, le dijimos a la chica de la caja que íbamos de parte de él.

Sonrió y también nos habló un poquito en español, deseando que tuviéramos una buena estancia en su bella ciudad.

Regresamos al apartamento, colocamos todo lo que habíamos comprado y llamamos a nuestros padres para hablar con ellos antes de volver a echarnos a las calles de Roma y conocer un poquito más de ese lugar.

—¿No vas a enviarme ni una sola foto? —me preguntó mi padre, después de saber que el viaje había sido tranquilo y que estaba todo perfecto.

—Las tiene todas Iker en su móvil —reí—. Se las pediste a él, ¿no?

—Así que me ha hecho caso, me alegro.

—Papá —reí.

—Mi niña, tú solo pásatelo bien, ¿vale?

—Eso pretendo.

—Y llama a tus hermanas, que las tienes nerviosas pensando que no has llegado a Roma.

—Ahora les hago una videollamada. Te quiero papá.

—Y yo a ti, mi niña.

Colgamos e hice la videollamada al móvil de Sofía, que no tardó en responder.

—Hola —sonreí al verla.

—¿Hola? Tendrás valor, ya pensaba que el avión se había perdido o algo peor.

—Joder, Sofía —rio Iker que la había escuchado, pues estaba sentado en el sofá.

—Bueno, ya ves que estoy bien —sonreí—. Y mira —me aparté para que viera la fuente—, mira qué vistas.

—¿Os habéis alojado frente a la *Fontana*? Qué bonito...

—Sí, y ya la hemos visitado. Tengo algunas fotos en el móvil de Iker.

—Pues a ver si nos las mandas, que queremos verlas.

—Mirad en mi perfil, y en el suyo —dijo Iker, y lo miré con el ceño fruncido—. ¿Qué? Acabo de subir varias etiquetándote —se encogió de hombros.

—Es verdad —escuché a Lorena que aparecía en ese momento para sentarse con nuestra hermana—. Qué guapos y sonrientes se os ve. Y qué bonita frase, Iker.

Él sonrió de medio lado y vi que Sofía me decía algo que no entendía, porque intentaba leerle los labios, pero me resultaba un poquito difícil.

—No sé qué me quieres decir —susurré en el micrófono—. Voy a la habitación a hablar con ellas. Diles adiós —le dije a Iker poniendo mi móvil delante.

—Adiós, chicas.

—Adiós, Iker —respondieron al unísono agitando la mano.

Entré en mi habitación y me puse los *earpods* para hablar un poco más tranquila.

—A ver, ¿qué me decías?

—Que está loquito por ti, hermana.

—Qué manía os ha entrado —volteé los ojos.

—Hombre, yo en la frase —Lorena cogió su móvil para volver a leerla— “*Conociendo un rincón del mundo con una persona especial del pasado*” —volvió a mirarme—. Me quedo con lo de especial porque le importas.

—De verdad, que os hacéis muchas ilusiones.

—Qué cabezota eres, hermana —protestó Sofía—. Bueno, ¿qué vais a hacer hoy?

—Pues ahora saldremos otra vez para conocer algo de la zona.

—¿Habéis tirado monedas a la fuente? —curioseó Lorena.

—Ajá. Iker una, yo he tirado tres.

Ambas sonrieron y se miraron con disimulo, pero preferí no decir nada, bastante loca me iban a volver con eso de que mi amigo de la infancia y adolescencia sentía algo por mí.

Me despedí de ellas, regresé al salón y vi que Iker estaba tecleando en su móvil.

—¿Nos vamos? —preguntó guardándolo en el pantalón.

—Sí —sonreí.

Salimos del apartamento y cogimos la calle dirección a la Plaza Barberini, una de las más emblemáticas de Roma donde ninguno de los dos dudamos en posar para hacernos unas fotos frente a las fuentes del Tritón y de las Abejas, ambas diseñadas por Bernini. También nos las hicimos frente a la fachada del imponente y majestuoso Palacio Barberini.

Nos tomamos un café en una de las terrazas y allí sentados buscamos en Internet información sobre qué podíamos ver en los siguientes días, además de visitar los museos de El Vaticano y entrar en algunas de las iglesias de la ciudad para encender las velas que había prometido.

Después del café y dado que aún era de día, aunque estaba empezando a anochecer, paseamos hasta la Plaza de España, que no quedaba muy lejos de donde estábamos en ese momento.

Nos hicimos varias fotos en la Fuente de la Barcaza, también diseñada por Bernini, y subimos los ciento treinta y cinco peldaños que formaban la famosa escalinata que tantas veces había visto en las películas donde Roma era el telón de fondo.

—Mira, la iglesia de *Trinità dei Monti* —dijo Iker al llegar al final de aquella escalera—. ¿Quieres entrar a encender alguna vela?

—Ah, pues sí —sonreí.

Entramos y, además de disfrutar con las esculturas y el interior de la iglesia, encendí dos velas y eché algunas monedas.

Cuando regresamos a la calle me llevó hasta un pequeño mirador junto a la iglesia desde donde había unas magníficas vistas de la ciudad de Roma.

—Esto es precioso —murmuré, y noté que me rodeaba por la cintura pegándose a mi espalda.

—Tú sí que eres preciosa —me dio un beso en la mejilla—. Me gusta volver a ver esa sonrisa, apenas la había visto desde que nos reencontramos.

—Es que lo hicimos en uno de mis peores momentos, creí que mi padre moriría en aquel incendio —suspiré.

—Pero no lo hizo, y ya acabó todo. Solo quiero verte sonreír, Jimena.

—¿Por qué quisiste venir conmigo a este viaje, Iker? —pregunté, girándome para quedar frente a él y poder mirarlo a los ojos.

—Ya te lo dije, me apetecía conocer Roma. Y no quería que vinieras sola —me colocó un mechón de cabello tra la oreja.

—¿Solo por eso?

—No.

—¿Entonces? —me estremecí al tiempo que notaba que me ponía nerviosa, pero no tenía motivos para hacerlo, o al menos no pensaba que los tuviera.

—Quería pasar tiempo contigo, volver a compartir esos momentos de hace años.

—Éramos unos críos —sonreí.

—Pero te eché de menos, Jimena, no imaginas cuánto. Estuve esperando tres años para que me llamaras, pero no lo hiciste.

—¿Para qué te llamara? —Fruncí el ceño.

—Sí, te pedí que lo hicieras, pensando que tú... —suspiró negando y se apartó— No tiene importancia. ¿Vamos a

cenar?

—No, claro que tiene importancia, Iker. No entiendo qué quieres decirme.

—Pues si leíste la nota que guardé en la caja de música del escritorio de tu habitación, no hay mucho que entender. Esperé esos tres años con la idea de volver, pero no llamaste, y cuando pasaron los meses, y después los años, entendí que no querías lo mismo.

—Iker, te juro que me estoy perdiendo algo porque no sé de qué nota me hablas. Nunca he abierto esa caja de música.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—¿Qué ponía en esa nota?

—No importa, florecilla —sonrió acariciándose la mejilla—. El tiempo ha pasado, y está bien que sigamos siendo amigos —me dio un beso en la mejilla—. Vamos a buscar una pizzería para cenar.

Lo vi caminar, pero no me moví, en vez de hacerlo, saqué mi móvil y marqué el número de la persona que podía ayudarme a entender algo.

s

l

cenar?

—No, claro que tiene importancia, Iker. No entiendo qué quieres decirme.

—Pues si leíste la nota que guardé en la caja de música del escritorio de tu habitación, no hay mucho que entender. Esperé esos tres años con la idea de volver, pero no llamaste, y cuando pasaron los meses, y después los años, entendí que no querías lo mismo.

—Iker, te juro que me estoy perdiendo algo porque no sé de qué nota me hablas. Nunca he abierto esa caja de música.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—¿Qué ponía en esa nota?

—No importa, florecilla —sonrió acariciándose la mejilla—. El tiempo ha pasado, y está bien que sigamos siendo amigos —me dio un beso en la mejilla—. Vamos a buscar una pizzería para cenar.

Lo vi caminar, pero no me moví, en vez de hacerlo, saqué mi móvil y marqué el número de la persona que podía ayudarme a entender algo.

Capítulo 25



El tono de llamada resonaba en mi oído haciendo que cada segundo que pasaba mi corazón latiera más rápido, la espera me iba a matar.

—Hola, cariño —respondió con ese tono risueño de siempre.

—Mamá, necesito que hagas algo por mí —le pedí.

—¿Qué pasa, hija?

—¿Jimena? —Iker me llamó desde la escalinata, a punto de bajar, pero no fui, tan solo me quedé mirándolo.

—Necesito que entres en mi habitación y busques la cajita de música y la abras.

—Vale, pero, ¿qué ocurre?

—Tú hazlo, por favor.

—Voy, cariño, voy.

Escuché a Minerva caminar por la casa mientras mi padre le preguntaba qué ocurría y ella solo decía que necesitaba que buscara algo en mi habitación, escuché que se abrió la puerta y supe que mi padre estaba con ella cuando le dijo que mirara hasta encontrar la cajita de música.

—¿La que le regaló Iker cuando tenía ocho años? —preguntó mi padre, y en ese momento sentí que mi corazón latía con fuerza, había olvidado que fue un regalo suyo por mi cumpleaños.

—Esa, sí —contesté, y ella se lo dijo a mi padre.

—Aquí está —dijo ella—. ¿Qué hago, cariño?

—Ábrela, abre la caja y dime si hay una nota.

—Sí, hay un papel doblado.

—Dios mío —me apoyé en la barandilla con los ojos cerrados, notaba que me temblaba todo el cuerpo y sentía el corazón latiendo a mil por hora—. ¿Puedes...? —apenas me salía la voz— ¿Puedes leer lo que pone, mamá?

—Claro —el sonido del papel al ser abierto hizo que me latiera más fuerte el corazón—. Pone...

—Llámame cuando cumplas los dieciocho, florecilla —la voz de Iker susurrando en mi oído derecho, al mismo tiempo que mi madre leía aquella frase, hizo que me estremeciera y mi corazón latiera con fuerza.

—Por eso preguntaba tanto por ti, hija —dijo mi padre—. Jimena, creo que Iker sentía algo por ti.

—Tengo que colgar —dije con un hilo de voz mientras notaba los ojos empezando a humedecerse, y guardé el móvil en el bolsillo.

¿Iker sentía algo por mí? Pero si yo era una niña a su lado, tenía quince años y él diecinueve, no podía ser.

Me giré lentamente y lo encontré ahí parado, con las manos en los bolsillos, mirándome con sus bonitos ojos como miel.

—Dejé esa nota para que supieras que iba a esperar tres años, que esperaba que fueras mayor de edad porque quería estar contigo —dijo.

—Pero estuviste saliendo con una chica meses antes de irte —murmuré.

—Sí, pero no eras tú.

—Yo era una niña, Iker, no podía gustarte.

—No eras una niña a mis ojos, florecilla —sonrió acortando la distancia y me acarició la mejilla—. Ya no lo eras en ningún sentido, pero sí eras menor y no quería... —suspiró— No quería que tu padre pensara que podrías ser solo un capricho. Tenía que habértelo dicho a la cara, pero no me atrevía, seguía siendo un crío a pesar de mi edad. Y te esperé, no salí con nadie en ese tiempo, no durante dos años más, hasta que entendí que no me veías como yo a ti.

—Iker, no lo sabía, yo nunca encontré esa nota, si lo hubiese hecho...

—¿Qué, florecilla? —preguntó tras unos segundos de absoluto silencio por mi parte.

—Te habría esperado, Iker. Te habría esperado porque ahora entiendo por qué me dolía tanto que te hubieras ido,

por qué sentí que te necesitaba cuando perdí a mi madre, por qué los cumpleaños nunca fueron lo mismo. Y no habría perdido la virginidad con el idiota de Iván.

—Espera, ¿Iván el que iba a clase con Elena y contigo? ¿El mismo Iván que cuando tenía siete años te cortó media coleta?

—Ese Iván —suspiré.

—Mira que me habría imaginado chicos con los que podrías haber perdido la virginidad, florecilla, pero con él, ni de coña.

—Ya ves, cometiendo errores con los hombres desde que tenía diecisiete años.

—¿La perdiste a los diecisiete?

—Sí, y de haber visto esa nota la habría perdido a los dieciocho.

—¿Conmigo? —curioseó de medio lado.

r

—Obvio que contigo, ¿o no te acabo de decir que creo que todo eso eran señales de que sentía algo por ti, y sin saberlo? —Volteé los ojos.

—No voy a esperar más, florecilla, que bastantes han sido trece años.

Me sostuvo ambas mejillas entre sus fuertes manos y se inclinó para besarme, y, qué primer beso me estaba dando.

Cerré los ojos y me agarré a la tela de su camiseta con fuerza, rodeándolo con los brazos y manteniendo su torso pegado al mío.

No me podía creer que mi mente hubiera sabido siempre que sentía algo por ese chico al que veía como un amigo y nada más, y que solo hubiera necesitado ver aquella nota para entender que él no me veía como la niña que siempre pensé que veía en mí, sino como una chica que ahora era una mujer.

Se me escaparon algunas lágrimas y él las retiró con los pulgares antes de separarse y mirarme fijamente.

—¿Por qué no me dijiste nada al volver a vernos? —pregunté con los ojos vidriosos.

—Estabas con alguien, florecilla, y no quise interponerme. Después lo encontramos en su casa, y lo estabas pasando mal, tampoco quise parecer un depredador o algo así, no quería que pensaras que tenía la intención de aprovecharme de tu debilidad en ese momento. Y tampoco estaba seguro de que tú sintieras algo.

—¿Por eso rompiste con esa chica? ¿Porque seguías sintiendo algo por mí?

—Sí —sonrió de medio lado—. Jimena, llevo catorce años sintiendo algo por ti, y no sabes lo que ha sido para mí estas semanas tenerte tan cerca y a la vez tan lejos, tocarte y tener que alejarme para no cometer una locura.

—Ese día en la piscina de mis padres, mientras bailábamos...

—Encontrar las palabras me resultaba más complicado que hacértelo saber con canciones —sonrió.

—Cuando Sofía y Lorena se enteren de esto, de que tenían razón al decirme que todo eran señales, me van a dar la brasa un mes.

—Ya lo saben —me dio un beso rápido en los labios—. Desde que supe que seguías con la idea de venir a Roma y yo quería acompañarte. Aunque la verdad es que me hicieron un interrogatorio exhaustivo el lunes por la tarde, dos días después de la barbacoa en casa de tus padres.

—Ellas hicieron, ¿qué? No me lo puedo creer...

—Lo que oyes —sonrió—. Querían saber mis verdaderas intenciones porque, y cito textualmente sus palabras: *no vamos a permitir que otro capullo, gilipollas y sin escrúpulos juegue con nuestra hermana, ella merece que la traten como la jodida princesa que es.*

—Eso lo dijo Sofía —volteé los ojos y él asintió.

—Se ve que te quieren y se preocupan por ti. Y yo también, Jimena, por eso durante estos años solía pedirle a mi padre que le preguntara al tuyo por ti. Necesitaba saber de ti y saber que estabas bien. Cuando volví a verte me dio un vuelco el corazón, pero al ver que tenías a alguien me quedé al margen, y así habría seguido si no hubiera pasado lo que pasó. Cuando tuviste el accidente te juro que me morí por unos segundos, cuando escuché el modo en el que gritabas y el coche comenzaba a caer. Antes de salir del parque golpeé todo lo que encontraba a mi paso.

—Tus compañeros sabían quién era yo, y lo que significaba para ti.

—Sí, lo saben desde siempre porque como te dijo Raúl, muchos de ellos son hijos de bomberos que trabajaron allí con mi padre, antes de que nos fuéramos.

—Estoy en shock ahora mismo, te lo juro —confesé mirándole el pecho y él me abrazó besándome la coronilla.

—Jimena, si me das la oportunidad, te prometo que voy a demostrarte cada día lo mucho que te quiero y cuánto me importas. Los dos hemos estado con otras personas, pero yo no he dejado de sentir esto que siento ni un solo día de estos años. Y sé que es precipitado, pero...

—Por intentarlo no perdemos nada —sonreí volviendo a mirarlo—. Y como te he dicho, creo que en el fondo yo también sentía algo, pero lo escondía por miedo a que no fuera recíproco. Vaya par de tontos —suspiré.

—Pero este tonto te ama con locura, florecilla —me acarició la mejilla.

—Iker.

—Dime.

a—Tal vez te parezca atrevido por mi parte, pero, ¿puedo pedirte que me demuestres cuánto me amas esta noche?

—¿En la cama? —preguntó con un ronco susurro y asentí— No imaginas cuánto he deseado escuchar eso —me besó de nuevo y sentí que cada célula de mi cuerpo le pertenecía a él.

Porque sí, tal como había dicho Iker los dos habíamos estado con otras personas, pero ese primer beso que habíamos compartido hacía apenas unos instantes, me dejaba claro que era él a quien mi corazón había estado esperando todos y cada uno de los días de estos últimos trece años.

,

o

.

í

—Por intentarlo no perdemos nada —sonreí volviendo a mirarlo—. Y como te he dicho, creo que en el fondo yo también sentía algo, pero lo escondía por miedo a que no fuera recíproco. Vaya par de tontos —suspiré.

—Pero este tonto te ama con locura, florecilla —me acarició la mejilla.

—Iker.

—Dime.

—Tal vez te parezca atrevido por mi parte, pero, ¿puedo pedirte que me demuestres cuánto me amas esta noche?

—¿En la cama? —preguntó con un ronco susurro y asentí— No imaginas cuánto he deseado escuchar eso —me besó de nuevo y sentí que cada célula de mi cuerpo le pertenecía a él.

Porque sí, tal como había dicho Iker los dos habíamos estado con otras personas, pero ese primer beso que habíamos compartido hacía apenas unos instantes, me dejaba claro que era él a quien mi corazón había estado esperando todos y cada uno de los días de estos últimos trece años.

Capítulo 26



Nada más llegar al apartamento Iker me cogió en brazos mientras me besaba y caminó hasta que vi que se detenía

—¿Qué pasa? —pregunté con el ceño fruncido. ¿Se habría arrepentido?

—¿En qué habitación prefieres, florecilla?

—¿Por eso te has parado? Dios mío, en las dos hay una cama de matrimonio, me da igual, tú mismo —agité el brazo—. Entra en la que sea y fóllame.

—Te voy a lavar esa boca con jabón —dijo con una sonrisa de medio lado.

Resoplé, pero no tardó en volver a besarme y entrar en la habitación que yo había escogido cuando llegamos esa mañana.

Me recostó en la cama quedándose sobre mí, acariciándome la mejilla, el costado, besándome en los labios y bajando por el cuello de modo que sentí cómo me estremecía.

Llevó las manos al bajo de la camiseta y me la quitó en apenas unos segundos. Sus ojos se posaron en mi pecho, ese que subía y bajaba rápidamente debido a la respiración agitada que tenía por lo que él me provocaba.

Retiró la tela que cubría uno de mis pechos y se inclinó para lamer el pezón sin apartar los ojos de los míos. Me mordí el labio inferior al sentir aquel escalofrío de placer mientras lo hacía, y su siguiente movimiento fue morderlo.

Gemí arqueando la espalda, al tiempo que hundía mis dedos en su cabello, tirando de él. Iker retiró la tela del sujetador liberando el otro pecho y lamí y mordisqueé a su antojo sin que yo pusiera la más mínima resistencia.

Llevó una mano a mi espalda y en un movimiento rápido y que no esperaba en absoluto, desabrochó el sujetador y me lo quitó.

—Madre mía, qué pericia la tuya —dije.

—Años de práctica —sonrió encogiéndose de hombros.

Volvió a besarme en los labios mientras mis manos jugaban con su cabello, manteniéndolo cerca. Bajó de nuevo por el cuello dejando un camino de suaves besos y húmedas lamidas con la punta de la lengua, hasta encontrar una vez más uno de mis pechos y lamer de una pasada rápida.

Pero no se detuvo en ese punto, sino que siguió bajando, y bajando muy despacio con la punta de la lengua lamiendo mi piel, haciendo que sintiera cómo se me erizaba el vientre al pasar por esa zona.

Desabrochó mis vaqueros y se arrodilló mirándome fijamente mientras me los quitaba, llevando consigo también la braguita.

Iker me contempló una vez me tuvo desnuda por completo ante él, acarició mis piernas desde los tobillos y subió hasta anclar ambas manos en mis muslos.

Se colocó una vez más entre mis piernas y tragué con fuerza ante esa mirada cargada de deseo y anhelo que tenía. Deslizó la punta de la lengua despacio entre mis pliegues y lamió el clítoris con sus iris color miel fijos en mí.

Gemí, me mordí el labio y agarré la ropa de la cama, al tiempo que arqueaba la espalda y me dejaba hacer.

Iker se centró en darme placer sin detenerse ni un instante, lamiendo despacio y jugando con sus dedos, penetrándome poco a poco como si no tuviera prisa.

—Iker —jadeé minutos después con la necesidad de correrme acechando a cada segundo que pasaba.

—¿Sí?

—Más rápido, por favor, quiero... Quiero correrme.

—¿Qué prisa hay? Tenemos toda la noche por delante, y me prometí a mí mismo, que la primera vez que nos acostáramos, sería cuidadoso, sería lento, sería algo que no olvidarías nunca.

—Eso sería si fuera virgen, pero no me voy a romper —lo miré mientras agarraba su cabello con fuerza—. No soy de cristal, así que no te contengas.

—Solo quiero que los dos disfrutemos de este momento, cariño —murmuró y volvió a concentrarse en su tarea, esa que no era otra que atender mi sexo excitado y deseoso de más.

Siguió lamiendo, pero esta vez un poco más rápido, al igual que sus dedos se movían entrando y saliendo de mi vagina con más fuerza que antes.

Y tanto se esmeró en complacer mi petición, que acabé corriéndome minutos después con todas mis fuerzas y a puros chillidos.

aSe desnudó y comprobé lo que ya sabía desde que lo vi en la piscina de casa de mis padres, que del chico de diecinueve años que conocía poco quedaba, su cuerpo había cambiado al igual que lo había hecho el mío, y tenía delante el fibroso cuerpo de un hombre adulto.

Llevé mis temblorosas manos a su torso, acariciándolo despacio con la yema de los dedos mientras notaba ese calor que desprendía. Respiraba de manera agitada al igual que lo había hecho yo antes, cuando era él quien me contemplaba a mí, y cuando lo miré, encontré sus ojos ligeramente más oscuros.

Bajé hasta que envolví su miembro con la mano, Iker jadeó ante aquel contacto y seguí moviéndola, subiendo y bajando despacio, dándole una pizca de ese placer que él me había dado a mí.

Lo vi cerrar los ojos, dejando caer la cabeza ligeramente hacia atrás, disfrutando de lo que sentía mientras lo tocaba. Si me hubieran dicho trece años atrás, siendo unos críos, que estaríamos así ahora, no me lo habría creído.

Seguí tocándolo y él me tocó a mí, nos miramos fijamente a los ojos y su dedo jugó con mi clítoris hasta hacer que, por segunda vez, me estremeciera y liberara el placer.

—Iker —jadeé y me mordí el labio.

—¿Qué quieres, cariño?

—A ti —murmuré elevando mis caderas de modo que rocé mi sexo con la punta de su miembro erecto.

—Y me vas a tener, florecilla, me vas a tener hoy y siempre.

Se inclinó para besarme, nos abrazamos y deslicé las manos por su espalda mientras notaba que él temblaba casi tanto como yo.

No tardó en penetrarme poco a poco, con cuidado, abriéndose paso en mi estrecha cavidad, llenándome por completo puesto que su miembro era grueso y grande.

Jadeé, suspiré y gemí a cada centímetro que se adentraba en mí, y cuando ambos sentimos que quedábamos completamente unidos, soltamos el aire con alivio, como si de verdad nuestros cuerpos hubiesen esperado durante años para esto, como si supieran que estaban destinados a estar juntos.

Lo besé con anhelo y comenzó a moverse, entraba y salía despacio sin dejar de acariciarme la mejilla. Buscó mi mano con la suya y las entrelazó, dejando ambas sobre la cama al lado de mi cabeza.

Nos movíamos al unísono, buscando el placer que queríamos y entregando el que necesitaba el otro.

Mantenía una mano en su hombro y cuando comenzó a moverse más rápido, a penetrarme con más fuerza y más profundamente, agarré con tanta fuerza que sentí cómo se clavaban las uñas en su piel.

Iker me besó con más intensidad, acorde con las fuertes embestidas con las que se adentraba en mi cuerpo, sin perder ni bajar el ritmo en ningún momento.

Y minutos después lo sentí, mi cuerpo y el suyo se preparaban para liberarse, para entregar todo eso que habían estado buscando desde que nos recostamos en la cama y nos entregamos al placer y el deseo que nos envolvía.

Entraba y salía rápido y fuerte, y en cuestión de apenas unas profundas embestidas más, escuché mis gritos mezclados con sus gemidos mientras liberábamos el clímax que habíamos alcanzado.

Iker se quedó recostado sobre mí, abrazándome, con las manos entrelazadas mientras recobrábamos el aliento, y yo, con los ojos cerrados y respirando de manera agitada, sentí que ahora sí podía decir que estaba en casa, que el hombre que acababa de hacerme el amor como si fuera su bien más preciado, era ese lugar del mundo al que siempre querría volver.

Durante unos instantes mi mente recordó pequeños fragmentos del pasado, momentos en los que podría ser que Iker hubiera mostrado su interés por mí de manera tan sutil que yo, inocente como era, no supe interpretar.

Qué distinta habría sido mi vida si hubiese abierto aquella cajita de música y hubiera encontrado su nota.

Tal vez llevaríamos diez años juntos, tendríamos una vida en común, una casa, quizás un hijo, o no.

Puede que lo nuestro no hubiera durado, que solo estuviéramos juntos unos años y después entendiéramos que no estábamos hechos el uno para el otro.

Lo que estaba claro es que todo en la vida pasaba por algo, según decían, y la nuestra tal vez era una de esas cosas que estaba de ser, pero no cuando quisiéramos sino cuando debía ser.

Quizás aquel no fuera el momento indicado, pero este, el presente que vivíamos, sí lo fuera. Quizás teníamos que vivir el ahora para construir el mañana juntos, caminando uno al lado del otro sin soltarnos la mano.

!

Nos movíamos al unísono, buscando el placer que queríamos y entregando el que necesitaba el otro.

Mantenía una mano en su hombro y cuando comenzó a moverse más rápido, a penetrarme con más fuerza y más profundamente, agarré con tanta fuerza que sentí cómo se clavaban las uñas en su piel.

Iker me besó con más intensidad, acorde con las fuertes embestidas con las que se adentraba en mi cuerpo, sin perder ni bajar el ritmo en ningún momento.

Y minutos después lo sentí, mi cuerpo y el suyo se preparaban para liberarse, para entregar todo eso que habían estado buscando desde que nos recostamos en la cama y nos entregamos al placer y el deseo que nos envolvía.

Entraba y salía rápido y fuerte, y en cuestión de apenas unas profundas embestidas más, escuché mis gritos mezclados con sus gemidos mientras liberábamos el clímax que habíamos alcanzado.

Iker se quedó recostado sobre mí, abrazándome, con las manos entrelazadas mientras recobrábamos el aliento, y yo, con los ojos cerrados y respirando de manera agitada, sentí que ahora sí podía decir que estaba en casa, que el hombre que acababa de hacerme el amor como si fuera su bien máspreciado, era ese lugar del mundo al que siempre querría volver.

Durante unos instantes mi mente recordó pequeños fragmentos del pasado, momentos en los que podría ser que Iker hubiera mostrado su interés por mí de manera tan sutil que yo, inocente como era, no supe interpretar.

Qué distinta habría sido mi vida si hubiese abierto aquella cajita de música y hubiera encontrado su nota.

Tal vez llevaríamos diez años juntos, tendríamos una vida en común, una casa, quizás un hijo, o no.

Puede que lo nuestro no hubiera durado, que solo estuviéramos juntos unos años y después entendiéramos que no estábamos hechos el uno para el otro.

Lo que estaba claro es que todo en la vida pasaba por algo, según decían, y la nuestra tal vez era una de esas cosas que estaba de ser, pero no cuando quisiéramos sino cuando debía ser.

Quizás aquel no fuera el momento indicado, pero este, el presente que vivíamos, sí lo fuera. Quizás teníamos que vivir el ahora para construir el mañana juntos, caminando uno al lado del otro sin soltarnos la mano.

Capítulo 27



Esa mañana despertamos abrazados, nos besamos y volvimos a dejarnos llevar por lo que sentíamos y queríamos, entregándonos al amor y al placer antes de desayunar.

Después de ducharnos juntos, preparamos café y tostadas y desayunamos junto al balconcito del salón con vistas a la *Fontana*.

Habíamos trazado un pequeño itinerario para visitar Roma en ese segundo día en la ciudad y cuando bajamos a la calle, fuimos paseando cogidos de la mano hasta coger un taxi que nos llevara a la zona del famoso Coliseo.

Aquella construcción de más de dos mil años, considerada una de las siete maravillas del mundo, te hacía retroceder en el tiempo e imaginar cómo serían las batallas que allí se disputaron y que tanto habían inmortalizado en películas y series.

Después de recorrerlo por dentro, Iker me hizo posar frente a la fachada exterior para hacerme algunas fotos sola y otras con él.

—Te lo digo en serio, vas a tener la galería llena de fotos mías.

—Mejor, así podré ver a mi chica todas las noches antes de irme a dormir.

—Tu chica, ¿eh? —sonreí de medio lado.

—Por supuesto, ¿o acaso crees que esto es solo sexo, florecilla? Porque después de tanto tiempo, te aseguro que contigo quiero el pack completo —dijo, besándome la mejilla mientras me pasaba el brazo por los hombros para caminar hacia nuestro siguiente destino.

—¿Cómo es eso del pack completo? Siento curiosidad.

—Noviazgo, casa, boda, hijos, un perro, hacernos viejos, tener nietos y algún bisnieto.

—Joder, acabo de dar un salto cuántico de esos, he visto pasar mi vida hasta dentro de sesenta años, en apenas un

segundo.

—¿Y a qué es perfecta?

—Me ha dado miedo, porque en la parte de los hijos no has dicho cuántos.

—Hum. Cuatro, por ejemplo.

—¡Hala! Que eso sale de mí, no de ti. Voy a ser yo la que va a estar ahí abierta de piernas mientras me desgarró por dentro, cuatro veces. Tú solo vas a disfrutar del placer y el gustirrinín de hacer los bebés —volteé los ojos.

—Soy hijo único, siempre quise hermanos y no los tuve.

¹—Yo también soy hija única.

—Tenías a Elena, y ahora tienes dos hermanas.

—Tú tienes a Raúl, a Jesús y a tus compañeros.

—No es lo mismo.

—¿No te vale con dos? Es el número perfecto.

^y—Cariño, contigo me vale lo que sea —me besó en los labios y seguimos caminando.

Llegamos al Arco de Constantino, una construcción de veintiún metros de alto y veintiséis de ancho, que conmemoraba la victoria de Constantino I el Grande en la batalla del Puente Milvio, que se convirtió en el último arco del triunfo construido durante la época romana.

Más fotos y esta vez Iker subió algunas de las que habíamos hecho en El Coliseo, y también en el arco, etiquetándome.

Seguimos caminando hasta subir al Palatino, un monte a cincuenta metros de altura que ofrecía unas privilegiadas vistas del Foro Romano, ahora en ruinas, pero donde antaño se desarrollaba toda la vida social, cultural, económica y política de la ciudad de Roma.

Tras inmortalizar aquellas vistas regresamos a la zona del Coliseo y cogimos un taxi para que nos llevara hasta nuestro siguiente destino de ese segundo día.

Llegamos a *Campo dei Fiori*, una de las plazas más bonitas de Roma, conocida por ser una zona de mucho ambiente, tanto de día como de noche, puesto que tenía varios bares y terrazas que hacían las delicias de lugareño

y turistas.

Recorrimos la plaza paseando como una pareja más, fotografiando algunos de sus rincones, posando como si fuéramos influencers para después subir las fotos a nuestras redes. Bueno, las estaba subiendo todas él y me etiquetaba.

Nos sentamos en una de las terrazas y pedimos un plato de pasta boloñesa para compartir, así como una pizza. Mi móvil empezó a sonar y vi que era una videollamada de Sofía.

—Hola —saludé sonriendo.

—Vaya pedazo de fotos está subiendo el bombero. Para que luego digas que no le interesas, vamos hombre —volteó los ojos.

—Sofía, que ya se ha dado cuenta de que sí —dijo Iker, acercándose a mí para verla, y la cara de mi hermana se desencajó.

—¿Ya se lo has dicho? —gritó, y él asintió— ¡¡Lorena, corre, ven!! Bueno, no vengas corriendo a ver si te vas a torcer el otro tobillo.

—¿Qué pasa? —la escuché preguntar y me reí.

—Que se lo ha dicho. Iker le ha dicho a Jimena que está loquito por sus huesos.

—A ver, que no ha sido así tampoco, ¿eh? —protesté.

—¿Y cómo, entonces? —curioseó la pequeña, con esa sonrisilla en los labios mientras saludaba a mi chico.

Se lo contamos, porque él también tenía voz en ese asunto, y ambas acabaron llorando al igual que yo, mientras les decía lo tonta que había sido porque nunca encontré esa nota.

Se alegraron por nosotros y dijeron que cuando regresáramos de ese viaje, que bien podríamos considerar una especie de luna de miel, teníamos que celebrar que Iker era su cuñado.

Nos despedimos de ellas y comimos entre miradas y gestos cómplices, porque con él no podía ser de otra manera.

Después de tomarnos el café allí mismo, recorrimos la plaza y callejamos hasta llegar a la Plaza San Pedro, presidida por la Basílica que llevaba su mismo nombre.

Entramos en la basílica y nos dejamos maravillar por la famosa Piedad de Miguel Ángel, esa escultura que tantos sentimientos hacía aflorar.

También vimos la estatua de San Pedro y el Baldaquino de Bernini, todos ellos reclamos indiscutibles para visitar la basílica.

Subimos hasta la cúpula y desde allí arriba contemplamos las mejores vistas de la Plaza de San Pedro y de toda la ciudad de Roma.

Nos hicimos más fotos con las que recordar siempre ese primer viaje juntos, porque estaba convencida que, desde ese momento, habría otros muchos viajes, otros lugares por descubrir y que nos dejarían huella, pero sin duda, ninguno dejaría tanta como este a Roma donde todo había empezado.

Acabamos la visita a la Basílica de San Pedro en la cripta situada debajo de la basílica, ese lugar que albergaba los sepulcros de diferentes papas a lo largo de los años.

Decidimos tomar un café en una de las terrazas de la Plaza de San Pedro, y planeamos visitar al día siguiente El Vaticano y sus museos.

A fin de cuentas, aquel destino era el que me había traído a Roma principalmente, porque una promesa era una promesa y ya no había tiempo para visitarlo esa tarde.

Regresamos a la zona de *Campo dei Fiori* donde nos dejó el taxi, y cogimos otro para regresar donde estábamos alojados.

Decidimos cenar en el bar donde habíamos conocido a Enzo, y ahí estaba aquel italiano que hablaba un perfecto español preguntándonos qué tal estaba yendo nuestro viaje, a lo que ambos contestamos que, mejor, imposible.

Después de cenar regresamos al apartamento y sobra decir lo que ocurrió en cuanto cruzamos la puerta de la habitación, ¿verdad?

Cada segundo que pasaba con Iker me daba cuenta que lo nuestro iba más allá del deseo y la pasión, que nos dejábamos llevar a cada instante que estábamos juntos atraídos por el amor.

También vimos la estatua de San Pedro y el Baldaquino de Bernini, todos ellos reclamos indiscutibles para visitar la basílica.

Subimos hasta la cúpula y desde allí arriba contemplamos las mejores vistas de la Plaza de San Pedro y de toda la ciudad de Roma.

Nos hicimos más fotos con las que recordar siempre ese primer viaje juntos, porque estaba convencida que, desde ese momento, habría otros muchos viajes, otros lugares por descubrir y que nos dejarían huella, pero sin duda, ninguno dejaría tanta como este a Roma donde todo había empezado.

Acabamos la visita a la Basílica de San Pedro en la cripta situada debajo de la basílica, ese lugar que albergaba los sepulcros de diferentes papas a lo largo de los años.

Decidimos tomar un café en una de las terrazas de la Plaza de San Pedro, y planeamos visitar al día siguiente El Vaticano y sus museos.

A fin de cuentas, aquel destino era el que me había traído a Roma principalmente, porque una promesa era una promesa y ya no había tiempo para visitarlo esa tarde.

Regresamos a la zona de *Campo dei Fiori* donde nos dejó el taxi, y cogimos otro para regresar donde estábamos alojados.

Decidimos cenar en el bar donde habíamos conocido a Enzo, y ahí estaba aquel italiano que hablaba un perfecto español preguntándonos qué tal estaba yendo nuestro viaje, a lo que ambos contestamos que, mejor, imposible.

Después de cenar regresamos al apartamento y sobra decir lo que ocurrió en cuanto cruzamos la puerta de la habitación, ¿verdad?

Cada segundo que pasaba con Iker me daba cuenta que lo nuestro iba más allá del deseo y la pasión, que nos dejábamos llevar a cada instante que estábamos juntos atraídos por el amor.

Capítulo 28



Desperté sola en la cama, y no tardé en reconocer el aroma del café recién hecho que venía del salón.

Me levanté, cogí una camiseta que encontré en un rincón de la habitación y sonreí al comprobar que olía a él. Tras ponérmela, salí y vi a Iker llevando solo un bóxer.

Aproveché que estaba de espaldas para acercarme, y acaricié su torso mientras le daba un beso en el hombro.

—Buenos días, florecilla —dijo con una sonrisilla, mirándome de medio lado.

—Buenos días. ¿Esto va a ser así siempre?

—¿El qué?

—Despertar y que me hayas preparado el desayuno.

—Ajá. Experiencia de novio completa, *baby* —me rodeó por la cintura con ambos brazos y me dio un beso rápido en los labios—. Cena, sexo, desayuno.

—O sea, que cuando te quedas a dormir conmigo me prepararás el desayuno.

—Cada mañana.

—Cuidado, a ver si te voy a pedir que te cases conmigo —sonreí.

—¿Cuándo quieres que lo hagamos? ¿Te gusta más en verano, o en invierno?

—Iker, por Dios —reí.

—¿Qué? Yo por mí, me casaba hoy en cualquier capilla de Roma —se encogió de hombros.

—Que no estamos en Las Vegas.

—Tampoco me veo con un traje en plan Elvis, son demasiado ajustados.

—Anda, vamos a desayunar que me muero de hambre. Yo creo que es por tanto ejercicio que hago.

Iker sonrió antes de darme un breve beso, llevamos a la mesa el pan recién tostado y disfrutamos de aquel desayuno con vistas a la *Fontana di Trevi*.

Dos horas después, tras el desayuno, algunas fotos que subí a las redes, una ducha y vestirnos, salimos del apartamento para coger un taxi que nos llevara hasta la Plaza de San Pedro y de ahí, ir a ver El Vaticano.

Las fotos que nos hicimos allí, en aquella zona donde tanta gente solía concentrarse para ver al Papa, aunque fueran desde lejos o por pantallas, y escucharlo orar, quedaron preciosas.

Nos adentramos en los Museos Vaticanos y, al igual que todos los turistas que lo estaban visitando en ese momento, nos quedamos maravillados en cada uno de sus rincones, pues cada uno tenía su encanto. Las galerías de tapices y de mapas cartográficos te hacían sentir en otra época al verlos.

Pero sin lugar a dudas lo más fascinante de toda la visita a ese rincón del mundo, era admirar la belleza de lo que era considerada la joya de la corona de aquel museo, la Capilla Sixtina de Miguel Ángel.

El color que aún conservaba aquella maravillosa obra representando en sus frescos la Creación de Adán y El Juicio Final, cada trazo, cada pincelada, era digno de admirar.

Tras la visita regresamos al exterior, Iker entrelazó nuestras manos y caminamos hasta llegar al siguiente rincón de Roma que visitar, el Castillo de Sant'Angelo.

Aquella edificación, construida a orillas del río Tíber y como mausoleo para el emperador Adriano, era una de esas maravillas que nadie podía dejar de visitar y admirar la estatua del Arcángel San Miguel que la coronaba.

El guía que nos acompañaba, además de mostrarnos las estancias Papales y llevarnos a una terraza superior para disfrutar de las vistas de Roma y del río Tíber, nos contó que el castillo contaba con un corredor secreto que lo conectaba con la Ciudad del Vaticano de modo que el Papa pudiera escapar por él en caso de peligro.

Tras acabar y regresar al exterior, paseamos por el majestuoso Puente Sant'Angelo admirando las diez estatuas de ángeles que parecían velar por cada alma que cruzara por ese lugar.

Bordeamos la orilla del río Tíber y llegamos hasta el Puente de Umberto I, donde Iker no dudó en hacerme más fotos y posar conmigo para esos selfis que acabó subiendo a sus redes presumiendo de vistas, y según leí en el texto, no se refería a la ciudad de Roma que había tras nosotros.

Me tuve que reír porque no me habría imaginado nunca que aquel chico mayor que yo conocía desde que era una niña, pudiera ser tan romántico y cariñoso, pues a cada momento que pasaba a su lado me demostraba que así era.

Bajamos por unas escaleras y paseamos mucho más cerca de la orilla del río, donde otras personas hacían lo mismo e incluso había quienes disfrutaban de un picnic en aquel lugar.

Y paseando acabamos llegando a una de las plazas más famosas y visitadas de toda Roma, la *Piazza Navona*.

Aquella era considerada por muchos la plaza más bonita de la ciudad, donde disfrutar de un ambiente fascinante a cualquier hora del día.

En ella destacaban, sin lugar a dudas, las tres fuentes barrocas que hacían las delicias de sus visitantes, todas ellas perfectamente alineadas en aquella plaza alargada.

La Fuente del Moro, la del Nettuno y la más destacable de todas, la de los Cuatro ríos, pues era la más espectacular de las tres fuentes, representando los ríos más importantes de aquella época: el Danubio, el Nilo, el Ganges y el Río de la Plata.

Allí mismo nos acomodamos en una de las terrazas que encontramos para comer, pedimos vino blanco y pasta, ese plato típico de la gastronomía italiana, que allí sabía mucho mejor que en cualquier otro lugar del mundo donde lo sirvieran.

Mi móvil empezó a sonar y sonreí al ver que era mi padre.

—Hola, papá.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy bien. Estamos comiendo en la *Piazza Navona*.

—Ya veré después las fotos, que Minerva me las enseña cada noche, sigue a Iker en sus redes.

—¿Qué dices? —me eché a reír.

—Lo que oyes, se ha convertido en fan del bautizado como “bombero sexy”, según una de sus seguidoras.

—Madre mía, mamá está fatal.

—Me gusta cuando te escucho llamarla así.

—Y a mí, llamárselo.

—Bueno, te he dado unos días de margen para que me cuentes. Porque imagino que hay algo que contar, ¿no?

—Sí, pero pensaba esperar a volver a casa.

—Cuéntamelo ya para que pueda saciar la sed de cotilleo que tiene tu madre —suspiró—. Nos dejaste a los dos con aquella llamada preguntándonos muchas cosas.

—En resumen, este hombre esperó tres años a que lo llamara y yo ni lo sabía. Y al final pues entendió que esa llamada no iba a llegar nunca porque pensó que no me interesaba —contesté y vi que Iker sonreía antes de dar un sorbo a su copa.

—¿Tanto tiempo lleva ese muchacho enamorado de ti, cariño?

—Sé ve que sí.

—Si me hubiera dicho su padre algo al respecto, habría intercedido.

—Pero pasó así, papá, y ya no se puede volver atrás.

—Entonces, ahora estáis... ¿juntos?

—Ajá.

—O sea, que uno de mis mejores amigos del instituto es mi consuegro. Pues tengo que llamarlo para invitarle a una cerveza.

—Eso, tú no dejes que le demos nosotros la noticia —reí.

—¿A mi padre? —preguntó Iker, y asentí— Ya lo sabe, ¿por qué crees que me dio los días libres, florecilla? —sonrió de medio lado.

—Vale, no he dicho nada papá. Invítalo a lo que quieras.

—Ahora lo llamo a ver si está libre esta tarde. Bueno, no os entretengo más hija, disfrutad de la comida y el resto del viaje. Te quiero.

—Y yo a ti, papá. Adiós.

Colgué mirando a Iker que seguía sonriendo, se acercó para darme un beso y me acarició la mejilla.

—Cuando le dije a mi padre que venía contigo a Roma, me advirtió que no volviera sin haberte dicho nada. Él quería decirle a tu padre el porqué de que me interesara por ti, pero le pedí que no lo hiciera, entendí que no querías nada.

—Pues deberías haberlo hecho, incluso buscarme o llamarme, no sé.

—Debería, sí.

Noté un ápice de tristeza en su tono y en su mirada, pero desaparecieron casi tan rápido como habían llegado.

Terminamos de comer, pedimos café y tras tomarlo y hacernos algunas fotos, paseamos por la plaza recorriendo cada rincón, compramos algunos recuerdos y disfrutamos de la música de varios artistas callejeros que amenizaban la estancia en la plaza.

El resto del día lo pasamos recorriendo la ciudad, adentrándonos por algunos de los callejones más antiguos, empapándonos de todo lo que envolvía a la ciudad de Roma y admirando cada rincón que tuviera una historia que contar.

Regresamos a la zona donde nos alojábamos justo para la hora de cenar y visitamos a Enzo, que nos sirvió una tabla de quesos, embutidos y sus deliciosos paninis.

Todo lo que queríamos ver de Roma ya lo habíamos visitado, por lo que decidimos que los días que nos quedaban en la ciudad, pasearíamos tranquilamente por otros lugares y rincones con encanto sin ninguna prisa, tan solo admirando la belleza que esos lugares desprendían.

—Cuando le dije a mi padre que venía contigo a Roma, me advirtió que no volviera sin haberte dicho nada. Él quería decirle a tu padre el porqué de que me interesara por ti, pero le pedí que no lo hiciera, entendí que no querías nada.

—Pues deberías haberlo hecho, incluso buscarme o llamarme, no sé.

—Debería, sí.

Noté un ápice de tristeza en su tono y en su mirada, pero desaparecieron casi tan rápido como habían llegado.

Terminamos de comer, pedimos café y tras tomarlo y hacernos algunas fotos, paseamos por la plaza recorriendo cada rincón, compramos algunos recuerdos y disfrutamos de la música de varios artistas callejeros que amenizaban la estancia en la plaza.

El resto del día lo pasamos recorriendo la ciudad, adentrándonos por algunos de los callejones más antiguos, empapándonos de todo lo que envolvía a la ciudad de Roma y admirando cada rincón que tuviera una historia que contar.

Regresamos a la zona donde nos alojábamos justo para la hora de cenar y visitamos a Enzo, que nos sirvió una tabla de quesos, embutidos y sus deliciosos paninis.

Todo lo que queríamos ver de Roma ya lo habíamos visitado, por lo que decidimos que los días que nos quedaban en la ciudad, pasearíamos tranquilamente por otros lugares y rincones con encanto sin ninguna prisa, tan solo admirando la belleza que esos lugares desprendían.

Capítulo 29



Después de cenar regresamos al apartamento, donde Iker me cargó en brazos para llevarme hasta la cama.

—¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa, florecilla? —preguntó en un susurro mientras, recostado sobre mí, subía poco a poco la tela de mi camiseta dejando el vientre a la vista.

—No estoy segura de haberlo escuchado, no —fruncí los labios.

—Pues lo eres —me dio un beso suave en el vientre—. Eres preciosa, la flor más bella que jamás había visto —susurró mientras seguía besando mi vientre de modo que me estremecía a cada paso que daba—. Mi hermosa florecilla —retiró la tela del sujetador liberando uno de mis pechos y gemí al notar la punta de su lengua deslizándose por el pezón.

Me dio un leve mordisco al tiempo que liberaba el otro, y no tardó en hacer lo mismo, lamer y morder el pezón, provocándome un escalofrío de placer.

Iker me quitó la camiseta y el sujetador en cuestión de segundos, se apoderó de mis labios con seguridad y nos devoramos mutuamente en un beso cargado de intenciones.

Sus manos me acariciaban despacio, como si quisiera grabar en la yema de sus dedos el recorrido de mi cuerpo, cada línea, cada curva, todo.

Bajó besándome el cuello, entre mis pechos, el vientre, y vi que tiraba del botón de mis vaqueros con los dientes mientras me observaba con los ojos color miel más oscuros que de costumbre.

Deseo, lujuria, hambre de mí, eso vi en aquellos ojos que me tenían completamente cautivada.

Poco a poco desabrochó mi pantalón y lo fue quitando, llevando consigo la braguita hasta dejarme completamente desnuda en la cama ante él.

Con una delicadeza que no esperaba, Iker cogió mi pie izquierdo de modo que levantó la pierna hasta colocarla sobre su hombro, y se fue inclinando dejando un camino de besos desde el tobillo hasta el interior del muslo. Me

miró, sonrió de ese modo pícaro que anticipaba que aquel iba a ser un momento de esos ardiente como el que más y deslizó la punta de la lengua entre mis pliegues.

Jadeé cerrando los ojos mientras arqueaba la espalda y notaba todo mi cuerpo siendo recorrido por un escalofrío como si de un rayo se tratara.

Iker siguió lamiendo muy despacio, de manera lenta y tentadora mientras mis manos fueron hasta su cabello.

Enredé los dedos en él, tiré con cuidado cada vez que la punta de su lengua se deslizaba en una lamida sobre mi clítoris, y gemí de puro placer cuando me penetró con el dedo.

Fue en ese momento cuando comenzó a ir más deprisa, tanto con esa juguetona lengua que tenía y me provocaba cada segundo que pasaba entre mis piernas, y con sus hábiles dedos, uno entrando y saliendo rápido y profundamente, y el pulgar de la otra mano, unido a la lengua haciendo que mi clítoris se sintiera cada vez más excitado al igual que yo.

Y me corrí, me corrí con tanta fuerza unos minutos después que creí que acabaría desmayándome, pero no fue así

Por el contrario, mi cuerpo y mi mente estaban tan excitados y ansiosos, anhelando eso que Iker podía darme, que me apresuré en quitarle la camiseta y en un movimiento rápido intercambié nuestras posiciones.

Le quité los pantalones y el bóxer liberando su miembro erecto y grueso, ese en el que se vislumbraba una gota de su esencia prueba de lo excitado que él mismo estaba.

Me mordí ligeramente el labio inferior mientras me inclinaba sobre Iker y lo besé con intensidad.

Sentía sus manos en mi espalda, acariciándome, bajando poco a poco hasta alcanzar las nalgas y dar un apretón en ambas, dejando claro que quería unirse a mí, pero aún no lo iba a dejar.

Abandoné sus labios para bajar por su cuello, dejando un camino de suaves besos como él había hecho antes.

Lamí y mordisqueé sus pezones, continué bajando haciendo que su piel se estremeciera mientras mis labios besaban y mis uñas arañaban con cuidado.

Contrajo el vientre al pasar por él con la punta de mi lengua, y cuando alcancé aquello que quería, lo miré y vi el brillo del deseo en sus bonitos ojos color miel.

,

Deslicé la lengua por la longitud de su miembro, desde la base hasta la punta, y él cerró los ojos al tiempo que jadeaba.

Ver su rostro cargado de placer me hizo sentir poderosa. Sonreí, y volví a hacer lo mismo un par de veces más,

, provocando que gimiera e incluso gruñera como si quisiera más.

Hasta que se lo di.

Acogí su miembro en mi boca y lamí al tiempo que mis labios subían y bajaban por él haciendo que se excitara aún más. Sentí una de sus manos en mi cabello y me fue guiando en los movimientos como más placer le daba, hasta que me hizo apartarme y recorrió con el pulgar mis labios.

—No queremos que acabe la noche antes de tiempo, ¿verdad? —murmuró y sonreí— Ven, florecilla, toma lo que quieras de mí.

—¿Lo que quiera? —Arquee la ceja mientras gateaba por la cama para colocarme sobre él, a horcajadas, hasta que nuestros sexos se rozaron.

—Todo lo que quieras, Jimena, soy tuyo esta noche, y todas las que vendrán.

. Me incliné para besarlo y guie su miembro a la entrada de mi vagina, penetrándome despacio mientras me deslizaba sobre él, sintiendo cómo se abría paso hasta llegar a lo más hondo de mí, uniéndonos por completo.

Ambos nos estremecimos y jadeamos en la boca del otro, y mi chico no tardó en llevar sus manos a mis nalgas para moverme a su antojo sobre él.

!

Nos fundimos el uno con el otro en ese instante de placer y deseo, de anhelo absoluto lo que los dos sentíamos y queríamos compartir con la persona por la que, sin duda alguna, teníamos unos fuertes sentimientos de afecto y cariño, de amor que comenzaba a crecer entre ambos.

1 Iker intercambió nuestras posiciones minutos después y comenzó a moverse más y más rápido, con más fuerza e intensidad, llegando a lo más profundo de mi ser.

Me besó y minutos después, ambos liberamos el clímax al que habíamos ido llegando poco a poco y de manera inevitable.

Iker se quedó relajado y recobrando el aliento sobre mí, abrazándome mientras acariciaba el interior de mi muñeca, pues había entrelazado nuestras manos, mientras yo deslizaba las yemas de mis dedos por su espalda.

Tenía los ojos cerrados y me sentía bien, tanto que no pude evitar pensar en que aquello era lo que quería, en que me gustaría poder disfrutar de cada noche cenando en mi casa con Iker, dormir abrazada a él y despertar juntos para desayunar antes de irme al trabajo.

Incluso me encantaría que estuviera allí esperándome cuando llegara, para recibirme con un beso y un abrazo.

—Iker —murmuré mientras miraba al techo.

—Dime —me besó el cuello.

—¿Por qué no te mudas a mi casa? —pregunté con el corazón en la mano, y el miedo atenazando mi cuerpo, pues igual había sido muy directa.

Iker levantó la cabeza y me miró sorprendido, no era para menos porque apenas acabábamos de empezar con lo que fuera que teníamos.

—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos?

e

—Bueno, yo...

—Jimena, ¿lo dices en serio? —me acarició la mejilla, y asentí—. Cariño, ¿te haces una idea de lo mucho que te quiero? No —sonrió—, no te la haces. Prometo que voy a cuidarte, florecilla, y voy a ser el mejor compañero de piso y novio del mundo.

—Más te vale, porque la última vez que decidí vivir con alguien me salió mal la cosa —resoplé.

—Conmigo, no —sonrió—, te aseguro que conmigo no te va a salir mal. Porque jamás te haría eso, Jimena. Si en algún momento siento que esto se acaba, que, por lo que sea, dejo de quererte, nos sentaremos a hablar, pero nunca, escúchame bien cariño, nunca te seré desleal de ese modo. Te quiero Jimena, te quiero desde hace tanto que estoy seguro, que jamás dejaré de hacerlo.

Sonreí aceptando sus labios y ese beso que me daba con todo ese amor que decía sentir.

Tal vez esto fuera un error, como lo había sido irme a casa de Alex, pero si había algo que tenía claro era que, peor de lo que me fue con él al tomar aquella decisión, no me iría con Iker, a quien conocía de mucho más tiempo a pesar de haber estado durante trece largos años sin vernos.

a

—Iker —murmuré mientras miraba al techo.

—Dime —me besó el cuello.

—¿Por qué no te mudas a mi casa? —pregunté con el corazón en la mano, y el miedo atenazando mi cuerpo, pues igual había sido muy directa.

Iker levantó la cabeza y me miró sorprendido, no era para menos porque apenas acabábamos de empezar con lo que fuera que teníamos.

—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos?

—Bueno, yo...

—Jimena, ¿lo dices en serio? —me acarició la mejilla, y asentí—. Cariño, ¿te haces una idea de lo mucho que te quiero? No —sonrió—, no te la haces. Prometo que voy a cuidarte, florecilla, y voy a ser el mejor compañero de piso y novio del mundo.

—Más te vale, porque la última vez que decidí vivir con alguien me salió mal la cosa —resoplé.

—Conmigo, no —sonrió—, te aseguro que conmigo no te va a salir mal. Porque jamás te haría eso, Jimena. Si en algún momento siento que esto se acaba, que, por lo que sea, dejo de quererte, nos sentaremos a hablar, pero nunca, escúchame bien cariño, nunca te seré desleal de ese modo. Te quiero Jimena, te quiero desde hace tanto que estoy seguro, que jamás dejaré de hacerlo.

Sonreí aceptando sus labios y ese beso que me daba con todo ese amor que decía sentir.

Tal vez esto fuera un error, como lo había sido irme a casa de Alex, pero si había algo que tenía claro era que, peor de lo que me fue con él al tomar aquella decisión, no me iría con Iker, a quien conocía de mucho más tiempo, a pesar de haber estado durante trece largos años sin vernos.

Capítulo 30



Seis meses después...

El viaje a Roma con Iker fue solo el principio de nuestra historia, una donde el amor, el cariño y el respeto eran la base de todo lo que nos unía.

Se vino a vivir conmigo sin pensarlo, al día siguiente de llegar del viaje ya estaba en mi apartamento con una maleta y algunas cosas, esas que fue llevando poco a poco durante aquella semana.

En estos meses nos habíamos ido acostumbrando a la convivencia, el uno al otro, incluso habíamos descubierto que teníamos mucho más en común de lo que hubiéramos imaginado.

Cada día con Iker era mejor que el anterior, si es que era posible, y en estos meses no había semana que no me sorprendiera con unas rosas entregadas en el bufete un día cualquiera porque sí.

Nuestros padres estaban encantados de vernos juntos y felices, mis hermanas no perdían la oportunidad de decirme que siempre habían tenido razón y que yo había estado ciega como un gato de escayola, y Elena por su parte, al igual que Víctor con quien seguía saliendo, se alegraba de verme tan enamorada y al lado de un hombre de los pies a la cabeza.

Daniela también me había dicho que le gustaba verme así, y que admiraba a Iker por haber esperado tanto tiempo esa llamada, y por haberse mantenido al margen cuando vio que estaba con otro, aunque ese otro resultara ser su hermano y un completo gilipollas, palabras de la propia Daniela, no las mías.

El trabajo para mí seguía siendo tan intenso como siempre, por desgracia eran muchas las mujeres de cualquier edad que veían cómo ese amor de cuento se convertía en la peor de las pesadillas, y yo ponía todo de mi parte para ayudarlas a salir de ellas.

En alguna ocasión había coincidido con Alex en los juzgados, pero al menos mostró un poco de decencia evitando acercarse a mí, tal como le pedí.

Nadie me hablaba de él, desde que regresé de Roma con Iker de la mano, dejé claro que no quería saber nada de

aquel hombre que una vez pareció poner la Luna a mis pies para después arrebatármela. Sofía lo veía al igual que Elena, puesto que mi hermana, seguía siendo su cuñada y mi mejor amiga la novia de su amigo, pero jamás nos habían hecho coincidir juntos.

Mis noches de chicas seguían siendo perfectas y divertidas, y cuando salíamos todos en pareja me gustaba ver cómo tanto Nico, como Víctor, habían hecho una gran amistad con Iker.

Acababa de salir de la secretaría de los juzgados para recoger unos papeles que me había pedido mi padre, cuando escuché que me llamaban, y reconocería aquella voz en cualquier parte por mucho el tiempo que pasara.

—Jimena —me giré y ahí estaba Alex, con su traje azul marino, la camisa blanca, el cabello rubio y esos ojos marrones con motitas ámbar que una vez admiré.

Habían pasado casi siete meses desde que todo lo que empezábamos a tener se desmoronó, y en ese momento, teniéndolo tan cerca que podía distinguir su perfume a la perfección, no sentí nada, absolutamente nada de lo que una vez sentí.

—Te veo bien —sonrió levemente—. ¿Cómo te va?

—¿Qué quieres, Alex? Tengo un poco de prisa —contesté.

—¿Podemos hablar, por favor? Ha pasado mucho tiempo.

—Por suerte para mí. ¿Qué necesitas? Si es por temas profesionales, mejor habla con mi padre.

—No es profesional, pequeña, es personal —dijo acortando aún más la distancia.

—No vuelvas a llamarme así, no tenemos esa confianza. Para ti, soy Jimena.

—Sé que estás dolida.

—Lo estuve —le aclaré—, durante un tiempo lo estuve. Pero dejé de pensar en ti y en ese dolor antes de lo que puedas imaginar.

^a—Lo sé, vi las fotos —frunció el ceño—. Fui un gilipollas, lo admito, metí la pata y lo siento. Yo, no sé qué me pasó, no sé en qué pensaba.

^j—Está claro en lo que pensabas, en darte un revolcón con tu ex porque aún te excitaba. En serio Alex, no tengo tiempo para esto, me están esperando.

—¿Sigues con él? Porque me gustaría que nosotros volviéramos —dijo llevando su mano a la mía, pero la retiré

antes de que la cogiera.

—¿Volver? —empecé a reírme como una loca, aquel sí que era un buen chiste, vaya— Nunca volvería contigo.

—¿Vas a decirme de verdad que no sentiste nada por mí cuando estábamos juntos? ¿Acaso fingías?

—¿Y tú? Porque no fui yo la que se acostó con su ex teniendo a su nueva futura novia viviendo en la casa. ¿O es que aquella noche querías que te encontrara para ponerte más fácil el tener que romper?

—No, no fue así como pasó, maldita sea.

—Alex, no me importa cómo fuera, lo que se te pasó por la cabeza o lo que hicieras. Me olvidé de eso, de ti y de todo lo que alguna vez representantes en mi vida.

—Te sigo queriendo, Jimena, sé que en aquel momento te quería y no debió pasar aquello.

—Pero pasó, y me fui. ¿Por qué estás aquí, Alex? ¿Por qué buscas mi perdón y que vuelva contigo? Es porque te lo ha vuelto a hacer, ¿verdad? Ella te ha engañado con otro —sí, jugaba con ventaja porque hacía un mes que Daniela me contó aquello, solo en modo informativo y para decirme que se lo había advertido a su hermano y no le hizo caso—. Bueno, no es que me alegre, aunque un poco sí, la verdad, te han hecho lo que tú me hiciste a mí.

—No he venido a decirte que te quiero porque ya no esté con ella, lo siento de verdad.

—Pues yo lo siento también, porque no es recíproco. ¿Sabes lo que pasa con la gente que te engaña una vez, Alex? Que puede volver a hacerlo otra vez, y otra, y otra, y así tantas veces como oportunidades le dé la otra persona para hacerles daño. Yo no voy a volver contigo porque soy feliz de verdad, tengo a alguien esperando en casa que me quiere de verdad, que daría todo por verme sonreír al igual que yo, y si aceptas un consejo de alguien que una vez te apreció y vio en ti a un buen hombre, no caigas de nuevo en los brazos de tu ex cuando vuelva arrastrándose a buscar tu perdón y tu amor, porque si te ha engañado dos veces, nadie puede asegurar que no lo haga una tercera. Te deseo de todo corazón que encuentres a alguien que te vea de verdad, pero para ello tienes que darte la oportunidad de ser el hombre que debes ser, Alex. No juegues con los sentimientos de una persona, no le pongas el mundo a sus pies y le digas palabras bonitas, pero vacías, para dejarla con el dolor del rechazo solo por volver con tu ex. A mi modo de ver esa mujer no te merece, pero ha visto que eres débil, que puede chasquear los dedos y volverás con ella, y eso no es bueno ni es amor, Alex.

Seguía callado escuchándome, con los ojos fijos en mí, eché un vistazo al reloj y vi que ya iba con algunos minutos de retraso, por lo que suspiré.

—Tengo que irme, como te he dicho, me están esperando.

Ni siquiera esperé a que respondiera, me giré y comencé a caminar hasta la salida del juzgado para ir al bufete a

dejar los papeles de mi padre antes de ir a ver a mi médico.

l

o

,

dejar los papeles de mi padre antes de ir a ver a mi médico.

Capítulo 31



Llegué a la clínica y tras aparcar vi a Iker esperando en la puerta con el móvil en la mano, seguramente iba a llamarme porque llegaba diez minutos tarde.

—¡Iker! —grité saliendo del coche, y me miró— Lo siento, me entretuvieron en los juzgados —dije al llegar a él antes de darle un beso.

—¿Mucho trabajo, florecilla? —curioseó pasándome el brazo por los hombros para entrar conmigo.

—Alex quería hablar conmigo —contesté, y me miró con atención—. Resumiendo, la conversación, me ha pedido perdón por lo que hizo, me ha dicho que aún me quiere —noté que se tensaba— y me ha pedido volver.

—¿Qué le has dicho? —preguntó en apenas un susurro.

—Que sí, obvio —respondí, y lo vi cerrar los ojos mientras sus hombros caían con pesar—. ¿Qué crees que le he dicho, bobo?

—No lo sé, Jimena.

—Oye —me detuve delante de él y, a pesar de que era más alto que yo, sostuve sus mejillas entre mis manos haciendo que me mirara fijamente—. Te quiero a ti, mi vida, y sé que no dejaré de hacerlo nunca. Eres lo que no sabía que anhelaba en mi vida.

—Yo también te quiero, florecilla —me abrazó con todas sus fuerzas.

—Vamos, antes de que se me pase la hora de consulta —dije cogiéndole la mano.

Hacía unos días que había empezado a sentirme rara, estaba un poco más cansada de lo normal, pero también tenía mucho trabajo, no solo llevaba mis casos, sino que estaba ayudando a mi padre en algunos en los que necesitaba una visión diferente.

Si me recostaba en el sofá acababa quedándome dormida, por no hablar de que algunas veces tenía más hambre de

lo normal, y otras perdía el apetito. Mi madre decía que podía ser falta de vitaminas o hierro, así que me habían hecho unos análisis dos días atrás e iba a recoger los resultados.

Nos sentamos en la sala de espera y diez minutos después, me llamó el médico para que entrara.

—Hola —saludamos Iker y yo.

—Hola, pareja —sonrió el doctor Villa—. ¿Cómo te has sentido estos días?

—Igual, agotada y sin mucho apetito.

—Bien, veamos los análisis, si es falta de vitaminas te daré una receta para unas muy buenas que dan resultados en apenas una semana —contestó tecleando en el ordenador, como hacía siempre, para entrar en mi expediente médico—. Normal —murmuró—, hum, esto un poco bajo, esto también... —seguía leyendo y murmurando, hasta que se le abrieron los ojos—. Vaya.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Iker preocupado— ¿No es falta de vitaminas?

—En parte sí, y es normal, si os soy sincero. Jimena, recuéstate en la camilla, por favor —me pidió mientras cogí el teléfono y escuché que decía el nombre de una mujer—. Teresa, ¿puedes traer el ecógrafo?

Ya estaba recostada en la camilla, y en ese momento Iker y yo nos miramos con el ceño fruncido, ¿para qué quería mi médico el ecógrafo?

Fui a preguntar, pero la puerta se abrió y vi entrar a una mujer de unos cincuenta años, sonriendo, empujando el ecógrafo que reconocí de la sala de ginecología.

El doctor Villa se acomodó en el taburete al lado de la camilla, me pidió que me levantara la blusa y bajara un poco la falda, y así lo hice.

Tras poner el gel frío sobre mi vientre empezó a pasar el ecógrafo y lo vi sonreír.

—Aquí tenemos al responsable de tu malestar y agotamiento —dijo señalando la pantalla—. Estás embarazada de ocho semanas, Jimena —nos miró—. Felicidades a los dos.

En shock, así me quedé al escuchar las palabras de mi médico, mientras miraba la pantalla donde se veía un pequeño bulto nadando.

a

Sentí de pronto algo en el pecho y noté que mi corazón latía con fuerza. No escuché a Iker hablar y no sabía qué estaba pensando él en ese momento, así que lo miré girando la cabeza como a cámara lenta y estaba igual que yo, callado con la boca abierta y sus ojos color miel fijo en la pantalla donde se veía a nuestro pececillo.

e

Porque era nuestro, aquel bebé lo habíamos hecho Iker y yo hacía ocho semanas, y pensando hasta el momento de la posible concepción, sonreí. Fue cuando celebrábamos nuestros cuatro meses juntos.

—Iker —lo llamé mientras acercaba la mano a su mejilla para acariciarlo.

—¿Qué? —preguntó.

—Di algo.

—Yo... ¿Voy a ser padre? —Miró al doctor.

—Ajá, aquí está tu hijo, o hija, porque no sabemos lo que será, pero sí que solo hay un bebé —sonrió.

^a—Voy a ser padre —murmuró sin apartar la mirada de la pantalla—. Estás embarazada, cariño —dijo mirándome de nuevo y sonreí.

—Sí, eso parece.

^a—Dios, ¿te haces una idea de lo feliz que me hace esto?

—¿De verdad? —pregunté con un poco de temor.

^a

—¿Bromeas? Por supuesto que sí, cariño —me abrazó y dejó un suave beso en mis labios—. Eso es increíble, Jimena, maravilloso. Este bebé solo hace que lo nuestro sea mucho más real de lo que ya era —sonrió volviendo a besarme—. Te quiero, mi amor, os quiero a los dos.

Se me cayeron algunas lágrimas de felicidad que él retiró con sus pulgares mientras el doctor Villa se levantaba dejándonos un poco de privacidad para ir a por algunas indicaciones y folletos.

Después de que me recetara algunas cosas que debía tomar durante un tiempo y que me concertara una cita con mi ginecóloga para revisar que todo iba bien en un mes, salimos de la clínica y llamamos a nuestros padres y a mis hermanas para pedirles que fueran al restaurante cerca del bufete para hablar con ellos.

Todos querían saber de qué se trataba, pero les dijimos que se lo contaríamos cuando nos viéramos.

Cuando llegamos estaban todos esperándonos, nerviosos e intrigados por lo que podíamos decirles.

—No será que vais a romper —comentó Humberto, mi suegro.

—No papá, no es eso.

—Menos mal, porque ya me veía dándote una charla para quitarte esa idea de la cabeza —resopló.

—¿Os vais a casar, hermanita? —preguntó Lorena con una sonrisa en los labios.

—Algún día espero que sí, que acepte ser mi mujer —le dijo Iker.

—¿Entonces? ¿Qué pasa hija?

Miré a Iker, sonreímos mientras nos cogíamos de la mano, y respiré hondo antes de mirar a nuestra familia y darles la noticia.

—Estoy embarazada de ocho semanas, nos acabamos de enterar.

—¿Qué? —gritaron mis hermanas.

—¿Vamos a ser abuelos? —preguntaron Humberto y mi padre, al unísono.

—¡Ay, Dios mío! ¡Un bebé! Por eso estabas tan agotada últimamente, ¿cómo no me di cuenta? —dijo mi madre, abrazándome— Felicidades, mi niña, vas a ser una mamá estupenda.

—Gracias.

—¡Vamos a ser titas! —gritó Sofía— Por favor, qué ilusión me hace, felicidades hermanita —otro abrazo, y veía a mi padre y mi suegro abrazar a Iker y darle la enhorabuena.

—Mi sobri va a ser el bebé más consentido de Málaga, te lo digo yo —comentó Lorena con los ojos vidriosos—. Me alegro tanto, Jimena, de verdad. Vais a ser unos padres geniales.

—Hija —mi padre también tenía los ojos vidriosos—. A tu madre le haría muy feliz esta noticia.

—Lo sé, papá —cerré los ojos notando cómo caían unas lágrimas por mis mejillas.

—Chiquitina, que te has convertido en toda una mujer —Humberto me abrazó y me eché a reír al escuchar a Iker.

—Ya lo era, papá.

—Es verdad, en trece años la chiquitina de sonrisa pizpireta se convirtió en mujer. Jimena, no sabes lo feliz que me hace que vayas a darme un nieto. Eres la luz que ilumina los días de mi hijo, eres todo su mundo —dijo mirándome fijamente.

—Vamos a la mesa a comer y brindar, hay que pedir vino y champán.

—Papá, que Jimena no puede beber —comentó Lorena.

—Pero los demás sí. Y aunque tengamos que dejar el coche aquí, mi consuegro y yo nos vamos a beber mínimo dos botellas de champán para celebrar que vamos a ser abuelos. ¿Es o no, Aitor?

—Es, es, Humberto —contestó mi padre.

—Verás que al final sacamos a los abuelos yendo a gatas —Sofía volteó los ojos.

Iker me rodeó por la cintura para ir hasta la mesa y me dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, florecilla— susurró en mi oído—. Te quiero con toda mi alma.

—Y yo a ti, cariño —sonreí poniéndome de puntillas para besarlo.

—Papá, que Jimena no puede beber —comentó Lorena.

—Pero los demás sí. Y aunque tengamos que dejar el coche aquí, mi consuegro y yo nos vamos a beber mínimo dos botellas de champán para celebrar que vamos a ser abuelos. ¿Es o no, Aitor?

—Es, es, Humberto —contestó mi padre.

—Verás que al final sacamos a los abuelos yendo a gatas —Sofía volteó los ojos.

Iker me rodeó por la cintura para ir hasta la mesa y me dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, florecilla— susurró en mi oído—. Te quiero con toda mi alma.

—Y yo a ti, cariño —sonreí poniéndome de puntillas para besarlo.

Capítulo 32



Siete meses después...

—Vamos, Elena, que ya está todo solucionado —dijo al ver a mi amiga al borde de un ataque de nervios, digno de película.

—Es que no me puedo creer que me hayan dejado plantada el día de mi boda.

—Mujer, dicho así quien te oiga pensará que ha sido Víctor, y el pobre está esperando a que te dignes a bajar —contestó Sofía volteando los ojos.

—¿Qué pastelero deja a una novia sin pastel el día de su boda? ¿Eh? —gritó.

—Pues uno que ya tiene varias reseñas negativas en su página. Tú, tranquila —dijo Lorena mientras tecleaba—. He subido la mía, la de Sofía, la de mamá y la de Jimena. Nico también acaba de subirla.

—Y yo —añadió Daniela.

—Si es que sabía que algo tenía que salir mal —protestó—, lo intuía. Y el día no ha hecho más que empezar, veremos cómo acaba —resopló.

—Si eres tan pesimista, seguro que acabamos arrastrados por las olas de la playa por un tsunami de calibre ocho —soltó Lorena.

—Déjate de olas, que yo iba a parecer Moby Dick rodando por la arena —protesté.

—Ay, mi sobrino, qué ganas tengo de verle la carita —rio Lorena, pasándome la mano por mi enorme barriga de casi nueve meses.

—No estarás pasando otro boleto de lotería por ahí, ¿verdad?

—No, Sofía, no lo estoy pasando.

—¿Cómo está la novia? —preguntó mi madre, entrando en la habitación.

—Blanca, radiante, y con un ataque de nervios —contesté riendo.

—Vengo a decirte que el pastel ya está en la cocina del restaurante —sonrió.

—Por Dios, gracias Minerva —la abrazó con fuerza—. Si no es por ti, me quedo sin pastel.

—Menos mal que la mujer del pastelero es la mejor clienta que tengo y me ha hecho el favor.

—Pues sí, esa mujer se ha ganado el cielo, y el marido más —dije.

—Si estás lista, Elena, vamos bajando.

—Sí, vamos allá —suspiró.

—Oye, una cosa —la detuve—. No hay vuelta atrás, esta boda es para siempre, no me digas dentro de un año o dos que te divorcias.

—Pues claro que es para siempre, con lo que quiero yo al insistente de mi abogado —rio.

—Madre mía, y pensar que hace años que te rondaba ese hombre y tú ignorándolo —comentó Lorena.

—Era un mujeriego, y yo no quería ser una más del porcentaje de conquistas.

—A mí aún me alucina que Víctor dejara esa vida atrás, es que se enamoró de ti como un quinceañero —rio Daniela.

—Venga, vamos a bajar antes de que crea que ella ha cambiado de opinión —dijo mi madre, y la acompañamos todas hacia la playa donde iba a celebrarse la boda.

Al igual que cuando se casaron mis padres, todos los empleados de nuestro bufete estaban ahí acompañando a Elena en su gran día, así como muchos de los compañeros de Víctor, entre los que se encontraban David y Alex.

Los padres de Elena hacía tiempo que no estaban con nosotros, por lo que Humberto, mi suegro, que la conocía al igual que a mí desde que era una niña, se ofreció a llevarla hasta los brazos de su futuro marido.

—Estás preciosa, Elena —sonrió al verla, y razón no le faltaba.

El vestido era entallado, de escote en forma de corazón y tirante fino, la gasa que lo cubría era de lo más vaporosa

y tenía una pequeña y discreta cola.

—Tus padres se alegrarían de verte en este momento —le dijo dándole un beso en la frente—. ¿Lista?

—Lista —sonrió ella.

—Pues vamos, que el novio espera —Humberto le hizo un guiño y comenzaron a caminar por aquella alfombra rosa pastel que habían colocado desde la salida del salón donde se celebraría el convite, hasta la playa donde esperaban Víctor y el oficiante.

Antes de que salieran, las chicas, mi madre y yo fuimos a ocupar nuestros asientos, Iker me recibió con una preciosa sonrisa y un beso en los labios.

No me pasó desapercibido el modo en el que Alex y David nos miraban, pero me daba igual.

Desde aquel día, meses atrás, en el que Alex me abordó en los juzgados pidiéndome que volviera con él, no habíamos vuelto a hablar. Nos cruzábamos como era normal, pero me evitaba, y yo a él.

Con David sí había hablado en alguna ocasión, me dio la enhorabuena por mi estado y me deseó toda la felicidad del mundo con mi pareja, esa que su hijo no supo darme y a él tanta pena le causaba pues dijo que habría sido una nuera perfecta.

Ahora era Alex el que llevaba esa vida que antes tenía Víctor, acostándose con algunas abogadas de los juzgados incluso según nos comentó Daniela, con una antigua compañera de universidad que resultó ser amiga de su exnovia la modelo.

Me centré en mi mejor amiga caminando hacia su futuro marido, que la miraba con los ojos llenos de amor y hasta me atrevería a decir que un poco vidriosos. Cuando Humberto y ella llegaron hasta él, Víctor le cogió la mano a Elena y se la acercó a los labios para darle un dulce y tierno beso.

El oficiante comenzó con la ceremonia y como ocurrió en la boda de mis padres, allí acabamos todas llorando, incluida la novia.

Iker me abrazaba, al igual que mi padre a mi madre y Nico a Lorena, mientras Sofía y Daniela se abrazaban mutuamente.

—Sí, quiero —contestó Víctor con una bonita sonrisa mientras se notaba absoluta devoción por mi amiga en su mirada.

—Sí, quiero —dijo ella, con la voz entrecortada por las lágrimas.

Cuando el oficiante los declaró marido y mujer, ambos se fundieron en un beso lleno de ese amor que nos habían transmitido a todos desde el momento en el que entrelazaron sus manos.

Aplaudimos, les felicitamos y lanzamos arroz mientras Elena pedía que parásemos, y de ahí pasamos a una zona donde los novios se hicieron fotos para el recuerdo, incluso con todos sus amigos.

—Jimena —me giré al escuchar a Nico a mi espalda—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

—Claro, ¿qué pasa?

—Quería tu opinión, pero tu opinión sincera.

—Si le pides a Lorena que se case contigo te va a decir que sí —me adelanté a lo que quería hablar, y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo sabías...?

—Si hay algo que he aprendido gracias a ella y a Sofía, es que hay que hacer caso a las señales. Y tú llevas un mes lanzando indirectas —sonreí—. ¿Tienes dudas con el anillo?

—Pues sí, no sé si le va a gustar.

e—Deja que lo vea —le pedí, y me enseñó una foto que tenía en el móvil, pues seguro que mi futuro cuñado había preparado algo bonito y especial para pedírselo—. Es precioso, Nico —sonreí—, a Lorena le va a encantar. ¿Cuándo se lo vas a pedir?

a—El viernes, a los pies de la Torre Eiffel —sonrió—. La llevo allí a pasar el fin de semana a modo de sorpresa.

—Eres un buen hombre, Nico —le acaricié el brazo—. Me alegro de que mi hermana pequeña te tenga en su vida.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Iker acercándose y rodeándome desde atrás.

—Todo perfecto, mi vida —sonreí recibiendo un beso en los labios—. Solo quería hacerme una consulta.

—Voy a buscar una copa de vino —dijo Nico, y se alejó.

—Elena está preciosa, y feliz —comentó mientras nos girábamos para ver a mi mejor amiga agarrando de la mano a su recién estrenado marido.

—Sí, y eso que no quería aceptar ni siquiera tomar un café con él.

—Desde luego, ellos son el claro ejemplo de que la vida da muchas vueltas.

—Y nosotros —arqueé la ceja—. Porque yo sinceramente sigo como en una nube. O sea, ¿el chico mayor al que veía y pensaba que me veía a mí como a una niña, enamorado de mí y a punto de convertirse en padre conmigo? Que me pellizquen porque esto es un sueño, vamos —reí.

—No es un sueño, florecilla, y de serlo, que no me despierten porque estoy feliz de tener a mi lado a la mujer que siempre amé.

Me besó con esa dulzura a la que me tenía acostumbrada y fuimos junto a nuestra familia.

Desde ese momento la boda de mi mejor amiga se convirtió en lo que ella quería desde que nos había dicho que se casaba, cinco meses atrás.

Risas, música, comida y bebida, peticiones a los novios de que se besaran y esa apertura del primer baile con el que nos hicieron llorar a todas las mujeres presentes.

Las horas pasaron y ya entrada la noche noté una pequeña molestia, una especie de pinchazo en el bajo vientre y se lo dije a mi madre que, al ver que me agarraba con fuerza a la silla, llamó a mi padre y a Iker.

—Son contracciones, hay que llevarla al hospital —les dijo.

—¿Contracciones? —grité— Pero si falta al menos una semana... ¡Ay, Dios! —sí, aquello era otra contracción.

—¿Jimena? ¿Qué pasa, cariño? —preguntó Elena.

—Que mi nieto ya quiere asomar la cabeza —contestó mi padre.

—No puede ser, ¿el día de mi boda? —soltó una carcajada— Te lo dije, te dije que algo más iba a pasar.

Sonreí, pero noté otro fuerte dolor y entre Iker y Humberto me llevaron al coche para ir al hospital.

Mis padres, mis hermanas y sus parejas nos acompañaron también, mientras que Elena le pidió a Sofía que la avisara en cuanto mi pequeño llegara al mundo.

El camino al hospital lo hice agarrándome con fuerza a la manilla de la puerta, controlando la respiración tal como me había enseñado la profesora de las clases de preparación al parto, y con un Iker nervioso contando el tiempo que transcurría entre una y otra.

Nada más llegar me sentaron en una silla de ruedas, mis padres se quedaron en el mostrador rellenando los datos, e Iker me acompañó al quirófano donde el médico comprobó mi estado.

—Estás muy dilatada, y el niño empuja para salir. No hay tiempo ni para epidural —dijo.

—¿Qué? No, no, por Dios, yo no puedo tenerlo así, sin anestesia ¡¡¡aaahhh!!!

—Sí, sí puedes porque está a punto. Vamos, preparadlo todo que el niño ya viene —les indicó a las enfermeras.

Y ahí fue la valiente de Jimena, o sea, yo, a ponerse en trabajo de parto sin epidural y agarrando la mano de Iker con tanta fuerza, que el pobre me miraba como si le estuviera aplastando los dedos.

Entre empujones, gritos, chillidos, una enfermera limpiándome el sudor de la frente y el médico pidiéndome que siguiera empujando una y otra vez, mientras le gritaba a Iker que no iba a volver a dejarlo meterse entre mis piernas, mi pequeño vino al mundo.

Era precioso, se veía arrugadito, pero era normal, había estado empujando para salir al mundo y conocer a sus padres, o sea, el arriesgado y fuerte bombero y la abogada dura que ahora lloraban como dos niños al ver la carita del fruto de nuestro amor.

Tenía el pelito negro, como Iker, y según dijo la enfermera que le vio con los ojitos abiertos, tal vez los tendría también de color miel, como él.

—Ya te vale, mi niño, nueve meses en mi barriga para que te parezcas a tu padre, es que vamos —resoplé—. Menudo peligro vas a tener.

—Y que lo digas, que tu marido es guapo y atractivo —dijo la enfermera más mayor haciendo que Iker se sonrojara y yo sonriera.

—¿El rey de la casa tiene nombre? —preguntó el médico— Para el registro y demás.

Miré a Iker y no pude evitar sonreír, pues él no sabía qué nombre había escogido, dado que me dijo que lo escogiera yo.

—Ángel, se llama Ángel —sonreí, e Iker también—. Me dijiste que podía escoger el nombre y, dado que tú fuiste en dos ocasiones como un ángel de la guarda para mí, y que lo nuestro empezó en Roma, donde más ángeles vimos en el Castillo Sant'Angelo, quería que ese fuera su nombre.

,

—Ángel —murmuró acariciando la cabeza de nuestro pequeño—. Me gusta —se inclinó para besarme—. Tengo una pregunta que hacerte, florecilla, ahora que tenemos nuestro pequeño ángel con nosotros.

—¿El qué, mi vida?

—¿Me harías el hombre más feliz del mundo casándote conmigo? Quiero que seas mi mujer de manera completamente real.

—¿Me harías el hombre más feliz del mundo casándote conmigo? Quiero que seas mi mujer de manera completamente real.

Epílogo



Cuatro años después...

La vida era capaz de sorprendernos cuando menos lo esperábamos, eso estaba claro, pero también era capaz de hacernos ver más allá de lo que jamás creímos que podríamos ver.

¿Quién iba a decirnos a mi mejor amiga y a mí, que acabaríamos viviendo aquel verano de un modo tan intenso?

Porque así fue, poco más de cinco años atrás, como viví cada día del verano.

No solo porque mi padre se casó con la mujer que había conseguido que volviera a sentir un amor como el que sintió por mi madre, sino porque conocimos el amor de primera mano en nuestras propias carnes.

Por no hablar de que junto al amor llegaron el miedo, el dolor, el sufrimiento, la incertidumbre y pensar que perdería a personas importantes en mi vida.

Pero todo eso quedó atrás, tanto que ya ni pensábamos en ello.

En los cuatro años que habían pasado desde que nació mi primer hijo, la vida me había regalado muchos momentos felices con él y su padre, ese hombre que me convirtió en su esposa hacía ya tres años, pues esperamos a que nuestro pequeño tuviera un año para poder llevarlo con nosotros a nuestro viaje de luna de miel, ese que no podía tener otro destino que Roma, donde todo empezó y donde, como se decía al lanzar las monedas en la *Fontana di Trevi*, yo encontré el amor y estaba escrito que Iker y yo debíamos volver.

Fueron quince días donde no solo recorrimos cada rincón que vimos en nuestro primer viaje, sino que visitamos la casa de Julieta y nos alojamos en un hotel en La Toscana con viñedos.

En cuanto a nuestras profesiones, él seguía siendo bombero y salvando vidas de incendios como en el que a punto estuve de perder a mi padre. Y yo, a mi manera, también salvaba las vidas de aquellas mujeres que vivían en una pesadilla a manos de sus parejas.

Mi padre seguía al frente del bufete, Elena trabajaba como abogada matrimonialista y Víctor fichó por nosotros

cuando Alex, su amigo de toda la vida, renunció a seguir llevando el que una vez levantó su padre, vendiendo sus acciones para asociarse con su mujer, aquella antigua compañera de universidad con la que finalmente se casó un par de años después.

Al estar Daniela casada con mi hermana Sofía, y ser las felices mamás de una niña preciosa de un año llamada Bianca que nos tenía a todos locos y enamorados, David venía a muchas de las comidas o cenas familiares y era uno más.

Lorena y Nico también se casaron, él, tal como me dijo, le pidió matrimonio a los pies de la Torre Eiffel y lo subió a sus redes, algo que gustó a los seguidores de ambos y nos dejó a todos con la lagrimita en los ojos.

Ellos también nos hicieron tíos, y mi pequeño Ángel tenía un primo llamado Mario de tres años con el que correteaba por el jardín de casa de mis padres sin parar.

Elena y Víctor también se convirtieron en padres, una niña guapísima como mi mejor amiga, de tres años y a quien llamaron Paula.

Y yo también aumenté la familia, mi hija Lucía ya tenía casi dos años y según decían todos, era una pequeña mini Jimena.

Cuando supimos que estábamos embarazados de nuevo, Humberto nos cedió la casa en la que vivía, donde se había instalado con Iker al regresar a Málaga, dado que contaba con tres habitaciones y un jardín donde pusimos una piscina y columpios para ellos, de modo que yo le di mi apartamento que dijo que era un pisito de soltero donde llevar a sus ligues.

Aquello nos hizo reír a todos puesto que nadie había conocido un ligue a mi suegro, como tampoco al comisario Jorge Narváez, que seguía siendo parte de nuestra familia, como también lo eran Raúl y Jesús, ese par de hermanos que cuando decidíamos salir todos los matrimonios sin niños, nos hacían pasar las horas entre risas y bailes en el bar que Jesús aún regentaba y que mis hermanas, como influencers, seguían promocionando.

Iker no había cambiado, aún cenábamos y nos dormíamos abrazados, muchas noches después de habernos dejado llevar por el amor y la pasión, y por la mañana se levantaba temprano para preparar el desayuno.

—Mami —me giré al escuchar a Lucía llamándome.

Estaba sentada en su trona y acaba de comerse la fruta troceada que le había puesto, igual que a su hermano.

—¿Ya has terminado, mi vida? —asintió y la cogí en brazos— ¿Y tú, mi amor?

—Sí, mami —contestó Ángel.

—Pues vamos, a la ducha y a esperar a que llegue papá a cenar —le di un beso a mi hijo, que se bajó del taburete casi de un salto, y fui con los dos al cuarto de baño.

Dejé a mi niña sentada en el suelo jugando con las muñecas mientras le quitaba la ropa a Ángel y lo bañaba, cuando acabé con él le puse el pijama y se sentó en la silla que teníamos allí, junto a la bañera, para cantar con su hermanita pequeña mientras le daba su baño.

Se querían con locura, era pasión lo que sentía el uno por el otro, y sabía que cuando fueran mayores tendrían una relación como la mía con mis hermanas, pero no solo entre ellos, sino con sus hijos y con la hija de Elena.

Le puse el pijama a Lucía y en ese momento escuchamos a Iker llamándonos, no tardaron en salir corriendo los dos para ir a que su padre les cogiera en brazos.

Y como siempre, lo encontré tirado en el suelo con ellos encima, riendo mientras su padre les hacía cosquillas.

¿Se podía tocar la felicidad? Era una pregunta que me había hecho muchas veces, y sin duda que la respuesta era que, si se pudiera tocar, esa escena era la que mejor representaba la felicidad.

Ver al hombre al que amaba con todo mi ser riendo con mis hijos, era tocar y disfrutar de la felicidad más plena y absoluta.

—Vale, vale, vosotros ganáis —dijo Iker mientras ellos seguían intentando hacerle cosquillas, y aunque no lo conseguían, él les hacía pensar que sí—. Me rindo, sois dos contra uno.

—Mami, ¡hemos ganado! —gritó Ángel, levantando las manos.

—¡*Chí!* —añadió Lucía con su lengua de trapo, y mi marido soltó una carcajada.

Se levantó sosteniendo a cada uno en un brazo y se acercó a mí.

—Hola, florecilla —sonreí como aquella niña a la que solía llamar así, y es que por muchos años que pasaran, nunca se cansaba de llamármelo. Me dio un beso y le quité a la niña de los brazos—. Voy a darme una ducha.

—Vale. Tenemos lasaña para cenar —le informé y asintió.

Dejé a los niños en el salón viendo los dibujos mientras ponía la mesa, cuando Iker regresó nos sentamos y disfrutamos de una cena en familia como siempre.

A la hora de acostarlos él llevaba a Ángel en brazos y yo a Lucía, cada uno tenía su habitación, así que cada noche nos encargábamos de acostar uno de nosotros a cada niño, de modo que supieran que tanto Iker como yo los queríamos a los por igual y no había un favorito para ninguno, queríamos que cuando fueran más mayores eso lo

tuvieran claro.

Fui a la cocina tras acostar a mi niña y escuché los murmullos en la habitación de Ángel, pues solían hablar sobre el trabajo de Iker y mi hijo ya decía que de mayor quería ser bombero, como él y su abuelo.

Acababa de recoger la cocina cuando noté los brazos de mi marido rodeándome por la cintura. Suspiró tras besarme la cabeza y noté que estaba intranquilo.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté sin que me soltara.

—Ha sido un día duro.

—El incendio en esa casa —intuí, pues había visto las noticias, él asintió.

—Casi pierden a sus dos hijos, por suerte los sacamos a tiempo —giré entre sus brazos para besarlo y darle un abrazo.

—Lo habéis hecho bien, Iker, no te atormentes.

—Es que en esos casos veo a nuestros hijos, me pongo en su lugar, y...

—Vale, se acabó hablar de trabajo —le sostuve ambas mejillas—. ¿Qué dijimos desde que nació Ángel?

—Que no entraría el trabajo en casa.

—Exacto —le di un beso—. Vamos al sofá a relajarnos viendo un capítulo de la serie.

Iker asintió, me cogió de la mano y nos acomodamos en el sofá como cada noche.

Hubo un tiempo en el que creía que amé a Alex, cuando realmente era solo deseo lo que me unía a él.

Y entonces Iker me hizo sentir de verdad, me hizo abrir los ojos y descubrí que él, y solo él, era lo que anhelaba tener, la persona que amaba con todo mi corazón.

tuvieran claro.

Fui a la cocina tras acostar a mi niña y escuché los murmullos en la habitación de Ángel, pues solían hablar sobre el trabajo de Iker y mi hijo ya decía que de mayor quería ser bombero, como él y su abuelo.

Acababa de recoger la cocina cuando noté los brazos de mi marido rodeándome por la cintura. Suspiró tras besarme la cabeza y noté que estaba intranquilo.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté sin que me soltara.

—Ha sido un día duro.

—El incendio en esa casa —intuí, pues había visto las noticias, él asintió.

—Casi pierden a sus dos hijos, por suerte los sacamos a tiempo —giré entre sus brazos para besarlo y darle un abrazo.

—Lo habéis hecho bien, Iker, no te atormentes.

—Es que en esos casos veo a nuestros hijos, me pongo en su lugar, y...

—Vale, se acabó hablar de trabajo —le sostuve ambas mejillas—. ¿Qué dijimos desde que nació Ángel?

—Que no entraría el trabajo en casa.

—Exacto —le di un beso—. Vamos al sofá a relajarnos viendo un capítulo de la serie.

Iker asintió, me cogió de la mano y nos acomodamos en el sofá como cada noche.

Hubo un tiempo en el que creía que amé a Alex, cuando realmente era solo deseo lo que me unía a él.

Y entonces Iker me hizo sentir de verdad, me hizo abrir los ojos y descubrí que él, y solo él, era lo que anhelaba tener, la persona que amaba con todo mi corazón.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu

-

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu

-